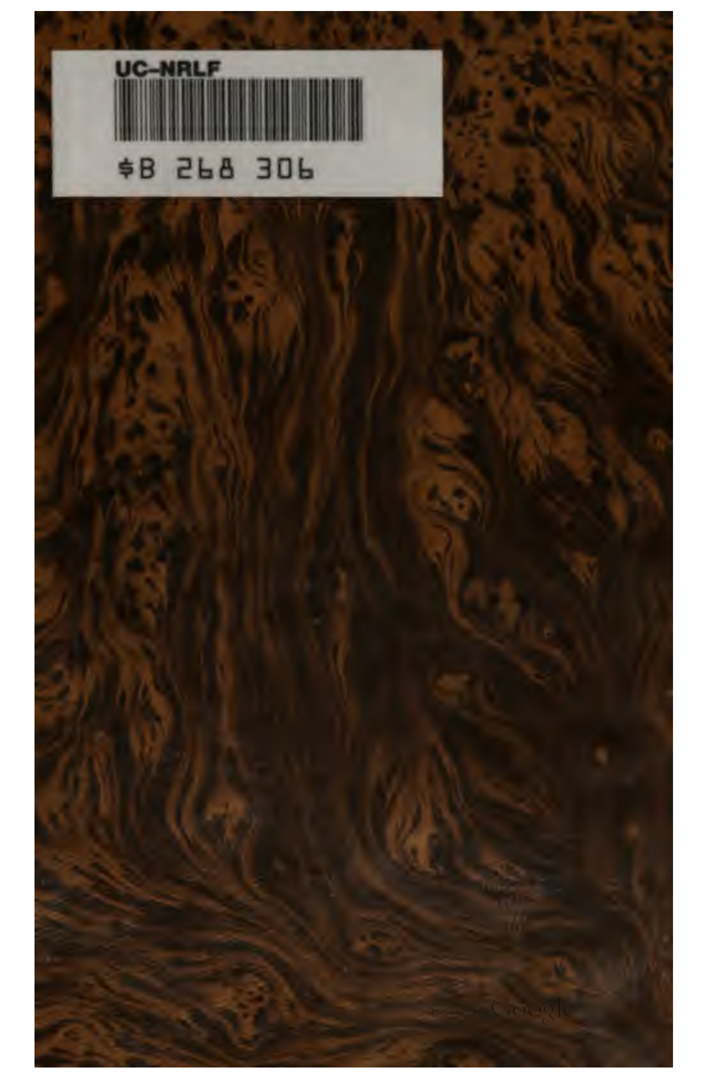
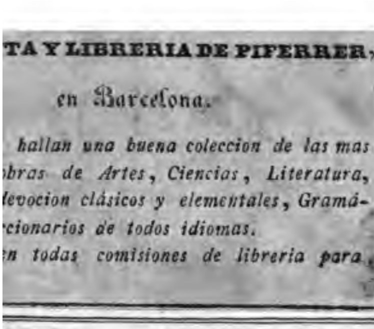
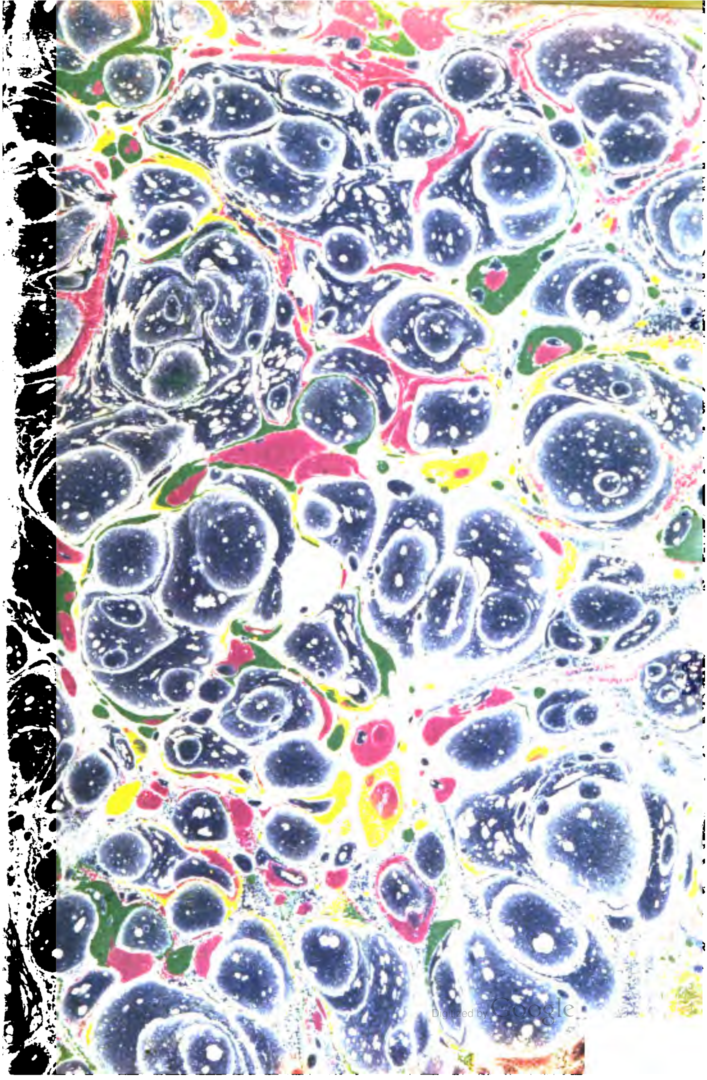



TA Y LIBRERIA DE PIFERRER,
en Barcelona.
hallan una buena coleccion de las mas
obras de Artes, Ciencias, Literatura,
devocion clásicos y elementales, Gramá-
cionarios de todos idiomas.
en todas comisiones de libreria para



15

EL QUIJOTE
DEL SIGLO XVIII,

Ó

HISTORIA

DE LA VIDA Y HECHOS, AVENTURAS Y FAZAÑAS

DE Mr. LE-GRAND,

Héroe filósofo moderno, caballero andante, prevaricador y reformador de todo el género humano: obra escrita en beneficio de la humanidad y aplicada al siglo XIX

POR

DON JUAN FRANCISCO SIÑERIZ.

PRIMERA PARTE.

MADRID: 1836.
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

PRÓLOGO.

Desconocido lector: En verdad que quisiera saber por donde debo yo principiar á prepararte en favor mio, para que, ya que me muerdas, lo hagas á lo menos con caridad y compasion, acerca de la obra que te presento del héroe filósofo moderno. Si fueses católico, y observases nada mas que el primer mandamiento, ya te tenia asegurado, porque si amases al prójimo como á tí mismo, no me morderías sino de aquella manera que quisieras lo hiciesen contigo puesto en mi lugar. Y como he de creer yo que á tí te agradaria que siendo tuya la obra, y yo el desconocido lector, le pusiese mas tachas que hubiese

de letras en toda ella? Tú me dirias y con razon: «Eres un inconsiderado, y nada prudente á la verdad, porque si te es fácil hacer otra mucho mejor de la misma clase, me das con ella la mayor de las lecciones, y te acreditas de superior suficiencia, cuyo crédito siempre vale mas que el que se gana con triscar y morder, sin haber probado antes la fuerza de tus dientes». Yo bien sé que todo esto, y mas que esto, me dirías á mí. Pues amigo mio, ó enemigo, como mejor te venga á cuento, ya ves que nada de esto te digo, cuando por el contrario te trato con tanta satisfaccion y confianza, como si fueses en un todo igual á mí; dándote un tú por tú á secas, y sin hacerme cargo de que tal vez te hallas condecorado con el tratamiento de V. S. E. R. y por aquí adelante hasta apurar toda la letanía de tratamientos admitidos en la sociedad. Obra, pues, como mejor quadre con tu genio, y con tu grande, mediana, ó pequeña erudicion; pero te encargo, sí, lo hagas con las consideraciones siguientes.

1.ª Que si te has reido una sola vez con la lectura de mi obra, te hagas cargo de que ya me eres deudor en aquel mo-

mento del buen humor que he introducido en tu espíritu, aunque no haya sido mas que por un solo instante. Si por casualidad te rieres dos, tres, y cuatro veces, otras tantas contraes conmigo la misma deuda; y ve contando las que sean, porque si eres serio, triste, ó melancólico, no te reirás, pero te sonreirás, y para mí, y aun para tí, viene á ser la deuda misma.

2.ª Que no debes olvidarte de que el fin que yo me propongo en esta idea es seguramente noble y digno de cualquier ingenio, y por consecuencia del tuyo. Emprende, pues, y no temas que yo te reconvenga porque no descubras en tu obra mas entendimiento ni mas luces de las que Dios te ha dado. Doscientos veinte y siete años hace que el inmortal Cerbantes nos ha abierto la puerta para que á imitacion suya pudiésemos combatir los vicios y desórdenes de la sociedad, procurando hacerles la guerra como la hizo él á los libros de caballería. Ancho es el campo y franco el camino, puesto que solo en la materia que yo he elegido hay terreno para ser cultivado por todos los profesores de esta agricultura.

3.ª Que debes considerar tambien

que, aunque los libros de la moderna filosofía que yo procuro combatir no son de caballerías, son sin embargo mas dignos aun de la burla y del desprecio que los de Amadis de Gaula *et similes*, porque nos han hecho mas daño que cuantos caballeros andantes hubo en el mundo, y que si Dios no lo remedia, camino llevan para acabar con todo el género humano antes de dos siglos.

4.ª Que si por ser tan desconcertadas las aserciones que te presento de los filósofos modernos, te pareciese como imposible que yo las haya visto ni leido en ningun libro, y sospeches tal vez que algunas de ellas las habré sacado yo de mi cabeza, ven á mí, que yo te doy mi palabra de honor de desengañarte, y ponerte de manifiesto, estampadito en letras de molde, todo cuanto vaya anotado al márgen con comillas en esta forma (»), citándose por dichas obras los mismos autores que yo te cito.

5.ª Que si entre tanto disparate y delirio filosófico-moderno como te doy, echases de menos los infinitos que han escrito contra nuestra sagrada religion, no creas por eso de mí que no te los regalo

porque no los tenga á la mano, y sí que me los guardo por no escandalizarte y sacarte los colores al rostro, si los vieses delante de tus ojos por primera vez. Por de pronto tú ya te harás cargo de que los que han delirado tan lastimosamente en las materias que te presento, haciéndonos ver en sus delirios que en la casa de los orates se discurre por los locos con mas fundamento; del mismo modo habrán delirado en los puntos de religion, y en muchos otros en que han puesto las manos: y esto debe bastarte para reconocer que todas estas obras deben ser miradas como se miran hoy los libros de caballerías.

6.ª Que llevado yo de la máxima 26 de Napoleon donde dice: *Prefiero la fuerza de raciocinio á la elocuencia de estilo; mas valen las cosas que las palabras*, he dejado correr mi imaginacion sin detenerme en la eleccion de voces favoritas ni frases escogidas, pero haciéndome, sí, entender del lector mas ó menos instruido.

Con estas seis advertencias, que me ha parecido conveniente ponerte por delante para que no te se olvide ninguna de ellas cuando me quieras echar el diente, tiene

licencia de mí para morderme los zancajos, con tal que no me aprietes tanto que llegues á roer el hueso.

Entretanto, sin juramento puedes creerme que deseo de corazon que Dios te guarde, y á mí no me olvide. Vale.

PROSPECTO.

Cuando el ingeniosísimo Cerbantes * se propuso sepultar en el olvido los libros de caballería, se penetró bien este talento, seguramente extraordinario, de que el medio de desterrar de la sociedad tan perniciosa leyenda no podia ser el de la persuasion y el convencimiento. Este camino

* Habiendo firmado siempre este célebre español su primer apellido con b, y no con v, es muy de notar la general alteracion en la escritura de la palabra Cervantes, y no Cerbantes. Don Torcuato Torío copió la firma de este inimitable autor en su carta de dote á su mujer Doña Catalina de Salazar, otorgada en Esquivias á 9 de agosto de 1586, de la cual resulta la firma de Cerbantes con b, y no con v. La misma firma original puede verse en la dedicatoria de su Quijote al duque de Vejar en la edicion de esta obra con las notas de Pellicer.

lo habian trillado ya otros muchos; y no habian logrado su fin, porque es demasiado cierto que no se debe contestar con razones á desatinos. Acudió, pues, á su fecunda imaginacion, y esta le sugirio la idea de inventar un héroe, que con la lectura de semejantes libros hubiese perdido el juicio, y que hallándose en este estado, saliese por el mundo á ejercitarse en las aventuras que en los tales libros se referian. En efecto, puso Cerbantes por obra este pensamiento, y sacando su Quijote á realizar su empresa, le hace ir acompañado de un graciosísimo escudero, en cuyas oportunidades, chistes y gracejos presenta todo el ridículo de estas aventuras. Las gentes se aficionaron á leer por entretenimiento las simplezas de Sancho Panza, se generalizó con esto la moral de esta obra, y cayeron los libros de caballería.

Viendo el autor de este nuevo Quijote otra leyenda en nuestros dias infinitamente mas perjudicial que cuantos libros de caballería hubo en el mundo, sin tomar nada de Cerbantes mas que la idea, se propone desterrar de la sociedad por el mismo medio tanto libro inmoral, tanto principio de corrupcion, y tanta doctrina

criminal y subversiva, como desgraciadamente se extendió por todo el género humano para acabar con él.

Al efecto supone igualmente perdido el juicio con esta lectura á otro héroe que dió tambien en la manía de emprender una regeneracion universal. Con la idea de realizarla se trasladó á Paris. Allí tomó conocimiento con una porcion de jóvenes que se titulaban filósofos modernos. Estos le condujeron á una academia subterránea, en la cual se discuten las materias, se citan los autores, se controvierten las doctrinas, y en su consecuencia se emprende un trastorno general en las ideas, segun las luces del siglo; á cuyo fin se da la comision á este héroe, como el mas aventajado filósofo, para salir á predicar la nueva doctrina por toda la redondez de la tierra. Emprende, pues, la salida acompañado de su correspondiente escudero, y le acontecen aventuras que, si no se parecen á las del valiente de la Mancha, son sin embargo muy propias del siglo de las luces, con las que habia perdido la de su razon. Se refieren con este motivo las que le sucedieron en Lila, Calais, Amiens, Orleans, Tours, Nantes, La-Vendee y Bor-

deaux, únicos puntos de la Francia por donde transitó.

Como su comision se extendia á la regeneracion universal, la academia le ordenó dar la vuelta al mundo, llevando libros á todas partes para sembrar por todo el globo la nueva original doctrina. Para cumplir con esta mision se embarcó en Bourdeaux en octubre de 1788, muy animado y confiado en arreglar y componer el mundo allá á su manera. Siguió su ruta hácia la isla de la Madera, y de allí á las Canarias; desde aquí se dirigió á la isla de Cuba, tocó en la Habana, y pasó á Veracruz. Desde este punto emprendió el rumbo para el cabo de Buena-Esperanza, y desde allí á la isla de Madagascar, al mar Rojo, costas de la Arabia, Persia, Malabar, isla de Ceylan, costas de Coromandel y á Bengala. Desde este punto se dirigió á la isla de Sumatra, á Malaca, Batavia, isla de Borneo, Filipinas, China, Japon, islas Marianas, costas del mar de Kamtschaka, y dió vuelta por el norte de América, Californias, Acapulco, Lima, cabo de Hornos, al Brasil, y tocando en Buenos-Aires, regresó á Francia á dar parte de su comision. Mas, antes

de desembarcar en su patria, supo en la mar todas las desgracias ocurridas en ella por la espantosa revolucion de 1789; con cuya relacion de sucesos tan horrorosos cayó en una calentura que le originó una fiebre, y en su convalecencia recobró el juicio que habia perdido. Viendo entonces arruinada toda su suerte y fortuna por la revolucion que él mismo habia promovido, dió fin á su vida en la isla de Jersey, dejando por escrito lecciones interesantes, que aprendió en la carrera del mundo despues que lo vió cual era.

Con este motivo hace el autor una descripcion de lo mas curioso é interesante en la historia de todos los puntos por donde ha pasado, llevando la cuenta de las distancias en leguas desde el uno al otro punto. Usos, costumbres, religion, conquistas, comercio, industria, producciones, todo lo analiza, y por solamente esto se hace esta obra muy digna de colocarse al lado de algunas obras de mérito que ocupan las librerías, siendo por nuestra desgracia una gran parte de las otras insignificantes, cuando no perjudiciales.

Presenta ademas el autor con esta ocasion el comercio que en las Indias orien-

tales hacian los antiguos, y como se hace en nuestros dias despues que los portugueses han descubierto el paso del cabo de Buena-Esperanza para dichas Indias, pues contiene esta obra una exacta enumeracion de aquellos artículos y sus precios. Se hallan en ella ademas tres estados de las cuentas de las tres compañías inglesa, holandesa y la de Filipinas, por los cuales se viene en conocimiento de su giro, utilidades y ganancias.

Habiéndose propuesto el autor comprobar con la experiencia los errores de la falsa filosofía, le ha sido preciso sacar un extracto de la enunciada revolucion francesa, que inserta en el cuarto libro, en el cual se hallarán tambien cien textos de la Biblia en contraposicion de la nueva original doctrina.

Como Cerbantes, para generalizar la lectura de su Quijote, procuró conservar siempre festivo el carácter de Sancho, igualmente este autor sostiene en toda la obra la parte graciosa y satírica de su escudero, con cuyas oportunidades y ocurrencias es casi como imposible que el hombre mas sério y adusto deje de dar carcajadas.

El objeto del inmortal Cerbantes en desterrar los libros de caballería ha sido seguramente útil é interesante; pero el que se ha propuesto este autor en ridiculizar los libros que pervierten a la juventud inexperta, conduciéndola al precipicio, y sepultándola en las hogueras de las revoluciones, ofrece sin duda una utilidad mayor y un interes mas general.

Asi como Cerbantes en su Quijote ha combatido tambien los vicios y desórdenes de la sociedad en aquella época; de la misma manera se ridiculizan en esta obra los abusos y extravagancias de nuestros dias. Y si despues de doscientos años nos parece como increible que los hombres hayan dado formal asenso á las aventuras caballerescas; no dudamos en afirmar que antes de igual término nuestros venideros se asombrarán cuando sepan que se han estampado en letras de molde tantas proposiciones absurdas en religion, en moral y en política, con las cuales, de revolucion en revolucion, vamos casi exterminando la humana especie.

Atajar y disminuir del modo posible esta terrible plaga de la sociedad es el fin principal que se ha propuesto el autor de

esta obra, prometiéndose por este medio cambiar, en alguna manera, la opinion pública de la juventud, que ha puesto ya en horrorosa convulsion las dos partes del globo; y que si no se procura hacerla mudar de rumbo, camino lleva para acabar con la mayor parte del género humano antes de dos siglos.

CAPITULO I.

Donde se da razon de la casa y facultades del Héroe filósofo, y de la profecía que ocasionó la enfermedad y muerte de su padre.

En una de las mas ricas y florecientes ciudades de la Francia, mediado ya el siglo XVIII, vivia un poderosísimo negociante, cuyas inmensas riquezas, heredadas las unas de sus padres, y adquiridas las otras por sus bien combinadas y felices especulaciones, le habian colocado al nivel de los principales capitalistas de Europa. Una renta muy pingüe en heredades, casas, almacenes, y varios establecimientos de fábricas y manufacturas, componian una parte de su hacienda, y completaban la otra un crecido número de barcos mercantes, por cuenta suya, en el giro de los efectos y producciones de Europa, Asia y América, con una incesante circulacion. Los principales banqueros de Amsterdam, Lóndres y Paris han contado siempre con esta casa de comercio para sus mas interesantes negociaciones. Recurrian igualmente á ella en sus apuros varios títulos de distincion en la

misma Francia, para pedirla fondos, que han sacado siempre de allí un moderadísimo rédito. No es fácil de calcular el número de individuos que, entre dependientes, fabricantes, artistas y jornaleros, debian con sus familias la correspondiente subsistencia á la misma casa. Baste solo decir, que si este rico negociante llegase á reunir en un solo punto todos sus intereses, no nos excederíamos en equipararle, por sus riquezas, á un regular potentado de la Europa. Pasaremos ahora á las demas circunstancias de este hombre con una fortuna tan extraordinaria.

Habiendo tenido, en medio de toda esta felicidad, la desgracia de perder á su adorada esposa á los seis años de su matrimonio, vivia en la compañía de un hijo que ésta le habia dejado, el cual formaba todas sus delicias en la irreparable pérdida de su idolatrada consorte. La melancolía, el mal humor, y todos los reveses de la suerte desaparecian de su corazon en el momento que su querido hijo se hallaba en su presencia. Era éste de un nobilísimo fondo, y de un físico el mas interesante. Debia asimismo á la naturaleza uno de aquellos entendimientos que descuellan entre los demas hombres por una extraordinaria penetracion para concebir con recto juicio todo cuanto se presenta á su imaginacion ó fantasía. Educado por su padre en la religion y en la virtud, era su conducta un modelo de la juventud en la pureza de sus costumbres,

La justicia, la beneficencia, la recta razon, la caridad y la buena fé, estaban grabadas en su corazon desde su tierna infancia. Hallábase ya impuesto en el contenido de todos los libros de caja y relaciones mercantiles de su adorado padre, ademas de otros conocimientos que se habia adquirido por su señalado ingenio y singular aplicacion. Concluidas sus tareas de escritorio y otras de sus estudios, que ademas tenia, era su mas agradable distraccion la de ir á buscar á su ayuda de cámara, jóven de su misma edad, con quien se habia criado desde niño por eleccion y disposicion de su mismo padre. Este era su compañero en el paseo, y su mas confidente amigo en todas las ocasiones en que podia hallarse desocupado.

Un padre con un hijo de tan singulares prendas, y de una conducta tan ejemplar, que ni una sola vez habia tenido la desgracia de dar el mas leve disgusto á ninguno de la casa, ni á los muchos amigos y parientes que la frecuentaban; un hombre tan favorecido de la suerte, que nada le habia dejado ya que apetecer ni ambicionar; un ciudadano pacífico, puro y recto en su conducta, querido de todos sus dependientes, amigos, parientes y vecinos, á los cuales se complacia en favorecer de cuantos modos le fuese posible; un hombre, digo, de esta clase, y con todas las comodidades que las riquezas pueden proporcionar; ¿qué pudiera faltarle para gozar de

la mas completa y posible felicidad en esta vida? Parece efectivamente que ya nada se podia oponer á su dicha; y la disfrutaba en la realidad tan cumplida, que no sentia el mas leve sinsabor ni disgusto que pudiese turbar la dulce paz de su corazon.

Pero ¡oh miserable condicion de la humanidad! y cuán pequeñas y despreciables suelen ser las causas que anonadan todos nuestros goces, y destruyen y aniquilan nuestras mas grandes satisfacciones! ¿Pues cómo? ¡El hombre á quien la fortuna ha colocado en la alta cumbre de las dichas humanas, no ha de poder gozarlas, y por una leve y miserable causa se ha de trasformar en el mas infeliz de los mortales! Sí: este es el hombre; y el que no reconozca su miseria en medio de las mayores opulencias, jamás le faltarán avisos que se la hagan reconocer. Un sueño, y nada mas que un sueño, ha reducido á polvo y ceniza todas las satisfacciones de este hombre tan favorecido de la suerte. Ni la dulce complacencia que sentia en la contemplacion de las singularísimas prendas de su querido hijo, ni la idea placentera de verse dueño de una riqueza tan inmensa, ni el particular aprecio y estimacion que le profesaban todos sus amigos y conocidos, han podido precaverle ni curarle de una profunda melancolía que le condujo hasta el sepulcro.

Habiéndose determinado á dar un suntuoso convite, con motivo de la celebracion de los

dias de su hijo, un crecido número de personas de todas clases asistió á su espléndida mesa. Estaba muy en el órden que, despues de concluida, se dirigiese la mayor parte de los convidados á conversar con el padre sobre el particularísimo mérito de su hijo, el cual con el permiso de todos se habia separado ya de la concurrencia. Si respecto de tantos jóvenes en el mundo pudiera ser una adulacion cuanto allí se dijese, no ha sido sino respecto de este jóven la mas recta justicia. Alabaron, pues, los unos su extraordinario talento, otros su físico, estos sus virtudes, aquellos su adelantada ilustracion y conocimientos, y los unos y los otros su amabilísimo carácter, que le representaba para con todos afable, sensible, dócil, y complaciente. ¡Cuán dulce puede ser para un padre verse reproducido en un hijo de esta clase! Esta incomparable satisfaccion disfrutó por entonces este hombre tan favorecido de la suerte, bien distante de imaginar que antes de una hora todo se habia de convertir en el orígen del mal que le habia de conducir hasta el sepulcro.

Despedida ya una parte de los convidados, y retirada la otra á reposar la comida, se fué tambien él á dormir la media hora que tenia de costumbre despues de comer. Como nuestra fantasía suele representarnos en el sueño las especies mas recientes que llevamos al lecho en nuestra imaginacion, lo primero que

en sueños se le presentó fué todo aquello que en honor de su hijo le habian dicho sus convidados amigos; y continuando la misma idea sin despertar, decia para consigo: "Sí, »sin duda; mi hijo es un portento de la na»turaleza. Un talento de esta clase, con los »conocimientos que ya se ha adquirido, y los »que debe adquirirse aun, multiplicará mis »intereses ¿quién sabe hasta qué punto? Yo »hice mi giro hasta hoy casi á la ventura, ¿pe»ro qué entiendo yo de las producciones de »la costa del Malabar, Coromandel y Cochin»china? ¿Cómo puedo yo conocer cuáles son »los artículos que de compra á venta pueden »dejar mas ganancia en Europa? ¿Y quién »me ha enseñado á mí cuáles son los efectos »de mas útil extraccion de China para Nueva»España y vice-versa? Todo lo sabrá mi hijo »por sus estudios, por sus singularísimas lu»ces, por sus cálculos sublimes y por sus se»guras y bien combinadas especulaciones. Y »entonces ¿hasta qué punto no podrá hacer su»bir mi capital? El ha cumplido hoy veinte y »un años, y á los veinte y cinco es un hombre »ya formado. En media docena que lleve nues»tro giro en otra forma ¿á dónde vamos á pa»rar? ¿Y todo esto no puedo verlo yo, go»zarlo y disfrutarlo?"

Aquí iba con sus soñados delirios este miserable mortal, cuando se presentó á su acalorada fantasía una espantosa nube en el aire cargada de truenos y relámpagos, y espar-

tiendo hácia todas partes chispas de encendido fuego, que se apagaban las unas en lo alto, y alcanzaban las otras sobre su cabeza. Oyó en esto un truene espantoso, y vió salir del centro de la nube una colunna de espeso humo con llamas encendidas, y nadar en medio de su espesura una horrorosa sombra que se dirige hácia él, y le dice: *Despierta, miserable mortal, y acuérdate que eres polvo y en polvo te has de convertir: entiende desde este instante que todas tus riquezas, toda tu suerte y fortuna, con la de otros infinitos, se ha de reducir á cenizas por ese tu hijo idolatrado: entiende asimismo que si llegases á comunicarle esta prediccion, se quitará al punto la vida á sí propio, para que no se verifique en él esta profecía, y los dos perdereis la existencia en aquel instante.* Dijo, y levantándose en los aires, desapareció de su presencia para esconderse en la densa nube de donde habia salido.

La vehemencia de la impresion que hizo esta profecía en la imaginacion del dormido, cortó la circulacion de su sangre, y oprimiéndose su corazon hasta el punto de no poder respirar, despierta, y como atónito y aturdido salta del lecho, y corriendo de una parte á otra toda la casa, prorumpe en un copioso llanto diciendo á voces: "¡Ay, hijo querido »de mi alma! ¿qué es lo que acabo de oir »y ver por mis propios ojos? ¿qué es lo que »vá á sucederme? ¡triste de mí, que soy el

»mas desgraciado de los mortales!" Acudió en esto á sus gritos su propio hijo; y hallando á su querido padre en tal consternacion, le pregunta qué es lo que le ha acontecido, y cuál puede ser la causa de hallarse asi acongojado. Acudieron igualmente todos sus criados y dependientes á ofrecerle toda clase de socorros, mas no fué posible que aceptase ningunos, y poniendo los codos sobre la mesa á la cual estaba arrimado, llevó sus dos manos á la cabeza, y ordenó que todos despejasen, y le dejasen solo en aquella estancia hasta nueva órden. Permaneció en aquella postura una larga hora, batallando en su imaginacion con la nube, con la sombra y con la terrible profecía. Ordenó en seguida que le preparasen su cama para acostarse y retirarse, porque sentia una notable alteracion en todo su físico, y prohibió que le llamasen al médico si él no lo ordenaba. Prohibió igualmente que ninguno le preguntase por la causa de su mal, y se negó á tomar toda clase de alimento en aquella noche, que la pasó toda sin dormir, temeroso de que se le volviese á repetir en sueños la terrible escena.

Al siguiente dia se levantó muy de madrugada, pálido y macilento el semblante, trasformada su vista, y manifestando en todo su aspecto hallarse poseido de la melancolía mas profunda. Fué su primera intencion dirigirse al cuarto de su hijo; mas al

llegar á la puerta muda de idea, y resuelve irá dar un paseo en el jardin, sin que ninguno de la casa lo pudiese ver salir. Al levantarse sus criados, se dirigieron uno en pos de otro á la estancia de su señor, y no hallándole en ella prorumpen en alaridos por toda la casa, con los cuales despierta el inocente jóven, se levanta, corre precipitado en busca de su adorado padre, recorre todos los rincones, mas no le es posible dar con él. ¿Dónde está mi padre, exclama? ¿quien me le ha robado? ¿dónde estan los asesinos? ¿quiénes han sido los verdugos?... Esta era la situacion del mas dichoso jóven el dia anterior; y el llanto, la afliccion y desconsuelo, la de todos sus dependientes, que no eran menos felices poco antes.

¡Oh mundo! cuán engañosas y pasajeras son todas tus felicidades! ¿Con que un sueño es suficiente á cortar los dias de la vida al hombre mas protegido por la suerte? Sí; este es el hombre. ¿Y cuántas veces se muere de un sol que nó ha entibiado una fuente? ¿Y cuántas de un aire que no ha apagado una luz? ¡Oh miserable humanidad! ayer disfrutando de todos los placeres en el mas suntuoso banquete, y hoy en la mayor afliccion y desconsuelo, el hijo sin su padre, y los criados sin su señor! ¿Pues cómo? ¿tan larga es la distancia de vuestra casa al jardin, para ocasionar un trastorno semejante un intérvalo tan pequeño? Sí, esta, y sola-

mente esta, es la carrera de la mortalidad.

Consternados, como queda dicho, todos los individuos de esta casa, feliz y desgraciada casi á un tiempo mismo, ocurre á uno de los dependientes mirar desde una ventana al jardin, y descubre en su fondo paseándose por entre los céspedes á su señor. ¡Señorito, señorito, exclama, que allí, allí está su papá paseándose solo cerca del estanque! ¿A dónde, á dónde? y corre precipitado á arrojarse en sus brazos. Llega, se precipita en ellos para estrecharle entre los suyos; mas ¿cuál ha sido su sorpresa cuando, viendo el rostro pálido y macilento de su adorado padre, escucha de sus labios, ya descoloridos, estas palabras: "Hijo, si hemos de perecer los »dos, muera yo solo, y gózate en tu primera »edad de este mundo engañador, que yo har»to he disfrutado ya de sus ilusorias aparien»cias. No me preguntes por mi mal, ni me»nos trates de buscarme facultativos que no »me lo pueden curar. Yo me muero dentro »de muy pocos dias, y solo te encargo que á »mi muerte reconozcas, como yo ahora, ser »igual vivir en este mundo una docena de »años mas ó menos. Resígnate, pues, co»mo yo lo hago, en esta irrevocable senten»cia contra los mortales, que así te lo ordena »la misma naturaleza, y que por mas que á »ello te opongas, ya te llegará á su tiempo »la debida conformidad, y hasta un pleno ol»vido de que has tenido padre, y de que por

»él eres dueño de las inmensas riquezas que »ojalá tú y yo no hubiéramos conocido ja»más." Dijo, y apoyándose en los hombros de éste por entonces inocente jóven se dirigió á su casa, tomó algun alimento, y se volvió á su lecho dando una órden terminante de que le dejasen solo por otras tres horas. En tal estado le habia puesto ya el fatal recuerdo de que *era polvo y en polvo se habia de convertir*.....

¡Pues cómo! ¿Una sola vez en su vida habia reconocido este hombre lo que todos los dias y á todas horas nos está representando el teatro de la vida humana? ¿No habían muerto sus padres, abuelos, vecinos, amigos y contemporáneos? ¿No se estaban muriendo á su presencia jóvenes y párvulos inocentes al comenzar á ver la luz del dia? ¿Por qué, pues, se habia de considerar él exento de esta ley universal, de la cual no puede decirse que no hay ley ni regla sin excepcion? ¡Ah! si fuese tan solamente él el único que vive en esta vida como si nunca hubiera de morir! Pero ¿cómo vivimos los demas? Cuando nos apresurámos á gozar de los placeres, cuándo disipamos nuestro haber en el lujo y en el fausto, cuando desechamos un plato de nuestro mesa para que nos le reemplacen con otro ¿pensamos en la muerte? ¿Nos ocupamos tampoco en meditar sobre la suerte de tantos infelices que mendigan el sustento para no morirse de necesidad? Volvamos á coger el hilo.

Trastornado ya el juicio de todos los individuos de esta casa, aturdido y desconsolado el hijo con la lastimosa situacion de su padre, atónitos y confusos sobre su suerte los criados y dependientes de la cabeza principal, todo era confusion, todo llanto y desconsuelo. Se muere, decian los unos; es un prodigio lo que se ha trasformado, decian otros. Ninguna otra idea les ocupaba por entónces que la de la muerte de su señor. Era sin duda una pérdida; mas ¿qué dirian si supiesen que otra mil y mil veces mayor, aunque mas lejana, les aguardaba á todos?

El paciente llamó á la hora señalada por él. Habia gozado de un sueño interrumpido, que, léjos de calmar su fantasía, la agitaba mas y mas. Él se habia propuesto ocultar á todos el fatal sueño de la terrible prediccion, cuyo sigilo se encerraba en la misma. Aparentó, pues, una calma que estaba muy distante de gozar. Se levantó del lecho como pudo, y en la compañía de su hijo y criados que le rodeaban, se propuso dar algunos paséos por dentro de casa, pero sus fuerzas se iban debilitando por instantes. Continuó de esta suerte por algunos dias, y al cumplir los trece de su primer ataque, dió fin á una vida que ya estimaba en poco, y que solo debia sentir perder por haberla estimado hasta entonces mas de lo que se debe.

Sin que sea preciso detenernos á manifestar por descripcion el sentimiento natural que

es inevitable en estos casos, ya puede el lector formarse una idea de la situacion en que debia hallarse un jóven, por entonces adornado de virtudes, con la pérdida de su querido padre. Le amaba con toda la filial ternura de su corazon, porque se veía correspondido, porque así lo persuaden la razon y la virtud, y porque la misma naturaleza nos inspira este amor recíproco entre padres é hijos, cuando una viciosa educacion no lo destruye. Se entregó, pues, á un inmoderado sentimiento que sus amigos y parientes le procuraron disminuir cuanto les fue posible; mas él habia quedado inútil, para que en este lance se le pudiese consultar sobre cosa alguna.

Los criados y dependientes sentian en su clase la pérdida de un amo que los habia tratado con beneficencia; pero se consolaban con las lisonjeras esperanzas que debian fundar en la bondad de un hijo y un succesor tan benemérito. No habia, pues, en la casa uno de la familia que pudiera encargarse de dar las disposiciones necesarias para destinar el cadáver, y las demas órdenes competentes en semejantes lances, hasta que un verdadero amigo del difunto tomó la mano en todo. Dispuso, pues, este en primer lugar llevarse á su casa al desgraciado jóven, y tomó de su cuenta correr él por sí mismo con todo lo restante.

Concluidas las exequias y demas ceremonias fúnebres que eran debidas á un sugeto de esta clase, le pareció ser ya razonable lle-

var el sucesor á encargarse del gobierno de su casa, que se hallaba entregada á la direccion de personas extrañas. Le hizo, pues, sobre esto una prudente insinuacion, pero no era todavía tiempo. El sentimiento se hallaba muy radicado aún, y contestó que ni pensaba volver jamas á la casa de su padre, ni permanecer en la ciudad, ni en parte alguna donde hubiera un objeto que le pudiese atormentar con la idea de que ya no tenia un padre á quien dirigirse. Añadió que era preciso discurrir medio de desarraigarle una melancolía que se iba apoderando de su corazon, si no querian verle seguir al que le ha dado el ser, en lo cual tendria la mayor complacencia, muriendo de la misma enfermedad.

Resolvió, pues, este verdadero amigo del difunto convocar á su casa una reunion de todos los parientes del jóven para tomar sobre esto una pronta resolucion. Se reunieron en efecto; y despues de haber acordado autorizar al mas antiguo dependiente de la casa con los poderes competentes para representar al heredero, trataron en seguida de sacar á éste de la ciudad por algun tiempo, hasta que la naturaleza hiciese su oficio, restituyéndole la calma y serenidad necesarias para la vida. Acordaron, pues, unánimemente que debia hacer un viaje á Paris en compañía de su ayuda de cámara, á quien apreciaba tanto, y con quien se distraeria en el camino ínterin llegaba á la ca-

pital, en donde, frequentando el trato de las familias que se hallaban en relaciones con la casa, se le proporcionaria toda clase de diversiones, hasta desarraigarle el sentimiento de que al presente se hallaba poseido. Resolvieron ademas que se llevasen un coche para los dos solos, á efecto de que pudiesen viajar libremente, caminando ó deteniéndose, segun fuese su voluntad, y sin respetos á ninguna otra compañía que les pudiese embarazar. En efecto, lo pusieron así por obra todos de comun acuerdo, y lo prepararon todo para que al siguiente dia saliesen de la ciudad.

CAPITULO II.

Donde se da noticia del viaje que el Héroe emprendió á Paris con su ayuda de cámara, cuyo carácter jovial se empieza á descubrir con la invencion de un fingido cólico, que tan caro le costó.

Emprendieron, pues, muy de mañana, al señalado dia, su viaje á Paris estos dos compañeros amo y criado solos, y con un carruaje á sus órdenes para detenerse ó apresurarse segun fuese su voluntad. Triste y melancólico habia permanecido este apreciable jóven todo el tiempo que habia estado en la casa de aquel buen amigo; triste se habia despedido de él, de todos sus paricntes y demas; y triste se conservaba aún, sin que ni la idea de su viaje á la corte, ni los nuevos objetos que se presentaban á su vista en el camino bastasen á borrarle el recuerdo fatal de la pérdida de su amado padre. En vano procuraba su criado llamarle la atencion sobre la variedad de las colinas, que se dejaban ver á lo lejos desde el coche, porque á todo se manifestaba insensible é indiferente. Se propuso sin embargo su ayuda de cámara apurar toda su imaginacion para distraerle, pues no dejaba de conocer, como perspicaz que era, ser esta su principal obli-

gacion, puesto que á él y no á otro alguno habian elegido por único compañero suyo. No le faltaba ingenio y travesura, y estaba ademas versado en algunas obras que habia leido por consejo y amonestacion de su mismo amo. Era naturalmente gracioso, oportuno y sobremanera satírico. Sus ojos eran vivos y penetrantes, su nariz aguileña, carilargo su rostro, y delgado de cuerpo. Su estatura bajaba mucho de la regular, pues apenas alcanzaba con su cabeza al hombro de su señor; pero reunia una agilidad extraordinaria en todos sus movimientos, y no eran menos rápidas las ideas en su imaginacion. Viéndose, pues, en la necesidad de curar á su amo (á quien amaba cordialmente) de una enfermedad de espíritu, se puso á discurrir el medio de apartar de su fantasía la idea que incesantemente le atormentaba, y empezó á raciocinar para consigo de esta manera:

Si yo me pongo á conversacion con mi amo, aunque le toque varios puntos, como lo hice hasta aquí, nada adelanto con él, porque á todo me contesta, sí, pues, bien, es verdad, no hay duda, estoy en ello, tienes razon, por supuesto; y su imaginacion se halla siempre ocupada en la muerte de su padre sin atender á lo que yo le digo, y sin saberse lo que me contesta. Este medio no me ha alcanzado ya para mi intento, por mas que lo he probado. Estoy, pues, precisado á buscar otro que surta el debido efecto, aunque no

sea sino por algunos instantes. Despues ya inventaré otro, y luego otro, y asi iremos. Yo le he de curar, yo le he de hacer reir (aunque para esto es temprano todavía), y yo le he de arrancar del pecho esta maldita melancolía que va á acabar con él como con su padre si yo no se la curo. ¡Pues no faltaba mas! ¿Con que nos hemos de morir todos porque uno se muera? Eso sí que no; ni Dios lo manda tampoco. Cuando este Divino Señor sea servido, está muy bien. ¡Pero buscar nosotros la muerte! ¡qué delirio! Ella vendrá por sí misma mas ligera que el viento sin que ninguno pueda detenerla. Voy, pues, á probar el medio que tengo discurrido para poner en el magin de mi señor otra idea, que pese mas por ahora que la que le está derritiendo los sesos, y estoy cierto de que la balanza se ha de inclinar hácia mí, porque él me aprecia.

En esto empezó á dar los mas desaforados gritos que su amo le habia oido jamás, diciendo en la mas alta voz: "¡Ay! ¡Ay! »¡Que me muero! ¡Que me muero! ¡Ay ¡Que »paren el coche.... Que me lleven á una ca»ma.... Que me pongan una lavativa con »agua de nieve.... Que se me quema el cora»zon...... Que me arde todo el vientre...... »¡Ay de mí! Si esto me dura una hora yo »no lo resisto...."

¿Qué ha sido eso, Roberto, le dijo su amo (pues este era el nombre de su ayuda

de cámara). ¿Qué es lo que te ha sucedido? Este es un cólico sin duda. ¿Pero de qué nos sirve parar el coche, si aquí no hay cama ni pueblo alguno, ni á quien pedir la jeringa para la lavativa? Iremos como se pueda al lugar inmediato, y allí se buscará todo. ¡Jesus! ¿Y qué será de mí si te mueres y me dejas aquí solo? Anímate por tu vida, y veamos si podemos alcanzar al primer pueblo. ¿Pero dime, á dónde sientes el dolor? Yo tengo, respondió Roberto, el ombligo ardiendo por la parte de adentro, y no parece sino que una hoguera se ha encendido allí, pero no es el dolor tan agudo en unos como en otros instantes. Puede ser que nos dé lugar á llegar al primer pueblo, pero que no anden tanto los caballos, porque me hostiga demasiado el movimiento rápido.... Despacio, cochero, despacio, dijo el amo: vamos con suavidad y muy poco á poco, porque este cólico puede ser de cuidado, y no tenemos prisa. Caminaron, pues, hácia el primer pueblo al compás de la voluntad del astuto Roberto, que sabia aumentar ó disminuir su dolor á medida de la distraccion que iba notando en su amo; y como habia observado en él el temor de verse solo fuera de su casa, conoció que esta idea podria muy bien sobreponerse á la otra, para cuyo fin tenia ya urdido el artificio. Si veía que su señor tomaba un vivo interés en su mal, le decia que ya se sentia mas aliviado, para no angustiarle en

extremo; mas si notaba que la muerte de su padre volvia á fijarse en su imaginacion, repetia los desaforados gritos por su fingido cólico, y con este enredo consiguió distraerle hasta el primer pueblo que encontraron.

Llegaron á él sin mas novedad que la ya dicha, y habiéndose apeado y detenido en el primer meson, lo primero que hizo el amo de Roberto fué pedir un cuarto y una cama para su criado, y despues de haber obtenido uno y otro, encargó que ayudasen á acostar á su ayuda de cámara ínterin iba él á buscarle un facultativo. Se salió al punto á la calle, y habiendo preguntado al primero que encontró por el médico del pueblo, le dijeron que allí no habia médico alguno, y solo eran mal curados los vecinos por un cirujano que vivia á dos leguas de distancia en otro lugar; pero que en la calle de enfrente habia un sangrador que tambien hacia de barbero, hombre muy entendido y muy práctico, por lo cual le llamaban unos el barbero físico, y otros el físico sangrador. Tomó las señas de su casa y se fué á buscar al físico práctico sangrador barbero. Le halló en efecto á la puerta, y suplicándole viniese á echar una lavativa con agua de nieve á su criado, que se hallaba acometido de un cólico terrible, le contestó que con agua de nieve no podia ser, porque no la habia en el lugar, pero que él sabia ya por la experiencia que para cortar los cólicos no habia ni podia haber mejores la-

vativas que las de agua muy caliente y bien cargadas de sal y fuerte vinagre. Pues bien, le dijo el jóven, venga usted conmigo ya que lo entiende, que será usted bien pagado de su trabajo. Tomó el facultativo su jeringa en la mano, y se dirigieron los dos hácia el meson, en cuya cocina entró el práctico á pedir agua caliente, sal y vinagre, que le presentaron sin la menor dilacion. Cargada, pues, el arma de esta confeccion de su receta, y preguntando por el paciente, se dirigió hácia su cuarto con el trabuco en la mano, y hallándole en el lecho panza arriba le dice: Ha de ser panza abajo, hijo mio; vuélvase usted, y deje á mi cuidado lo demas. Roberto, que no se habia jeringado en todos los dias de su vida, y que solo se habia acordado de la lavativa por haber leido en un libro de medicina que se cortaban varios cólicos con este remedio, viéndose con el amo y el físico junto á su lecho, y que uno y otro le apremiaban por la operacion, se incorpora de medio cuerpo en su cama y les dice: Pero, señores, ¿qué pretenden ustedes de mí si el cólico me ha cedido ya y no siento dolor alguno? No importa, respondió el físico, el cólico tiene que repetir cuatro ó cinco veces, en una de las cuales puede quedarse usted muerto como de repente.

¿Qué me dice usted, exclamó el jóven? ¡Ay Roberto! ¿Pretendes dejarme solo fuera de mi casa y en la triste situacion en que

me ves? ¿Yo que te elegí por mi único compañero mas que por criado, he de verme sin tí tambien despues de haber perdido á..... No prosiga usted, replicó Roberto, porque ya sé donde vá á parar. Solo por evitar eso me avendré á todo cuanto ustedes quieran; pero déjeme usted á mí entenderme con este facultativo y no me interrumpa; y dirigiéndose al práctico le dice: vamos claros, buen amigo; esa lavativa, ó esa carga que trae usted en esa escopeta, ¿por dónde me la quiere usted introducir? Por el conducto inferior, respondió el físico. Ola! repuso Roberto, ¿con que al conducto inferior que está destinado para expeler, y al superior para recibir, pretende usted cambiarles los oficios é invertir el órden de la naturaleza? Si usted me lo introduce por abajo, claro está que ha de salirme por arriba, y siendo esto asi, ya no debo yo comer ni beber por donde comen y beben los demas. ¿Sabe usted, señor médico, que se me figura que es usted un solemnísimo zoquete? Dígame: ¿qué autores ha estudiado usted de medicina, y en qué universidad ó colegio?

El físico que se vé insultado por este tunante en su concepto, montado ya en cólera y recalentados los cascos, prorumpió contra él con la nube siguiente: El zoquete, el bruto, el idiota, el estúpido, el bárbaro é insolente lo será usted, que se entromete á hablar de una materia que no entiende, y que solo

está reservada á los pocos que la conocemos de los muchos que la estudiamos. ¡Qué no sirve, dice, el conducto inferior sino para expeler, y el superior sino para recibir! ¡Bestia! ¿Qué seria de los hombres si no pudiesen vomitar? ¿Y qué seria de usted ahora mismo si por el conducto inferior no pudiese recibir? Prepárese usted, señor gloton, y no tema que le salga por arriba lo que yo le voy á introducir por el trasero, que abajo ha de volver todo, arrancándole ese mal humor que todos los comedores, como usted, tienen arraigado en el vientre y en las tripas. De lo contrario dispóngase para morir acaso antes de una hora. El amo, que tal sentencia oyó contra su criado, dirigiéndose á él en un tono humilde y suplicante le dijo: no disputes, Roberto; el que lo entiende lo entiende; este hombre está muy seguro de curarte, y asi déjate gobernar por él. Yo te lo mando, y sé que no has de oponerte mas; y volviéndose al físico añadió: vaya, acérquese usted, y hágale la operacion. ¿Qué operacion ni qué diablo, repuso el físico, le puedo yo hacer ahora si esta carga está ya tan fria como el hielo y podria echarlo á la eternidad? Volveré á la cocina, la pondré junto á la lumbre, y en estando en su punto ya vendré.

Quedaron en esto solos amo y mozo, y dirigiéndose Roberto á su señor, le dice: Ahora sí que me ha jeringado usted completamente; pero esta culpa me la tengo yo, y

lo peor es que no es tiempo aun de descubrirme, por cuya razon ya consiento que ese bruto haga lo que quiera de mí. ¿Pero habrá visto usted un animal mas estólido, que está persuadido de que el cólico procede de ser yo comedor y gloton, cuando sabe usted que en todo el dia hemos comido cosa alguna despues que salimos de nuestra casa? No importa, Roberto, le contestó su amo; el daño puede venir ya de mas atras, y yo me recelo que todo cuanto has comido en estos dias de trastorno, de que no quiero acordarme ahora, no lo has digerido, como sucede generalmente en lances iguales, y no dudes que este y no otro es el orígen de tu mal. Por eso yo me he abstenido en la casa donde estuve, y solamente tomé lo preciso para sustentarme. Dejémoslo asi, repuso Roberto, que ya sabrá usted á su debido tiempo el verdadero orígen de mi cólico, de mis humores y de mis indigestiones, y mande usted á ese bárbaro que entre y despachemos luego.

En esto asomaba ya por la puerta del cuarto el artillero físico con su cañon preparado, y dirigiéndose al paciente, que se hallaba ya panza abajo, le dijo: Ea, buen ánimo, compañero, que la salud va á entrar en ese cuerpo; y levantando la ropa de la cama hácia la parte de abajo, y hácia la parte opuesta la de la falda de la camisa, exclamó ¡Jesus, y qué posaderas tan éticas y consumidas tiene usted! ¡No parecen sino almoadillas de

corbatin! Iba, mientras decia esto, introduciendo el canutillo de su instrumento por el orificio del paciente: y oprimiendo el émbolo hasta el fin, dejó allí la descarga, que el primer efecto que produjo fué un grito espantoso en el condescendiente Roberto, diciendo que se le quemaban las tripas. El físico, que sabia llevar con paciencia todos los males agenos, le dijo: sufra usted, amigo, por amor de Dios, que mas ha sufrido nuestro Señor por nosotros, y añadió: Ea, de esta ya está usted curado, y yo respondo; pero cuidado con otra, porque no siempre hallará usted facultativos como yo; y mirando el orinal ó bacinilla que habia debajo de la cama, dijo que bien podian traer como aquella otras cinco, y que nada mas habia ya que hacer sino dejar solo el paciente por algunas horas.

Se salió en esto de la estancia diciendo que era mucho lo que tenia que trabajar, y que le estaban aguardando por instantes en otra parte. El amo de Roberto se salió con él para pagarle su trabajo, y habiendo notado que toda aquella operacion era una maniobra muy sencilla, y que él mismo la podia desempeñar con su criado, si ocurriese por su desgracia otra igual novedad en el camino; le propuso que, si gustaba, y la podia excusar por tener otras, le vendiese aquella jeringa, pues se la pagaria á medida de su deseo. El barbero, que nada menos que siete tenia en su barbería, le dijo: ¡Oh! esta je-

ringa es la mejor de las jeringas, y no dude usted que yo soy capaz de jeringar con ella á todo el género humano. No lo dudo, respondió el jóven, añadiéndole que á él le bastaba el poder jeringar á su criado cuando lo hubiese menester.

¿Y cuando le sea preciso jeringarse usted á sí mismo, repuso el barbero? Este sí que ya es otro punto que pocos entienden, y que ya me podria usted pagar muy bien el secreto si se lo descubriese. ¿Pues qué, repuso el jóven, la jeringa de usted sirve tambien para jeringarse uno á sí propio? Eso sí que no me desagradaria el saber cómo se hace, porque si me hallase en el caso de mi criado, no me gustaria que usted ni otro alguno me hiciese la operacion. Descúbrame usted el secreto, y tambien se lo pagaré como la jeringa á medida de su deseo.

Pues señor, continuó el barbero, bien conoce usted que mi jeringa es recta y perpendicular, y no horizontal y de curva como otras que hay para esta operacion, las cuales, en mi dictámen, no son tan á propósito, porque como es preciso sentarse sobre ellas, puede ser esto arriesgado y peligroso: Vamos ahora á la virtud que se encierra en la jeringa mia. Cuando se vea usted con el vientre obstruido y reseco por las indigestiones, ó cuando se halle acometido de otro cólico tan peligroso como el de su criado, cargada que sea la jeringa con la confeccion que ya se ha

visto, la coge usted en la forma siguiente: Con la mano derecha la toma usted por la parte del canutillo, cerrando el puño para descansar sobre él, y no dejando sino como dos pulgadas para introducir en el orificio: luego se extrae el aire subiendo el émbolo hasta que arroje algunas gotas del líquido, y en esta posicion fija usted el cabo de la jeringa en el suelo, arrimado á una pared para que no pueda reshalarse. Vuelto usted de espaldas á la pared misma, se apoyará en ella con la mano izquierda sin soltar de la derecha la jeringa, y bajándose usted poco á poco hasta la introduccion de la punta del canutillo, se irá cargando sobre el puño de la mano derecha hasta que se haya concluido la operacion.

Todo eso es muy fácil y muy sencillo, contestó el jóven, y yo no sé por qué se les llama á ustedes para esto, cuando todos ó los mas lo pueden hacer por sí solos: á lo cual contestó el barbero que no lo hacian porque no sabian este secreto, y que si su merced fuese vecino de aquel lugar, ya estaria seguro de que él se lo manifestase y perdiese con esto su ganancia. El jóven se hizo cargo y quedó convencido, y preguntándole por el precio de su jeringa le contestó que le juraba por todas las barbas que habia rapado en aquella semana, que no podia darla menos de dos francos, y que con otros dos que le diese por el secreto, iria muy contento con los

cuatro. El jóven le manifestó que mas contento debia ir con ocho, y se los puso en la mano; con lo cual el físico barbero le hizo mil reverencias, y alabando su mucha generosidad, bajaba la escalera repitiendo sin cesar: *merci, monsieur, merci, merci.* Cuando se hallaba ya en la calle advirtió que habia incurrido en una falta muy notable, y volviendo á tomar la escalera con precipitacion, añadió: *pardon, pardon, monsieur:* yo he padecido un descuido, una inadvertencia, y una distraccion muy grandes. A mí me han dicho que camina usted á Paris, y se me olvidó decirle mi nombre para cuando se le ofrezca consultarme desde allí sobre toda clase de enfermedades que puedan sobrevenir en usted ó su criado y demas amigos y conocidos. Yo me llamo Mr. Jean Le-Sage, y usted sabe ya mi pueblo y mi calle: pondrá usted las consultas y yo las despacharé á correo visto, aunque sean seis de cada vez. El jóven le dió las gracias, y se despidieron para no volver á verse jamas.

Habia ya en esto hecho su efecto el recalentado brevage en el cuerpo del mal aventurado Roberto, el cual levantándose y acostándose á toda prisa llevaba ya hechas diez y siete deposiciones que le habian hecho creer y consentir en que toda su naturaleza se le salia por el orificio. Quedó sin embargo muy agradecido al físico por el único acierto que habia tenido en mandar ponerle allí los seis re-

cipientes, que llevaba ya en un estado regular, y oyendo á su amo llamar á la puerta, preguntándole si podia entrar á verle, le respondió muy enfadado diciéndole que todavía no era hora, y que se podia aguardar aun otro par de ellas mas. Como el amo se habia interesado tanto en la salud de su Roberto, le obedeció al punto, y se fué á conversar con los amos de la casa, de quienes se informó de las particularidades de aquel pueblo, de sus frutos y producciones, con todo lo demas que creyó oportuno trasladar á su librito de memoria, en el cual se habia propuesto apuntar todo lo mas notable de aquel viaje, para extenderlo debida y correctamente en Paris. La inesperada ocurrencia del cólico de Roberto habia ya separado de su imaginacion en mucha parte la idea de la muerte de su padre, que tanto le atormentaba, y aunque de cuando en cuando le arrancaba todavía algunos suspiros, no dejaba ya de ocuparse tambien en la forma de vida que se habia propuesto llevar en Paris. Por de pronto estaba resuelto á vivir allí de incógnito, puesto que de ninguno necesitaba, mediante á que iba bien provisto de dinero y letras de cambio. Se llevaba en esto la idea de evitar tratos y visitas molestas que estorban la independencia, y se proponia recorrer los cafés, fondas, teatros, paseos y diversiones públicas con su Roberto solamente, en cuya compañía podia observarlo todo, sin que ninguno los

notase entre la muchedumbre de aquella Babilonia. Tenia intencion ademas de reconocer aquellas bibliotecas y registrar todas las librerías de Paris, de las cuales pudiese sacar un fondo de instruccion y literatura por la que se diese á conocer, pues ya sabia por lo que habia leido que allí estaba el centro del saber humano. No era por entonces su ánimo internarse en la lectura de los malos libros, aunque allí los hubiese, y solo se habia propuesto adquirirse un caudal de conocimientos, de los cuales pudiera aprovecharse para dar un giro muy diverso del que habia llevado su difunto padre al inmenso capital de que habia quedado en posesion. Estas mismas ideas se las habia infundido ya el que le habia dado el ser en varias y diversas sesiones que habian tenido entre los dos sobre su suerte y fortuna.

Cuando reina la debida armonía que debe haber entre padres é hijos, es muy natural conversar unos y otros sobre sus intereses, y comunicarse recíprocamente las ideas para multiplicarlos hasta lo infinito, pues nunca el corazon humano halla los límites de la ambicion para detenerse en su carrera. Como la vida del comerciante rueda siempre sobre el cálculo de sus especulaciones y de sus ganancias, es mas dificil que en otras, en esta clase de la sociedad, aquietarse en la medianía para gozar de la posible felicidad, que jamás la llegamos á alcanzar inte-

rin nos hallamos dominados de la codicia

Es tambien muy natural en los padres creer que sus hijos son un portento de la naturaleza, y creer que lo son exclusivamente, sin que pueda haber otros que se les igualen, porque el amor paternal nos ciega á todos para no ver imparcialmente cada uno en los suyos su verdadero mérito y sus imperfecciones. El difunto padre de este jóven habia reconocido en su hijo un talento singular y unas disposiciones nada comunes para ser con el tiempo un hombre de provecho; y pareciéndole que de ningun modo podia serlo sino multiplicando su capital de una manera extraordinaria, todas sus sesiones con él se dirigian siempre á este punto. Habia consentido verlo realizado y llegar en sus dias á gozar del placer de oir que su casa de comercio era la principal del orbe, como si el grado de poder á que habia subido ya no fuese suficiente á contentar á todo aquel que recuerde de cuando en cuando en su corazon que tiene que morirse y dejarlo todo á su muerte. Por desgracia suya habia meditado muy pocas veces sobre esta idea aquel hombre tan afortunado en su giro, y por esta causa hizo tanta impresion en él el sueño de la profecía, que le pronosticaba la ruina de todo su haber, y que debia ser reducido á polvo por aquel mismo que lo debia aumentar. Nada, pues, tiene de extraño en el órden de la vida que esta fatal prediccion le

haya causado la muerte; pero volvamos á coger el hilo.

Aliviado ya en mucha parte el mal aventurado Roberto de su apurada faena, habia llamado á una criada de aquel meson para que sacase de debajo de la cama aquella confitería, y le habia dado órden de perfumar la pieza, que parecia mas bien por entonces una y griega ó necesaria, que estancia de pasajero ó huesped. Cuando la moza echó de ver que nada menos que seis viajes le eran precisos si habia de quedar desocupada una mano para sus narices, dió á mil diablos al paciente, á sus amos y al meson, jurando á sus dioses que no paraba mas en aquella casa, si le pagasen por servir en ella veinte francos cada mes. Cumplió no obstante por entonces con su obligacion, y hallándose ya el cuarto aromatizado y perfumado, ordenó Roberto que se pasase recado á su amo para que entrase á verlo si gustaba. Fué en efecto avisado el jóven, y habiendo entrado en la pieza, dando la enhorabuena á su Roberto por hallarse ya fuera de todo peligro, le contestó: en peligro sí que me han puesto usted y ese físico idiota, á quien si vuelvo á ver con su jeringa se la clavo en la tapa de los sesos y se la saco por el conducto que él llama inferior, para que acabe de desengañarse si sirve éste para recibir ó para expeler.

Con aquella misma jeringa ya no puedes hacerlo, repuso el amo, porque se la he com-

prado y la tengo yo. ¡Pues qué! dijo Roberto, ¿pretende usted jeringarme mas todavía, ó la ha comprado para usted solamente? Para los dos la compré yo, respondió el jóven, pues ya ví por experiencia que no debemos viajar sin este instrumento, que hoy ha servido para tí y mañana puedo hallarme yo en el caso de necesitar de él, y para entónces ya sé el secreto de hacerme á mí mismo la operacion sin necesidad de buscar otros físicos, como me ha sido preciso buscarlos para tí, y gracias á que dí con este hombre inteligente que me ha descubierto el secreto, que llevo dicho. Pues mire usted, repuso Roberto, que le ha enseñado ese cuadrúpedo una gracia muy particular, cual es la de jeringarse uno á sí mismo, porque yo tenia entendido que en este mundo todos sabemos el oficio de jeringarnos los unos á los otros de dos mil modos y dos mil maneras; pero eso de jeringarse uno á sí propio creía yo que á ninguno le gustaba hacerlo. Mas, variemos de conversacion, y hágame usted el gusto de mandar que me traigan con qué alimentarme, porque me siento tan desfallecido, que creo no poder levantarme de esta cama en veinte y cuatro horas, segun he quedado deshalijado y vacío. Le aseguro á usted que la hemos hecho buena para el primer dia de jornada, sin haber caminado sino seis horas, y tener que aguantarnos aquí con el gasto de nosotros, el de los cocheros y caballos, que sabe Dios

cuando llegaremos á Paris, si tropezamos con físicos como el de este pueblo.

Eso no debe incomodarte, le contestó su amo, porque á mí me es igual estar en la una que en la otra parte, puesto que en casi todas, habiendo dinero, todo lo hay. Tú procura reponerte y cuidarte, sin reparar en gastos, que, teniendo los dos salud, nada nos ha de faltar. Si consigues distraerme de modo que no se vuelva á apoderar de mí la tristeza que me iba aniquilando, ya verás cómo nada echamos de menos con el dinero y letras de cambio que llevamos en los baúles para todo cuanto nos pueda ocurrir. Pero voy á dar órden para que te asistan con el cuidado y esmero posibles, pues ya deseo verte con aquel humor que conservabas en nuestra casa, y con el cual he llevado en tu compañía la vida mas inocente y agradable.

Se salió en esto de la pieza á buscar los amos de aquel meson, á quienes encargó la mas cuidadosa asistencia para con su ayuda de cámara, sin reparar en ningunos gastos, como si fuese con su misma persona, pues le apreciaba poco menos, y ordenó que por entonces le llevasen algun alimento, pues que ya lo pedia el enfermo, y se hallaba en disposicion de tomarle. Habia quedado entretanto solo Roberto, y daba por muy bien empleado su artificio, pues habia notado ya en el aspecto de su amo otro aire muy diverso, y habia observado ademas que ya se complacia

en hablar del dinero y letras de cambio, para no echar nada de menos donde quiera que se hallasen. Deseaba por lo mismo salir cuanto antes de aquella para él desgraciada casa, y ponerse en camino con su amo, á quien se proponia distraer y divertir hasta curarle de su melancolía, que habia considerado hasta entonces por mas peligrosa que su cólico. Deseaba tambien verse muy luego en Paris, de cuya capital y sus habitantes tanto habia oido hablar á unos y otros; pero como le habian asegurado que tambien allí se hallaba lo bueno como lo malo, esto último lo tenia con algun cuidado por su amo, y tambien por él, porque al fin iban solos los dos sin que ni el uno ni el otro hubiesen cumplido aun 25 años.

Estando en esto vió entrar por la puerta de su cuarto á la cocinera de aquel meson con una taza de caldo líquido, y sin otra cosa alguna que darle por entonces, la cual acercándose demasiado á la cabecera del paciente y procurando con una mano ayudarle á incorporarse, perdió en la otra el equilibrio del plato y la taza, y derramó todo el caldo sobre la ropa de la cama. Roberto que lo vió, y que no ignoraba que si aquel otro líquido alcanzase á su pellejo iba á ser desollado vivo como San Bartolomé, salta del lecho en camisa, y dando voces y gritos por su amo, que entró allí al momento, le dice: sáqueme usted cuanto antes de este meson ó de este infierno, si no quiere verme muerto ignominio-

samente por físicos y cocineras. Aquí se han conjurado todos contra mí, ó tambien contra usted, para que se vea solo en este viaje sin tener quien le cuide y acompañe. Los unos pretenden escaldarme por dentro y los otros por afuera hasta dar conmigo en la sepultura. Vea usted qué clase de almuerzo me ha traido esta bruja que está aquí delante, como si yo saliera de alguna fiebre ó tabardillo para alimentarme y reponerme con una taza de caldo líquido sin otra cosa. Yo necesito sólidos, y yo quiero comer, que tengo una hambre canina como aquel que nada tiene dentro de su cuerpo. Yo comeré de todo cuanto se me presente, porque ni tengo calentura, ni me duele hueso alguno, ni ha habido tal cólico; y maldita sea la hora en que me he empezado á quejar de él, que ojalá le hubiera aguantado sin decírselo ni dárselo á entender á usted. Sáqueme, repito, no solo de esta casa, sino de todo el pueblo y sus habitantes, y vámonos de aquí luego, que aun podemos andar en esta tarde otras cuatro horas y llegar á tierra de cristianos, pues en este lugar todos son hereges por lo que he visto. Iba diciendo esto, y poniéndose á toda prisa los calzones y demas ropa, hasta que acabó de vestirse, suplicando á su amo ordenase poner el coche despues de haber comido.

El jóven que se halló con su ayuda de cámara tan animado y tan lijero que no parecia sino que bailaba por toda la casa; cuando

habia consentido en no verle levantado en tres dias por lo menos, ordenó al punto que trajesen la comida y diesen la órden á los mozos del coche para partir inmediatamente y continuar su viaje. Se presentó la comida, en efecto, y habiendo notado el amo de Roberto que solo la traían para él, dió órden para que pusiesen tambien plato y cubierto para su ayuda de cámara, pues queria por entonces tener el gusto de verle desquitarse y aliviarse de la única enfermedad de que al presente se quejaba. Era la comida abundante, aunque no variada ni servida con delicadeza; pero cuando Roberto se vió servir por su amo, que quiso en esta ocasion manifestarle su aprecio haciéndole él mismo el plato, se cortó y acobardó en extremo, no considerándose digno de tanta atencion de su amo para con él. Ya por esta fineza, y ya tambien por la de verse sentado á la mesa junto á su mismo señor, fué tanto lo que se humilló, que no se atrevió á desplegar sus labios para decir que no se le ponia en el plato el diezmo de lo que necesitaba. Callaba y engullia; pero no fué osado á pedir mas, y acabada la comida y satisfecha la cuenta de gastos, se dispusieron á salir de aquella casa, en cuya puerta hizo Roberto una ✠ y echó una bendicion para no volver á verla en todos los dias de su vida.

CAPITULO III.

De las curiosas sesiones entre amo y criado caminando á Paris, y de la admiracion de Petit al ver las gentes de paseo á su entrada en aquella capital.

Serian las cuatro de la tarde, en una de las mas calurosas del verano, cuando salieron de aquel meson y de aquel pueblo los dos sócios amo y mozo, para encerrarse en su casa ambulante, en la cual uno y otro habian de ir á la capital de su reino. Roberto era el que mas por entonces ansiaba llegar á aquel centro de delicias, en donde esperaba verse libre de físicos y mesoneras, y en donde se consideraba ya gozando de todas las comodidades de la vida, llevando dinero en abundancia, como le llevaban, con varias letras de cambio ademas para cuando éste se les acabase. No ignoraba Roberto las riquezas inmensas que acababa de heredar su señor, á quien estaba resuelto á seguir hasta el fin del mundo, puesto que en las cuatro partes de él habia corresponsales é intereses pertenecientes al difunto, y hoy á su amo, segun lo habia oido á los dependientes de aquella casa, en la cual se habia criado desde niño. Daba, pues, por bien empleados sus padecimientos en la primera jornada, y tanto mas cuanto

que él habia sido el orígen de ellos con la idea de curar á su señor, como efectivamente lo iba consiguiendo. Mas habiéndole observado en el coche algo taciturno y pensativo desde su salida de aquel pueblo, temió volviese á resucitar en él la idea de la pérdida de su padre, y para apartársela de la imaginacion se resolvió á conversar con su amo y le dijo: Señor, es tan extremado el gozo que siento en verme libre de aquel doctor en medicina y en la sagrada Escritura, que ya me parece me hallo mas sano que cuando hemos salido de nuestro pueblo hoy á las tres de la mañana. A las nueve de ella hemos llegado á aquel maldito meson, en el cual hemos permanecido siete horas, que para mí han sido siete años; pero si no salto de la cama y pongo pies en polvorosa, créame usted que antes de dos dias queda sin criado y yo sin poder servir á ninguno de este mundo, porque si yo no he conocido en aquella casa sino á la grandísima desollada que intentó desollarme vivo á mí tambien ¿qué seria si me acometiesen el mesonero, su mujer, sus criados y sus hijos, si los tenia? Al fin ahora ya los dejo á todos media legua atrás, y me parece que voy tan alegre y tan contento que nada me falta sino llegar al primer pueblo en el cual pueda comer lo que necesito con toda libertad, pues allí me he quedado con muchísima hambre de puro miedo que tenia en aquella maldita casa.

Créeme Roberto, le dijo su amo, que si

hubieras comido lo que quisieras, entonces te hubiera repetido el cólico, y no estaríamos ahora caminando sin mas detencion que la de las siete horas que tú dices. Pero dime: ¿en qué te fundas para llamar á aquel físico doctor en la sagrada Escritura? porque yo no lo puedo considerar tal sino en su facultad que es la medicina. ¿Pues no le ha oido usted decirme, repuso Roberto, cuando me descargó el trabuco, sufra usted, hermano, por amor de Dios, que mas sufrió nuestro Señor por nosotros? Tanto entiende él de lo que Dios ha padecido por nosotros, como de la facultad médica, que asi la ha estudiado como yo el Antiguo y Nuevo Testamento. ¿No ha conocido usted en toda su fisonomía y en toda su traza que es un solemnísimo animal? Si por fin fuera solo en la facultad, pudieran morir á sus manos únicamente los de aquel pueblo, que sí morirán, no lo dude usted, y si dentro de una docena de años tratamos de informarnos de sus habitantes, puede suceder que no tengamos á quien preguntárselo. Por lo que corresponde á la sagrada Escritura, contestó el amo, puede que no te engañes, porque es muy distinto este estudio del de la medicina; pero en esta facultad no dudes que está muy impuesto, porque me dió su nombre para que desde Paris le hiciese las consultas que gustase por mí y por mis amigos, y se llama Mr. Le-Sage.

¡Desde Paris se ha de consultar en me-

dicina á este bruto! dijo Roberto asombrado: ¿Pues qué hace aquí este bárbaro que no se va á la corte á arrinconar los principales médicos del mundo que debe haber allí? No me lleve usted á mal si le digo que es usted muy inocente si se ha dejado engañar por este tunante en su carrera, porque entonces le engañarán tambien otros muchos que hay, cada uno en la suya; por cuya razon le he dicho hoy que en este mundo todos sabíamos el oficio de jeringarnos los unos á los otros, sin que nos sea preciso saber el gran secreto que le ha descubierto ese estúpido para jeringarse uno á sí mismo. Yo no he salido jamás de nuestro pueblo, como ni usted tampoco; pero tengo acá á mi modo ciertas reglas para conocer esta clase de gentes, que tambien las hay en nuestra ciudad como en todas partes. Usted, metido allá en su bufete y en sus libros, no ha tratado apenas con los hombres, pero ha estudiado otras cosas que yo no sé; y asi usted con lo que ha leido y estudiado, y yo con lo que he aprendido en las calles, plazas y demas concurrencias, ya podremos ver el mundo sin riesgo, á mi modo de entender.

Estaba, mientras decía todo esto Roberto, sumamente distraido su amo, sin hacerse cargo, ni atender apenas á cuanto habia hablado hasta entónces; y viéndole así enagenado, le pregunta: ¿En qué diablos piensa usted, que estoy por decir que no es capaz de responder á lo que se les dice á los chi-

quillos que estan entretenidos en la escuela, cuando se les pregunta *¿qué está dicho?* Pensaba, le respondió su amo, en que he resuelto vivir de incógnito en Paris, y no acomodándome darme á conocer por mi nombre y apellido, quisiera que tú y yo nos disfrazáramos bajo otros nombres supuestos: y por mas que estoy discurriendo sobre estos nombres, no acierto con ningunos que bien nos cuadren á los dos; por lo cual, si tú me puedes sacar de este apuro, desde luego te puedes encargar de esta comision. Roberto, que habia consentido en que la idea de la muerte de su padre volvia otra vez á apoderarse de su fantasía, cuando observa que en su lugar habian entrado ya en su cabeza las de su vida en la corte, le dice: ¿y nada mas que en esto se embaraza usted? Pues si desde un principio me lo hubiera dicho, ya estábamos fuera del apuro. Usted verá como aquí en un abrir y cerrar de ojos busco yo dos nombres que nos cuadren á los dos como anillo al dedo. Usted es de una estatura mas alta que lo regular, y yo soy de otra mas que lo regular pequeña y baja. Pues bien, ¿hay mas que tomar usted el nombre de Mr. Le-Grand, y yo el de Petit ó Le-Petit? porque á Monsieur no debo yo subir.

Tienes ingenio, Roberto, le dijo su amo, me cuadran esos dos nombres significativos, como que son sacados de la naturaleza de cada uno de los dos, y quiero por lo mismo

que desde hoy en adelante respondas á cuantos te pregunten por mi nombre que yo me llamo Mr Le-Grand, y yo diré tambien que mi ayuda de cámara se llama Le-Petit. Está discretamente discurrido; y ya verás como sin ser conocidos de nadie frecuentamos los teatros, los cafés y demas concurrencias de la corte, y sin que nos molesten las visitas y cumplidos de las familias relacionadas con mi padre, á las cuales me presentaré cuando las haya menester para el cobro de alguna letra, y nada mas.

¿Y hemos de conservar el coche por nuestra cuenta, añadió Petit? Por supuesto, le contestó su amo, porque Paris es muy grande, y yo pienso atravesarlo muchas veces despues de recorrerle al rededor. ¿Y si nos perdemos en aquellas calles y callejuelas, añadió Petit, puesto que no sabemos sus nombres? No es preciso saber los nombres de las calles, le contestó su amo, para no perderse en ellas. Hay un medio para imponerse muy en breve en la direccion de las calles de cualquiera pueblo por grande que sea, y es el siguiente: despues de recorrerle todo al rededor por fuera de las murallas, si las tiene, se reconocen sus principales puertas de entrada; y como las calles por donde se entra siempre conducen al centro, sabidas estas bien, ya se conoce que todas las demas son de travesía, y que han de cruzarse con alguna de las de entrada, la cual siendo co-

nocida, y á ninguno puede perderse. Figúrate un círculo con su circunferencia y punto céntrico: todas las líneas que van al centro desde la circunferencia son las entradas de un pueblo, y las demas líneas que se cruzan son las calles de travesía.

Todo esto lo sabe usted por sus estudios, añadió Petit, que siempre le he visto sobre los libros, siempre leyendo, siempre estudiando, y á todas horas quemándose las cejas como si fuese usted un estudiante que hubiera de ganarse la vida por sus estudios. Yo no sé para qué quiere usted saber tanto, teniendo como tiene, á Dios gracias, mucho mas de lo que necesita para disfrutar de casi todas las conveniencias de este mundo. Yo veo muy bien que todos los que se aplican al estudio es para adquirirse y afianzarse una subsistencia; mas despues que la han asegurado abandonan los libros; y de algunos oí decir que se les olvidaba todo, y ya no se acordaban ni del latin. A todo lo cual le contestó su amo: mira, Petit, tú me has puesto el nombre de Mr. Le-Grand, y si yo no soy grande mas que en la estatura, podrás decir tambien de mí otro tanto como del físico, es decir, que soy un grande animal. No amigo, yo no quiero ser solamente grande en el cuerpo, sino tambien en el alma, cuya grandeza no se adquiere como la otra con comer bien y beber mejor, sino cultivando el entendimiento y enriqueciendo nuestras potencias, todo lo

cual se consigue por medio de la instruccion y la literatura. En Paris hay las mas ricas bibliotecas del mundo, y las mas selectas librerías, en las cuales pienso formarme recorriendo sus volúmenes y estudiando las ciencias que nos enseñan las virtudes y la felicidad del corazon humano. Para conseguir esto nada mas tengo que hacer sino pedir las obras que tratan de la moderna filosofía, y en ellas hallaré todo cuanto necesito para acabar de perfeccionarme en el estudio que reservadamente hice yo en nuestra casa.

Ya se me ha remontado usted tanto, amo y señor mio, que no es para mi cabeza poder alcanzarle, ni menos contestarle cosa que de provecho sea; pero me parece á mí que no es imposible que en esas grandes librerías y bibliotecas en cuyos libros estan encerradas esas virtudes, pueda tambien haber libros donde esten encubiertos algunos vicios, y tan tapaditos y abrigados que no los pueda pasar el frio, el aire ni el sol; y si la mala suerte hiciese que tropezase usted con algunos de ellos, en verdad, en verdad que lo sentiria á par del alma, por lo mucho que le quiero á usted.

Es muy poco lo que has leido y estudiado, amigo Petit, y por tanto te disculpo en tu ignorancia. Tú no sabes que antes de darse un libro á la imprenta está sujeto á la mas rigorosa censura, y que antes de verse escrito en letras de molde tienen que pasar como

por alquitara todas sus letras, puntos y comas. Esto supuesto ¿como pretendes tú que pueda haber un solo libro en Paris (que es el centro del saber humano) en el cual se halle una sola proposicion dudosa, una palabra equívoca, una frase sofística, una expresion impúdica, ni menos un solo renglon que pueda conducir al vicio? Esto es un imposible, y por tanto repito que te disculpo, puesto que tú no habrás oido tal vez en tu vida que estan tomadas todas las medidas para que ninguno pueda escribir ni imprimir lo que no sea muy conforme al bien de la humanidad. Ya! repuso Petit, como usted me ha dicho que esos libros los pasan por alquitara, y yo he visto alquitaras grandes y pequeñas, flacas y gordas y de todos tamaños, no me parecia imposible que se pudiesen escurrir algunas letras por un conducto algo ancho; pero como no lo entiendo ni lo he estudiado como usted, nada tiene de extraño que todo lo yerre y no sepa lo que digo. Mañana hablaré mas acertado en otras materias que no sean tan altas y esten mas al alcance de un hombre pequeño como Petit. Lo que es hoy no estoy todavía recuperado enteramente, porque tengo la barriga tan floja y desbalijada que no puedo hallar ni tocar mis tripas por mas que las tiento, y tengo algun recelo de que se me han salido algunas cuando hice mis repetidas seguidillas en aquel descomulgado meson.

En estas y otras semejantes razones iban entretenidos los dos cuando llegaron á otro pueblo mejor acondicionado que el anterior, en el cual hicieron noche sin acontecerles cosa que de contar sea; y lo mismo les avino en las demas en que hicieron mansion en sus jornadas antes de llegar á Paris, porque conforme se iban acercando á aquella capital hallaban mas civilizacion, mas cultura, mejor servicio y mas abundancia. Lograron por fin un dia poder ver desde lejos las torres y chapiteles de aquella gran ciudad, y cuando Petit los divisó por primera vez se le alegró tanto el corazon que no pudo contenerse sin manifestárselo á su amo, y le dijo: señor, es tál el gozo y la alegría que me bulle acá dentro del cuerpo por haber columbrado ya este Paris que tanto ruido hace en el mundo, que se me ha encajado en el magin que yo voy á crecer aqui una cuarta, y entonces será preciso mudarme el nombre de Petit y ponerme otro, que no sé en verdad donde le hallaremos que me cuadre; porque en creciendo lo que he dicho soy yo tambien un grande hombre; y como usted se llama ya Mr. Le-Grand no podrémos andar juntos dos grandes Monsieures. Por otra parte, yo no puedo separarme de usted en todos los dias de mi vida aunque me hiciesen emperador, con que estoy viendo que me será preciso, luego que lleguemos, acudir á una botica en la cual me den una medicina para no crecer mas,

porque aquí ha de haber remedios para todo. No dudes, Petit, le contestó su amo, que efectivamente los hay, y que lo que no se halle en Paris no sé yo donde podrá hallarse; pero no te dé esto pesadumbre, puesto que asi tú como yo vamos á cumplir 22 años, y las líneas que podremos crecer aquí, por buena vida que tengamos, no nos harán mucho mas grandes ni mas pequeños. ¿Pues no me ha dicho usted, repuso Petit, que aquí es donde pensaba engrandecer su entendimiento y las potencias del alma? Si Paris tiene la virtud de hacer crecer á nuestra alma (que hasta ahora siempre estuve en la firme creencia de que no podia ser mas pequeña ni mas grande de lo que ella es conforme Dios la ha criado) ¿qué dificultad hay en suponer que haya tambien en Paris la virtud de hacer crecer el cuerpo, siendo esto mucho mas fácil? No, yo estoy viendo que le voy á ocasionar á usted muchos mas gastos en hacerme otros vestidos por no servirme dentro de pocos dias los que traigo hechos, y esto me da pesadumbre, porque no tiene gracia perder toda la ropa blanca y de color que traigo en mi baúl, que viene tan lleno que no le cabe mas. Pues á mí, le contestó su amo, no me dá pesadumbre ninguna el perder toda la que traigo como me será forzoso, porque pensando, como pienso, en vivir aquí de incógnito los dos ¿cómo querias tú que nos presentásemos en las calles y plazas de la cor-

te con los trajes de nuestro pueblo sin que nos señalasen con el dedo por todas partes? Aqui será preciso trasformarnos de arriba á bajo y desde los pies hasta la cabeza, segun esten sus habitantes, pues ya habrás oido decir: en el pais donde vivieres haz como vieres. ¿Y si yo veo aquí, replicó Petit, hacer porchinelas, mojigangas y títeres, tengo de hacerme yo tambien un titiritero? ¿Con que si veo llevar un frac que no pasa del conducto inferior, como le llamaba Mr. Le-Sage, debo hacerme yo otro igual que me haga parecer un muñeco, y mas pequeño de lo que soy? ¿Qué dirian de mí los de nuestro pueblo si me viesen con unos vestidos cortados de una manera nunca vista ni soñada por ellos? Entonces sí que me señalarian con el dedo por todas partes. Hay esta gran diferencia, Petit, le dijo su amo, de que los trajes y vestidos de nuestro pueblo y de todos los del mundo no sirven para llevarse en Paris, y los de Paris sirven para ponerse y llevarse en todas partes. Como las artes y las ciencias en esta corte han subido á un punto tan elevado, todo cuanto vaya de Paris á Europa, Asia, Africa y América lleva consigo el sobre-escrito de ser lo superfino, lo mas superior y del mas exquisito y delicado gusto. Asi á tí en tu pueblo, si te presentases con traje hecho en Paris, te llamarian un parisien, que es cuanto hay que ser y cuanto hay que decir; y tan lejos estarian de censurarte,

que, en vez de hacerlo, se admirarian y te tendrian envidia. Asombrado me deja usted, respondió Petit, con lo mucho que se sabe en este Paris, y estoy viendo que á poco tiempo que permanezcamos aquí, no nos conocerá la madre que nos parió. Usted como ya ha estudiado tanto, si se me entra por esas librerías y bibliotecas, donde habrá tantos libros que enseñarán tantas cosas nunca vistas ni soñadas hasta hoy, ¿quién sabe si en alguno de ellos hallará tal vez el secreto de no morirnos nunca, ó el de trasformarnos en dioses como el dios Mercurio y el dios Marte, y otros dioses y diosas que nunca se murieron? Pues yo al lado de usted y en un Paris algo he de aprender tambien que me pueda aprovechar sobre lo poco que ya sé; y aunque esto poco me ha servido hasta ahora para no hacer mal á nadie, y levantarme y acostarme todos los dias, si me aplico y aprovecho el tiempo en la corte, acaso no será imposible que aprenda á resucitar los muertos, y entonces me basta á mí este secreto, porque me valdrá mas que todo cuanto puede estudiar usted en las bibliotecas.

El secreto de inmortalizarnos ó el de no morirnos nunca, como tú dices, le contestó su amo, creo que no se ha hallado hasta ahora, ni se hallará tal vez en ninguna librería, como ni tampoco se hallará el de resucitar los muertos, porque eso me parece que excede al poder de los hombres; mas hay sin embar-

go en los libros tantas cosas que saber y de tal importancia, que el que ha llegado á adquirirse el nombre de sábio, se ha elevado sobre el comun de las demas gentes como el leon sobre la hormiga. El que ha estudiado las matemáticas, la historia natural, la geografía, la astronomía, la física, el derecho de gentes, el natural, la química, la náutica, las humanidades, la música, la poesía, la historia, la mitología, las lenguas, el dibujo, la pintura, la diplomacía; en una palabra, todas las artes y ciencias sin dejar una sola, ¿quién puede dudar que es un ser casi sobre natural, y que con justa razon se le debe dar el nombre de sábio? Pues de estos los tienes en Paris á millares, que se han singularizado por sus escritos y por sus obras originales en todos sentidos, como que han hecho ver al mundo, desde que éste ha sido criado, que ha permanecido hasta ahora en la mas estúpida ignorancia, sin saber cómo se debe vivir segun las leyes de la naturaleza, las del centro de la gravedad, y otras infinitas que tú no puedes comprender por no haberlas visto en los libros que leías en casa. En fin, tú lo has de ver todo por tí mismo, unas veces en mi compañía y otras por tí solo, y ya te desengañarás de lo mucho que allí hay que ver y que admirar.

Pues señor, replicó Petit, lo que yo he leido en los libros del difunto amo decian todo lo contrario, conviene á saber: que ningun hombre de este mundo podia estudiar todas

esas ciencias que usted dice, porque para saber con perfeccion alguna de ellas, era muy corta la vida del hombre, y que si alguno se atrevia á decir que las habia aprendido todas, era un solemnísimo embustero, ó un presumido charlatan, que por haber salpicado un poco de cada una, ya se creía un sábio sin poder serlo, por lo mismo que en nada se habia detenido ni estudiado con solidez. Entonces me acordé de nuestro vecino Mr. Rarie, que se puso al oficio de sastre, y antes de saber pegar unas mangas se pasó á ebanista, y á los dos meses á relojero, y despues á tejedor, y en seguida á barbero, y luego á diamantista, y despues á confitero, y tambien fué memorialista, zapatero, músico y bailarin, y decia que sabia todos los oficios, y nunca pudo ganar de comer en ninguno de ellos. Yo no sé lo que me digo; pero mucho me recelo que algunos de esos sábios que usted me dice han de ser algo parientes de Mr. Rarie.

Pero dejemos esto y mudemos de conversacion, porque ya veo que vamos á entrar muy luego en la corte, segun las gentes que de paseo llegan ya hasta nosotros. ¡Jesus y cuántos coches! ¡Y qué hechuras tan diversas! No parece sino que algunos van navegando por algun rio segun la figura de barco que tienen! ¡Allí viene uno que ha padecido alguna desgracia, porque está hendido por arriba, y se le cayó la mitad hácia atras

y la otra hácia adelante! Pero no, porque vienen en él señores y señoritas muy alegres y divertidos todos juntos. ¡Ay lo que veo! ¡que vienen allí algunas señoras con sombreros en la cabeza como los hombres! ¡Allá mas adelante veo otro galan con su señorita, que parece se estan confesando en el coche, segun tienen pegadas las cabezas! ¡Y tambien vienen muchos á pie y andando! ¿Si serán aquí todos cojos, porque se vienen sosteniendo unos á otros? ¡Allá veo otro que viene solo con un baston en la mano y le hace andar al rededor como rueda de molino y no se le cae! ¡Esto que ahora veo sí que es muy difícil! Allí estan dos saludándose y dándose las manos cada uno sobre un pie, el otro en el aire y con mas de una vara hácia atras el trasero de uno y otro, formando un arco sin caerse! ¡Aquellos precisamente son bailarines! ¿Pues qué diremos de aquellos ocho que se encontraron, se dieron las manos y estan barriendo el suelo con los pies como si fuese con escobas? ¿Y qué de aquella otra comparsa de comediantes que viene accionando y representando de modo que no parece sino que se van á dar de cachetes? Estos sin duda representan una tragedia. Pues si esto hacen en un paseo público ¿qué no harán en tablas? Vaya que ahora digo yo que este Paris debe ser el mismo demonio del infierno.

A todo lo cual estuvo su amo observándole muy atento, y notándole su admiracion, en

la cual se complacia interiormente; pero viendo á su ayuda de cámara tan aturdido y asombrado ya antes de entrar en Paris, le dice: Petit, muy reconocido me debes estar al singularísimo beneficio que acabo de hacerte en venir á ver lo mejor del mundo. Yo todavía no hago caso de cuanto tú has visto hasta ahora, porque para el juicio que ya tengo formado de lo que es Paris por lo que he leido y estudiado, es nada todo esto; pero ya entraremos, ya habitaremos en este centro de originalidades, y verás. Si los demas pueblos de la tierra no se hallasen á una distancia tan inmensa del centro, ya sabrian vivir como corresponde; mas no puede alcanzarles por su lejanía este maravilloso sistema de existir sin saber que se existe, vivir sin pensar en los dias de la vida, gozarse sin intermision, enagenarse sin sufrir, deleitarse sin padecer, regocijarse sin sinsabor, recrearse sin tormento; en una palabra, morar en medio de la felicidad. Mas como la llama de una hoguera no puede calentar á los que se hallan á una larga distancia de ella, procede de aquí que los demas pueblos, como tan distantes del foco principal, no pueden participar del calor vivificante de este planeta terráqueo, y se hiclan como los habitantes de Saturno, á los cuales hieren ya muy desmayados los rayos de nuestro sol. Contribuye tambien á esto el que ciertos vivientes se oponen al goce de algunos grados, si llegan, de calor, por quererlos

disfrutar ellos exclusivamente; y he aquí el orígen de la fatalidad y de las desdichas en el género humano. Tambien aquí en el centro se suelen presentar de cuando en cuando algunos obstáculos que pretenden oponer unos cuantos miserables que quisieran detener la marcha de la felicidad; mas es tal el número de los agentes que la saben promover por una línea recta, que si por algun accidente la desvian hácia alguna curva, al momento la vuelven á colocar en la via de la mas corta distancia á su blanco. Todo esto, y mucho mas que omito por ahora, lo irás observando aquí por tí mismo, y te encargo que nunca te admires de la novedad, por no descubrir tu ignorancia, que yo te iré instruyendo poco á poco en estas y otras muchas mas cosas que yo ya me sé, sin haber salido nunca de mi pueblo, ni apenas de mi casa; pero aquí en la corte espero rectificar algunas ideas que no estan aun bastante deslindadas en las obras que he leido.

¡Ah señor! le contestó Petit: esas obras ó esos libros no estaban en la librería de su señor padre; porque yo los he leido casi todos; y ese existir sin saber que se existe, ese gozarse sin intermision, con todo lo demas que usted ha referido del centro de la felicidad, decian que solamente se podia hallar en los cielos, porque en la tierra no podia darse una completa felicidad. Pues mire usted que me parece que no van descaminados aquellos

libros, porque yo no veo en este mundo á ninguno sin ayes, sin dolores, sin disgustos y sin penas. Hasta los reyes y los emperadores enferman, y se mueren que es algo mas, y antes de morirse no les faltan sus trabajos como á cualquiera hijo de vecino, y algunos de los que ellos pasan no los quisiera yo por mi casa cuando la tenga. Pues si los reyes y emperadores y hasta los obispos están sujetos á trabajos, y enferman y se mueren como nosotros, ¿en qué diablos de libros puede hallar usted esa felicidad para acá abajo, sin subir á buscarla allá arriba donde Dios la quiso poner? Al caso: nosotros vamos á entrarnos ahora en esta Babilonia ó en este laberinto donde nada nos puede faltar, llevando como llevamos dinero con abundancia. Pues bien: ¿estamos libres con todo eso de un dolor de tripas, de un tabardillo que nos lleve, ó de un cólico y de un físico que nos jeringue y nos eche á la sepultura? Y si cuando estamos en la cama enfermos viene otra fregona como la de marras con otra taza de caldo hirviendo, y nos la zampa sobre las narices, ¿podremos ser incógnitos en Paris quedando desnarigados? A semejanza de este accidente, que tan cerca estuvo de desollarme vivo, ¿á cuántos otros no estaremos expuestos en este centro de delicias, ó en este foco vivificante como usted lo llama? ¡Ah! Quiera Dios sacarnos en paz de él, aunque nos fuésemos á donde no calentasen los ra-

yos de esta hoguera, pues yo no sé qué presiento en mi corazon de nuestra estancia en esta corte, que está muy distante de la celestial. Pero ya estamos en la puerta: ¿á donde vamos á parar?

Entonces Mr. Le-Grand dió órden al cochero para que se informase del sitio de una de las principales fondas para apearse allí, como asi lo hicieron.



CAPITULO IV.

Que trata del alojamiento del Héroe Mr. Le-Grand con su ayuda de cámara en una de las mejores fondas de Paris, del recibimiento que en ella tuvieron, y de otras curiosas sesiones entre amo y criado.

¡Oh miserable condicion de la humanidad! ¡Oh ceguedad inseparable de los mortales! ¡Oh pequeñez humana en medio de tu grandiosidad! cuán efímeros y cuán despreciables son todos tus mas grandes prodigios! Si ni el poder, ni las riquezas, ni la sabiduría alcanzan á contentar el corazon humano, ¿qué otros dones se le pueden ofrecer con los cuáles se halle plenamente satisfecho y sin ningun otro deseo en la carrera de la vida? ¡Oh vosotros que os habeis dedicado desde el nacer al morir al estudio de las ciencias y de las artes, y que habeis descollado sobre los demas hombres, como el ciprés sobre el arbusto, venid y decidme: ¿habeis sido felices y plenamente dichosos en la fugaz carrera de vuestros dias? ¿Nada mas habeis apetecido y ambicionado que aquella miserable sabiduría que no ha alcanzado á excluiros de las enfermedades y de la muerte que sufren los demas hombres? ¿A donde os hallais al pre-

sente, oh Licurgo, Solon, Demóstenes, Platon, Ciceron, Descartes, Leibnitz, Newton, Séneca, Sócrates, y tantos otros que habeis consagrado todos los dias de vuestra vida al estudio de las ciencias, y que las habeis apurado hasta su cúspide? Escuchadme, donde quiera que os halleis, y respondedme: ¿Habeis conseguido con todos vuestros estudios y vuestra sabiduría no errar jamás en vuestros pensamientos, en vuestras palabras y en vuestras obras? ¿ó habeis reconocido mas bien que cuanto mas habíais aprendido mas ignorábais aun, y que en aquello que ignorábais estábais expuestos al error como los demas hombres? ¿Con que ni vuestras señaladas luces, ni vuestra singular aplicacion han podido eximiros de las miserias de la flaqueza humana? Si pues habeis errado vosotros á quienes el mundo reconoce por unos séres privilegiados, ¿qué será de un enjambre de filósofos que se levanta por todas partes en nuestros dias, y que sin vuestras disposiciones, sin vuestros conocimientos y sin vuestra aplicacion, pretende no obstante reformar á todo el género humano, y se considera autorizado para reducir á polvo todo cuanto nos han trasmitido nuestros mayores, y sustituir en su lugar nuevos sistemas, delirios y quimeras para invertir el órden de la sociedad? ¿Qué será de este jóven mal aventurado con todas sus riquezas, que teniendo ya en su cabeza á los 21 años las ideas de la

nueva filosofía, viene á rectificarlas á Paris, pretendiendo singularizarse y descollar entre sus semejantes, para hacerlos felices y proporcionarles una bienaventuranza que no es dado al hombre gozar sobre la tierra? ¿Quién ha introducido en su fantasía esta quimera inverificable, y este desconcertado delirio que solo con intentarle arrastra sobre los mortales todas las degracias de la humanidad? Los libros. ¡Pues cómo! Los que habia leído su ayuda de cámara en la librería de su difunto amo, ¿no decian que no podia darse una perfecta felicidad en esta vida, y que solamente en los cielos se hallaria la completa felicidad? ¡Ah! Sí que lo decian, y si este jóven no hubiera leido por otros, seria un digno succesor de su heredada opulencia, un verdadero modelo de todos los hijos de familia, y un noble y virtuoso individuo de la sociedad. Mas eran muy otras las ideas que revoloteaban ya en su cabeza, pues nada menos ansiaba en su interior que singularizarse entre los filósofos que emprendian plantificar la *libertad*, la *igualdad*, y la *felicidad*, y hacer de este valle de lágrimas un paraiso terrenal. Tal se lo habia representado en su fantasía la engañosa lectura de ciertas obras, que, como jóven rico, habia tenido la desgracia de adquirirse, compradas las unas á todo precio, y prestadas y regaladas las otras por sus amigos y conocidos, sin que en su edad de 21 años le fuese posible tener el juicio, la prudencia y

mundo precisos para penetrar la falacia, el sofisma y la seduccion de semejantes libros. Antes por el contrario, se hallaba muy persuadido de que aquellas bellas imágenes, descripciones y pinturas que rodaban en su imaginacion eran como infalibles, y que todos los humanos que nos habian precedido hasta entonces no habian sabido regir el mundo como debe regirse, por cuya razon se consideraba el héroe de la humanidad, si de algun modo podía preparar una nueva regeneracion. Con estas quiméricas ideas, que esperaba rectificar en Paris, se olvidó con facilidad de la pérdida de su padre, cuando, si no hubiera tenido la desgracia de querer ilustrarse tan opuestamente á su carrera y á sus intereses, hubiera multiplicado éstos y proporcionado la subsistencia á una porcion de familias sobre las que ya la tenian por su casa. Mas ya le tenemos en la corte á donde anhelaba perfeccionarse. Sigamos sus pasos y volvamos á coger el hilo.

Habiéndose dirigido, como queda dicho, á una de las principales fondas de Paris, pararon allí el coche, y apeándose de él Mr. Le-Grand y su ayuda de cámara, se hallaron al momento rodeados de una porcion de sirvientes que se atropellaban á porfia á prodigarles sus obsequios y servicios. Pidió Petit una de las mejores habitaciones para su amo, en la cual hubiese una pieza cómoda para él inmediata á su señor, y al punto les

hicieron subir á una estancia de general recibimiento, ínterin su dueño el fondista les destinaba á la que convenia á tan ilustre personaje, decian, como el que ya manifestaba serlo por sola su presencia, finura, delicadeza, modales, ilustracion (y aun no habia desplegado sus labios), comportamiento, generosidad, riqueza y sobre todo por su carácter dadivoso. En esta les hacian la corte mas obsequiosa los unos, mientras los otros subian todo el equipaje, que iban colocando por allí interinamente, hasta que el señor de la fonda dispusiese lo mas perteneciente á S. S. el señor Marqués, pues ya le habian reconocido por tal, á pesar de su fina modestia en ocultarlo. Pidió entonces el uno de ellos el nombre de este caballero para que por el hilo sacase el ovillo el amo de la fonda, y respondió al punto Petit, que el nombre de su señor era el de Mr. Le-Grand, y el suyo el de Petit ó Le-Petit. Eh bien, dijo el uno de los sirvientes; pues yo me voy á dar parte ahora mismo para luego ser con ustedes al instante, al momento; y se salió de allí murmurando entre dientes: *Mr. Le-Grand, Mr. Le-Grand....* podrá ser tambien un gran petardista de los muchos forasteros que han venido á esta fonda á desquitarse de los petardos que han recibido en Paris; y podrá ser tambien *Mr. Le-Grand* un hombre tan grande como su persona y nada mas; pero el amo sabrá discernir á este Monsieur, y al llegar

á su presencia le dice: señor, en la puerta de la fonda se ha parado un coche con un caballero que se llama Mr. Le-Grand, y un ayuda de cámara que llaman Petit ó Le-Petit. Han pedido una de las mejores habitaciones de la casa, pero les hemos entrado en la estancia general, y allí se ha depositado su equipaje hasta que usted les destine á otra parte.

Pues bájate por la escalera secreta, le dijo el fondista (que era un aleman), y pregunta al cochero si trae coche propio, y qué clase de caballero es el señor Le-Grand para darle el trato correspondiente. Obedeció como un relámpago el mandato de su amo, y en dos segundos se plantó en la cuadra en donde se hallaba el cochero acomodando los caballos; y preguntándole si su amo era baron, conde ó marqués de los que se venian regularmente á Paris á recrearse por una muy larga temporada con su coche y caballos de los muchos que tenian, y á desembarazarse de algunos millares de francos que no podian invertir en su pueblo, le contestó el cochero: que el coche y caballos eran propios del señor con quien venian él y el lacayo; pero que los dos no eran criados de la casa, y que solo habian sido buscados para conducirle en su carruaje á Paris, en donde él no habia estado nunca, y ellos sí por varias ocasiones: que su venida á la corte era con el objeto de distraerse y aliviarse del sentimiento que te-

nia por la muerte de su padre, á quién acababa de perder, y que regularmente permanecería en Paris algunos meses, ó tal vez años: que su casa era generalmente reputada por una de las mas ricas de la Francia; pero que su padre, á quien acababa de heredar, jamás habia querido comprar ningun título de conde, marqués, baron ni otros tales, por cuanto á estos los habia visto siempre pobres y necesitados; y él en la dura precision de socorrerles, como efectivamente les socorria.

El sirviente ó paje, que se vió con una contestacion tan comprensiva de todo, no miró al suelo para echar á correr, porque era su intencion caminar por los aires á participárselo á su amo, el cual, luego que se enteró de todo, se cubrió su leviton blanco, y dirigiendo su persona hácia la de Mr. Le-Grand le dijo: V. S. ha de tener la bondad de disimular la estupidez y la barbaridad de estos mis criados, que jamás puedo conseguir de ellos aprendan á saber distinguir de personas. ¡Oh! Menester es ser un bruto, un idiota, una bestia para no conocer en el aire majestuoso que se descubre á primera vista en el aspecto de V. S., á qué clase pertenece un caballero que lo es desde que ha nacido, y no como tantos otros que, sin saber serlo, lo pretenden ser, de los cuáles salen y entran en esta casa de V. S. muchísimos en el discurso del año, que nos han dado muchos, muchos petardos con el tono de grave-

dad que han sabido darse para de todo pedir y nada pagar. ¡Oh! V. S. me hará el honor de reconocer esta casa por suya, y de ordenar en ella como en casa propia, pues yo con todos mis dependientes me constituyo vuestro mas humilde y afecto servidor. ¡Oh! vuestra señoría escogerá la mejor de las habitaciones; y en ella será servido como corresponde á tan ilustre caballero. ¡Oh! Salirse V. S. al pronto de esta estancia en donde le han colocado estos sirvientes bárbaros, y venirse conmigo V. S. á reconocer la casa toda, toda, y V. S. elegir lo que mas le agrade.

Mr. Le-Grand que se vió con el tratamiento de marqués y con tantos cumplidos, ofertas y obsequios de parte del amo de la casa, á quien en su pueblo hubieran considerado por un conde, se cortó en tal extremo que no supo como contestar, y enmudeció sin poder decir ni hacer otra cosa que mirar de hito en hito á su ayuda de cámara. Mas éste, que naturalmente era diestro y socarron, le hizo seña de que se dejase ir con aquella corriente sin replicar, y asi lo hicieron los dos siguiendo al señor fondista, que los llevó por toda la casa, en la cual eligió Petit una magnífica habitacion para su amo y para él, ricamente aderezada con exquisitos muebles y lo demas correspondiente. En esto les volvió á repetir sus cumplidos el amo de la fonda, diciéndoles que iba á mandar les trajesen allí su equipaje, y que nada mas tenian que hacer

sino pedir, ordenar, disponer, mandar, y serian al pronto servidos.

Habiéndose quedado solos en su estancia los dos huéspedes, rompió primero el silencio Mr. Le-Grand y dijo á su criado: ¿Qué te va pareciendo, Petit, de este Paris por lo poco que has visto de él? Tres cuartos de hora hemos tardado desde la puerta de entrada hasta llegar á esta fonda que yo supongo cerca del centro. ¿No has reparado en los edificios, en las calles y en las gentes que en nada se parece todo esto á cuanto hemos visto hasta hoy? ¿No te asombra la magnificencia de nuestra habitacion, la cortesanía del amo de la casa, y hasta la finura y delicadeza de sus sirvientes? ¿Qué nos podrá faltar aquí teniendo dinero como lo tenemos en abundancia? Yo no temo aquí las faltas sino las sobras, respondió Petit. Pero V. S. ¿por qué se halló tan embarazado cuando le dieron el tratamiento? Pues á fé que por este título no nos han pedido alcabala ni dinero alguno. ¿Si querrás tú tambien, le contestó su amo, hacerme á mí marqués, cuando yo pretendo vivir aquí de incógnito? ¿Y qué inconveniente puede haber en ello, dispuso Petit? ¿Cuántos condes y marqueses hallaremos por estas calles que no los distinguiremos de unos peluqueros, y cuántos peluqueros que no los distinguiremos de condes ó marqueses? ¿V. S. no me ha dicho que esto era una Babilonia, y el centro de

las delicias? Pues como yo me hallase en la circunferencia, ya me sabria escabullir de todo el círculo; pero hallándome, como me hallo, en el punto céntrico, asi Dios me salve como tengo mucho miedo á salir en paz de él. Saben aquí un poco mas que el diablo, y yo no me hallo bien con tanto saber. Créame V. S. que quisiera mas tratar con la muger y con los hijos del hortelano de casa, y comer con ellos una ensalada por las tardes, que hallarme entre estos habitantes de la torre de Babel.

Déjateme de VV. SS. y no me jeringues con el tratamiento de marqués, pues ya sabes que ni lo soy ni lo quiero ser, le contestó su amo; pero Petit le replicó al punto: ¡Ah señor! ¿Y estos socaliñas de sirvientes, y el amo que tan bueno parece ser como ellos, qué dirian de mí si notasen que siendo yo un criado como lo soy (y algo mas leal que todos ellos, aunque yo lo diga) no le daba tratamiento? Pues á fé que en ceremonias, cortesías y cumplidos podrán ganarme; pero en servir á V. S. con mas lealtad, cariño y desinteres, un diablo que los lleve. ¿A quién sino al mismo Satanás se le ocurre inventar aquí de repente el título de marqués, y dárselo en sus mismos bigotes á un huesped á quien no han visto hasta ahora? ¿A cómo pensarán cobrar cada V. S. que encajen desde por la mañana hasta la noche? Pues aunque no sea mas que á dos sueldos cada una, le aseguro que ya

han de sacar un jornal mas que mediano cada dia. Si quisiera tomar mi consejo, yo era de opinion que nos saliésemos cuanto antes de este infierno, que por tal le tengo ya, nada mas que por lo que ví de puertas afuera y de puertas adentro. Y ya que le ofendo con el tratamiento de V. S. no se lo daré cuando estemos solos, y nos hablaremos como cuando estábamos en nuestra casa, y le diré todo aquello que me parezca le puede convenir, aunque pierda el tiempo en ello.

Habla y dí lo que quieras, le contestó su amo, pues ya te conozo desde la infancia, y sé que no dirás ni me aconsejarás sino lo que juzgues mejor, pues estoy seguro de tu mucha lealtad, como tambien lo estoy de que te falta la necesaria ilustracion para conocer el punto en que te hallas. Ya te he dicho que este es el centro de la sabiduría, en el cual se aprende el arte de saber gobernar á los hombres. Aquí se han formado los sábios de todos los tiempos y de todos los siglos que han difundido las luces por todo el mundo. Aquí se hallan de manifiesto para el público natural y extranjero las reales y particulares bibliotecas, en las cuales se pueden adquirir *gratis* todos los conocimientos humanos. Aquí se pueden reconocer ademas todas las obras y todos los volúmenes del universo, puesto que cuantas se hallan en el orbe entero nada mas son que copias superficialmente sacadas de los originales que se conservan en estos depó-

sitos. En ellos espero rectificar mi entendimiento, refinar mi espíritu, perfeccionar mis potencias, y sublimar mi alma. Con media docena de años que yo asista y concurra á estas librerías, en las cuales me hallaré con los hombres mas célebres, cuyo trato frecuentaré para mi mas completa ilustracion, ya verás, amigo Petit, hasta qué grado de sublimidad puede llegar el hombre que se aplica al estudio de las ciencias, para merecerse con justicia el nombre de sábio y de filósofo.

Ahora digo yo, contestó Petit, que soy el mayor animal que puede andar sobre dos pies, y que si no ando sobre cuatro es porque Dios no lo ha querido. Desde la edad de cinco años he vivido en la compañía y al lado de usted, por el dia, por la noche y casi á todas horas, y el diablo me lleve si lo conozco, ni soy capaz de decir quien usted es. ¡Yo que pensaba responder á todos los que me preguntasen por el objeto de su venida á la corte, que era con la idea de instruirse en la carrera del comercio para saber dirigir los inmensos caudales que le habia dejado el difunto (Q. E. P. D.), me hallo ahora con la novedad extraordinaria de querer hacerse filósofo! ¡Santo Dios de Israel! ¿Y qué será de mí al lado de un amo con quien no podré hablar una palabra, porque maldita la que le entenderé de cuantas me diga? ¡Mi amo filósofo! ¡Oh desventurado de mí! Yo que tengo oido decir que los filósofos son peores que

todos los demonios del infierno ¿cómo me podré entender con usted? ¿Ni cómo podré contestarle cuando me hable en la lengua hebrea, griega, caldea, egipcia ó syríaca? ¿A dónde me quedaré yo cuando usted se me suba á esas estrellas, astros, planetas y cometas, por los cuales he oido decir que se pasean como los pajaritos por el aire? ¡Oh mal aventurado Petit, que ya no podrás conversar con tu amo como hasta ahora, y será preciso buscar otro criado que haya estudiado la filosofia para que le mantenga conversacion! Pero yo no por eso he de separarme de usted y dejarlo solo; eso si que no, aunque me cueste estar con la boca abierta cuando ustedes se suban á pasearse por esos mundos, para reconocerlos, dirigirlos y gobernarlos á lo filósofo.

No me será preciso, contestó Mr. Le-Grand á su criado, admitir ningun otro sirviente que pueda contestarme sobre las ciencias que pretendo estudiar aquí, porque tengo determinado llevarte á tí conmigo á esas bibliotecas, en las cuales estudiarás tú tambien, y aprenderás algo de lo mucho que debes saber, pues no careces de luces ni de ingenio y penetracion. Si te aplicas, como espero que lo harás, me podrás ser de mucha utilidad y provecho dentro de algun tiempo, y ya verás entonces la gran diferencia que hay entre la carrera del comercio (que puede estudiar en cuatro dias cualquier mancebo de tienda) y la de la filosofía, que es la carrera universal de

todos los conocimientos humanos. Pero es ya hora de cenar y retirarnos á dormir para madrugar mañana á recorrer esta gran ciudad hasta imponernos en alguna manera de su formacion, direccion de sus calles, plazas y paseos públicos. Ordena, pues, que los sirvientes de esta fonda pongan nuestra cena ahí á la entrada de donde tú la puedas trasladar á nuestra habitacion, sin que á ellos les sea preciso entrar en ella, y podamos de esta suerte quedar los dos mas á nuestra libertad, y libres ellos de entenderse con el señor marqués y prodigarle tantos VV. SS.

Obedeció Petit al punto la órden de su señor, en la cual reconoció que éste se habia penetrado ya de la servil adulacion de aquellos tunantes, y venida la cena, cenaron los dos á su libertad, ni muy juntos ni muy separados. Volvió á repetir Mr. Le-Grand de sobre mesa el mismo punto filosófico que tenia ya tan enclavado en sus cascos, y se esplayó con su ayuda de cámara sobre algunas materias de las que habia recorrido en su casa, citándole obras y autores de que no habia oido hablar hasta entonces el ingenioso Petit. Le hizo á este una pintoresca descripcion de cierta clase de libertad propia del hombre, de la cual no habia gozado jamás, por no haberla conocido en su tiempo los filósofos antiguos, pero que los modernos, como tan aventajados á los de la antigüedad, por sus nuevos descubrimientos extraordinarios,

la llevaban cimentada ya sobre bases tan sólidas, que el hombre con el tiempo llegaria á ser tan libre como el viento, á quien ninguno hasta entonces habia podido detener en su carrera. Añadió, continuando la materia, que una vez plantificada la sobredicha libertad, se trasformaria todo el género humano en un teatro de delicias, porque seria tal la felicidad que debia descolgarse por todo el orbe, que no alcanzarian á llevarla á todas partes los rios, las nubes, los vientos, ni los mares. Dijo tambien que la moderna filosofía habia descubierto ya por varias operaciones de la física, química y metalurgía, el secreto de trastornar los elementos, y que llegaria tiempo (que en su opinion no estaba muy distante) de no quemarse el hombre con el fuego, ni helarse con el frio, ni mojarse con el agua, ni sepultarse en la tierra. Añadió á estos delirios otros varios, que tenia ya encajonados en su cabeza, á la cual los habia trasladado de otra librería muy diferente de la de su padre, sin que éste lo hubiese entendido nunca, y concluyó diciendo á su ayuda de cámara, que aun esperaba darse á conocer entre los filósofos modernos, en los cuales habia observado ya que algunos no pasaban de la clase de medianos.

Petit, que tan á las claras vió ya descubierta la desgraciada inclinacion de su señor, se cubrió de tristeza y melancolía, que procuró disimular por entonces, y en el tono mas

humilde y suplicante le dice: señor, es ya hora de acostarse y retirarse á descansar de las molestias del camino. Mañana será otro dia, y nos levantaremos temprano para reconocer este paraiso, que Dios haga tal para cuantos hoy nos hallamos en él; y tomando la luz le fué guiando hácia su aposento, en donde le dejó para entrarse él en el suyo, y entregarse los dos al reposo de que ambos necesitaban. A su amo no le fué dificil conciliar el sueño con la esperanza de recorrer al siguiente dia la gran ciudad, que habia sido cuna de tantos hombres célebres (como lo ha sido en efecto, aunque lo haya sido tambien de otros desgraciados); pero no le ha sido tan fácil dormirse al melancólico Petit, que, previendo como discreto la desgracia de su señor, comenzó á hablar para consigo de la manera siguiente.

¡Válgame Dios! ¿Y qué es lo que me sucede con mi buen amo y señor? ¡Hacerse filósofo, y filósofo moderno! ¿Y qué será de mí junto á él, si es cierto lo que tantas veces me han asegurado de estos nuevos filósofos que no oyen misa, ni rezan el rosario, ni saben persinarse, que es á cuanto se puede llegar? ¿En dónde diablos habrá cogido esta manía, sin que yo se la hubiese percibido hasta ahora? Él apenas salia de casa en nuestro pueblo, ni faltaba jamás á su obligacion, quiero decir, á desempeñar todo aquello que su buen padre le ordenaba. Siempre le he

observado humilde, obediente, afable y de una conducta irreprensible; por todo lo cual no solo su padre, sino todos cuantos venian á casa le adoraban. Y en efecto ¿quién no habia de adorar un jóven de sus cualidades? ¿Quién no ha de prendarse de su noble presencia, de su talento, de su produccion, de su afabilidad, modestia, finura, cortesanía y general atractivo? Yo no estraño que su buen padre estuviese recreándose en él á todas horas, viéndose reproducido en un hijo tan apreciable por todas razones. ¡Ah! Y cuántas veces nos decia: "Mi hijo será vuestro único apoyo y vuestro dulce consuelo despues de mis dias. En él os dejo á vuestro padre y vuestro protector. El os hará felices y dichosos, porque propende á la beneficencia, y á mi muerte será dueño de uno de los mayores capitales de la Francia, que sabrá dirigir y girar mejor que yo..." ¡Oh! Dios mio! ¿Y qué giro ha de dar á esta rica herencia si se hace filósofo, cuando yo tengo entendido que todos son unos perdularios, manirotos, desconcertados, extravagantes, descompuestos y estrafalarios, que sin saber gobernarse á sí mismos, pretenden gobernar á todos los demas? ¿Cómo lo haré yo para separarle de esta locura si persiste en ella, y conseguir apartar de su imaginacion esta idea, como he conseguido apartarle la de la muerte de su padre? ¡Oh! ¡Y cómo la ha desterrado de su cabeza para no darla mas entra-

da, puesto que, cuando de intento le nombré á su difunto padre, no hizo mas caso que si le hablara del lazarillo de Tormes! ¡Ah mundo, mundo! Mal haya quien de tí fia. Despepítese todo un hombre para criar hijos; afánese por acumularles tesoros y riquezas, entréguese á la ambicion y á la codicia, no coma ni beba y quíteselo de la boca, como suele decirse, no dé limosna á los pobres ni haga obras de caridad con el prójimo; que ya se lo dirán en el otro mundo, cuando en este no se lo lleve todo la mala trampa. Yo ya estoy viendo entregada á Satanás toda la herencia de mi amo y señor, por grande que ella sea, con tal que se haga filósofo y filósofo moderno. Digo moderno, porque he oido decir que algunos de los antiguos no han sido como estos que se crian hoy en cada rincon, y saben bailar una contradanza, se afeitan dos veces al dia, se lavan con agua de Colonia, y se visten á la derniere. Pues si yo veo á mi señor metido entre estos tales con la misma vida y costumbres (porque, dime con quien andas y decirte he quien eres), y luego se viene á mi á decirme que no ha de quemar el fuego, ni ha de mojar el agua, con otros descubrimientos por este estilo de la nueva filosofía, ¿qué será de nosotros? ¿Cuando se acordará mi amo de volver á su casa para encargarse del gobierno de ella, y seguir el oficio y carrera de su padre? ¿Cuando? si ya se dejó decir que cualquier mancebo de tien-

da aprendia la carrera del comercio en cuatro dias, habiendo oido yo al que hoy hace de apoderado general en la casa que el verdadero comerciante tenia muchísimo que estudiar y que aprender? Pero no anticipemos los males antes que nos lleguen; puede ser que mi señor mude todavía de intencion, y no se acuerde mas de su filosofía, y emprenda otra carrera entre tantas como habrá en este Paris. ¿Quién sabe si todavía se le antojará ser cortejante, cómico ó músico? El diablo que acierte en lo que vendremos á parar asi él como yo, porque no las tengo todas conmigo aun por lo que á mí toca, puesto que yo no me he muerto todavía y tengo mi alma en las carnes como otro cualquiera, y bien puede ser que dé en otra locura peor que la de mi amo, porque de este paraiso terrenal todo es de temer. Dejémonos, pues, de cavilar y veamos si podemos coger el primer sueño en este centro de delicias, y probemos la diferencia que puede haber sobre estar en él despierto, ó estar dormido.

Aquí iba con sus cavilaciones el angustiado Petit, cuando en ellas le cogió el sueño, que no le desamparó hasta muy entrada la mañana, en la cual despertó algo mas alegre; y levantándose á prisa para ir á dar los primeros buenosdias parisienses á su señor; se entró en su estancia, y hallándole ya despierto le dijo: buen dia nos amanezca, amo y señor mio, por ser el primero en que se le-

vanta el sol para nosotros en este paraiso que vamos á reconocer hoy por primera vez. Si despues de recorrerle todo hallo que todas sus casas y edificios estan en el suelo como las de nuestra ciudad, sin que algunas de ellas á lo menos se hallen cimentadas en el aire y cerca de las nubes, en verdad que no me haré cruces en la frente, porque todos los pueblos que he visto hasta hoy tienen las casas en tierra, y si Paris no tiene dos ó tres docenas cerca de la Luna y de sus arrabales, Roberto me vuelva yo si creo la mitad de cuanto me han dicho de este paraiso; esto es por lo que toca á los edificios, que por lo que corresponde á los habitantes ya doy por supuesto que en nada se parecen á los demas hombres. Los que yo he visto hasta hoy en todas partes andaban sobre dos pies; pero ya noté á la entrada que aquí algunos se tienen sobre un pie solamente, y con el otro hacen cabriolas en el aire sin caerse. Esto ya me parece algo de importancia, y suspendo por lo mismo el juicio que debo formar de todo esto, porque, como tanto se habla de este Paris en todo el mundo, es imposible que no hallemos aquí ó milagros de arriba ó diabluras de abajo.

Celebro, amigo Petit, le contestó su amo, que te levantes de tan buen humor en el primer dia que me saludas en esta corte. Yo me hallo tambien muy contento y alegre de estar en ella. Ya la veremos y reconoceremos, y

creo que tú te irás aficionando y apasionando de sus encantos acaso mas que yo. No dudes, Petit, que esto es de lo que no hay en ninguna de las cuatro partes del mundo, porque en todas ellas se admira cuanto de aquí sale para todos los puntos de la tierra. Asi es que todos los pueblos del orbe que son de alguna consideracion tienen una exacta noticia de esta gran ciudad, á la cual reconocen por superior á todas las del mundo conocido; pues, aunque algunas le excedan en el número de sus habitantes como Pekin, Moskow, Lóndres y alguna otra, no asi le igualan en el ingenio, en el buen gusto, en la invencion, en la urbanidad, en la hospitalidad, en la cortesanía, en la literatura, y en toda clase de conocimientos. Tiene ademas esta ciudad sobre todas las otras la mas célebre universidad de cuantas se conocen, en la cual se han formado los hombres mas célebres que han enriquecido con sus obras á todo el género humano. Cuenta tambien una antigüedad nada comun, pues ha sido fundada ya muy nates de Julio César, y su universidad, segun dicen, la ha fundado tambien Carlo Magno en el año de 790. Cuando se erigió en obispado, San Dionisio ha sido su primer obispo, que vivió en el siglo III, y en 1622 fué eregido en arzobispado, y en ducado-par en 1674. Asi es que todos las viajeros que de cualquier punto de la tierra vienen á Europa dirigen principalmente su rumbo á esta

capital, pareciéndoles que, despues de haberla visto y observado, nada mas les queda ya por ver que les cause una igual admiracion. Por todas estas razones, y otras muchas mas que te omito hasta que tú las observes por tí mismo, debo aconsejarte que suspendas tu juicio; pues tanto en esto como en todo lo demas es siempre una indiscrecion anticiparnos á dar nuestro fallo sin los datos y conocimientos precisos para juzgar de las cosas como corresponde. Asi que, no hablemos ya mas sobre esto por ahora, y tráeme de vestir, que quiero levantarme para que nos desayunemos y salgamos á dar la primera vuelta por los alrededores de este gran pueblo é imponernos en sus principales puertas de entrada. En los siguientes dias aprenderemos las calles mas principales, y luego sus plazas y magníficos puentes del Sena, que atraviesa esta gran ciudad, y asi iremos poco á poco enterándonos de todo, sin temor alguno de perdernos en este laberinto; pues solo con tomar el nombre de la fonda y calle donde nos hallamos, ya verás como cualquier cortesano, por rico y principal que sea, nos da la necesaria direccion.

Iba preparando en esto la ropa de vestir el cabizbajo Petit, pues tal habia quedado con lo que acababa de oir á su amo acerca de las noticias que ya tenia de Paris sin haber salido hasta entonces de su casa, y se confirmó desde luego en que habia leido y estudiado

por otros libros muy distintos de los que él habia visto. Le hizo tambien bastante impresion la advertencia de su amo sobre no anticipar nuestro juicio sin los datos y conocimientos precisos, lo cual era siempre tenido por una indiscrecion, y se propuso desde entonces observar mas detenidamente las cosas antes de dar su fallo, ya en chanza, ya en veras; por todo lo cual suspendió su opinion por algunos dias acerca de los milagros ó diabluras que pudiese haber en aquel Paris, hasta que todo lo fuese observando y viendo por sus mismos ojos. Partió, pues, á pedir el desayuno y dar la órden de poner el coche para despues de él, y volviéndose á la estancia de su amo, le dijo que el desayuno lo iban á traer al instante, porque era tal la abundancia de provisiones y cocineros, y tal el enjambre de criados y sirvientes que entraban y salian de la cocina con platos y fuentes de asados, guisados, pastelería y demas, que no dudaba se hallaban alojados acaso tan bien como si estuviesen en un palacio real, con sola la diferencia de que en los palacios todo lo daban de balde, y allí no darian acaso de balde los buenos dias ni las buenas noches.

¿Y te parece á tí, le replicó su amo que es poca dicha la de hallarse un hombre fuera de su casa tal vez mejor cuidado y asistido que en ella, sin echar nada de menos, aunque todo se lo cobren como es muy justo? ¿Pues para qué ha sido inventada la moneda, sino para

gastarla en utilidad y provecho nuestro? ¿Y cuando mas necesaria que al tiempo de hallarse un hombre en un país ó en un pueblo extraño, en donde nada tiene suyo, ni conoce amigos, ni parientes que se lo den, y sin embargo todo lo tiene llevando dinero? El que ha discurrido el medio de que teniendo el hombre una sola cosa pueda tener todas las cosas, puedes creerme, Petit, que ha hecho el mayor de los beneficios á todo el género humano. ¿Cómo pudiéramos hallarnos tú y yo en esta corte y en una de sus mejores fondas, si no fuese por la rara invencion de que nada puede faltarnos si tenemos dinero, como le tenemos, para todo cuanto pueda ocurrir? ¿Y qué me dirás tambien del utilísimo descubrimiento de las letras de cambio? ¿Cómo se puede apreciar lo bastante la invencion de poder pasearnos por todo el globo sin llevar con nosotros inmensas cantidades de metálico, difíciles de trasportar, y expuestas al robo, y suplir todas sus ventajas con dos cuartillas de papel que se llevan en una cartera? ¿Cómo puedes imaginarte que tú y yo, sin ninguna moneda y solo con letras de cambio podemos ir de aqui al cabo de Buena-Esperanza, reducir allí las letras á dinero, y tomar otras para todas las costas de Africa, y de esta manera pasarnos á las de la Arabia, Persia, Malabar, Ceylan, Malaca, Islas Filipinas, Marianas, y desde estas islas á las costas de América en Acapulco, Lima, Cabo de

Hornos, Buenos-Ayres, hasta volver á Francia despues de haber dado la vuelta al mundo? No te admires, Petit, de todo esto que te acabo de referir, porque no hallo la menor dificultad en que tú y yo lleguemos á realizarlo, puesto que para todo tenemos medios suficientes; y, puedes creerme, que donde quiera que nos hallemos nada echaremos de menos llevando dinero con nosotros.

¿Y dando la vuelta al mundo, preguntó Petit, ¿será posible que no hallemos en todo él otro Paris como este? Es muy probable que no, le repuso su amo; y para que no me mortifiques ya mas con tus dudas, tráeme cuanto antes el desayuno, y que esté pronto el coche para emprender nuestro primer reconocimiento al rededor de esta gran ciudad.

CAPITULO V.

Sobre el reconocimiento de las calles y plazas de Paris, del encuentro con la estátua de Luis el Grande, á cuya vista manifestó sus ideas filosófico-modernas Mr. Le-Grand; del reconocimiento que éste hizo de aquellas bibliotecas, y se da razon de la compra de los libros que envió á los departamentos.

Asi lo verificaron en efecto; y saliéndose por la misma puerta que habian entrado, formaron un círculo desigual al rededor de Paris, informándose al paso de los nombres de las entradas principales y de las calles que de ellas iban al centro, todo lo cual apuntaba Mr. Le-Grand en su librito de memoria. Cuatro dias llevaron en el reconocimiento de lo mas principal, y aunque uno y otro manifestaban en su aspecto la admiracion y sorpresa que lo que iban viendo les causaba, no pudo contenerse Mr. Le-Grand al llegar á la plaza de las Victorias, y al ver en ella la estátua de Luis el Grande con los ornamentos y vestiduras de su coronacion, teniendo á sus pies cuatro naciones encadenadas, y la Victoria que le pone una corona en la cabeza. Fué tal la impresion que hizo en su fantasía la sobredicha estátua, que, dándose una pal-

mada en la frente, y una patada en el coche, incorporándose de medio cuerpo y arqueando las cejas, se encaró de hito en hito con su ayuda de cámara, y en el tono mas airado y colérico le dice: Hasta aquí, amigo Petit (pues asi solia tratarle con frecuencia), nada he querido decirte ni hablarte de mis ideas y principios filosófico-modernos, que tengo de tal suerte grabados en mi corazon, que el irme contra ellos es lo mismo que provocar toda mi cólera y todo mi furor. Asi es que estoy por saltar del coche, y ya que no me sea posible echar abajo aquella estátua y hacerla pedazos, buscar por ahí 200 ó 300 operarios que la vuelvan añicos y la reduzcan á polvo y ceniza, puesto que pagándoles bien no me podrán faltar aquí, porque, como te he dicho varias veces, el dinero todo lo puede, y ninguno daria yo por mejor empleado que el que sirviese para aniquilar este monumento de la tiranía y de la barbarie.

Asombrado quedó Petit con el nuevo é inesperado discurso de su señor, y dirigiéndole la palabra en un tono humilde y afectuoso le dice: Usted precisamente se halla arrepentido con la vida, pues tal desatino se ha dejado decir y pensado hacer. ¿Qué seria de nosotros si, hallando esos operarios (que no dudo se hallarian porque el dinero todo lo puede, como usted dice), viniesen y destrozasen esa estátua, que tal vez en este Paris la adoran como á una reliquia? Ello claro

está que no habian de pagar la pena; porque diciendo, como lo dirian, que el caballero Mr. Le-Grand lo habia mandado por real órden, quedaban libres de culpa y cargo, y llevando, como llevarian, la paga adelantada, serian los primeros que nos agazaparian para conducirnos á la cárcel y quedarse ellos libres y sueltos para reirse de nosotros y hacer entre cabriolas á nuestra vista. Déjese, pues, de pensar hacer tal disparate, y dígame por qué le ha chocado esta estátua mas que todo cuanto hemos visto hasta ahora en esta gran ciudad.

¿Pues no has reparado, le contestó su amo, en las cuatro naciones que tiene encadenadas á sus pies, y la Victoria poniéndole una corona en la cabeza por este encadenamiento? ¡Encadenadas las naciones cuando yo no puedo ver ni un perro con cadenas! Las naciones, Petit, son tan libres como el viento que corre sin que ninguno pueda detenerle ni sujetarle, y si no te he hablado con solidez hasta hoy de esta libertad sacrosanta que debe trasformar en un paraiso este mundo desgobernado, tiempo vendrá en que te instruiré y te regeneraré de un modo tal, que, dejando de ser hombre, te consideres una deidad. Pero entre tanto no me permitas volver á ver esta estátua ni estas cadenas, ni estas naciones encadenadas, porque no estará en mi mano el poder contenerme. A todo lo cual, le repuso Petit que se sosegase y tranquilizase, mediante á que todo aque-

llo que representaba la estátua era de piedra; y que las verdaderas naciones y sus habitantes de carne y sangre se habian quedado allá donde estaban, comiendo y bebiendo al aire libre, y que si no comian y bebian hoy, era porque otra cadena mas fuerte los habia aprisionado á ellos y tambien á Luis el Grande, de cuya cadena tampoco éste habia podido librarse, por grande que hubiese sido en su tiempo. Le dijo tambien que era ya práctica muy antigua erigir estátuas á los hombres que se distinguian por sus talentos, ya fuese en letras, ya en armas, y que esta costumbre le parecia muy buena, para que á imitacion de estos héroes se formasen otros, como efectivamente se formaban, puesto que tal vez los filósofos del dia eran estimulados tambien por las estátuas que se habian levantado á los de la antigüedad. Añadió á esto que Luis el Grande habia sido en su clase uno de estos héroes como político, como guerrero y como conquistador, y que la nacion francesa, reconocida á sus hechos singulares, habia querido inmortalizar su memoria, porque se habia hecho acreedor á esta distincion: que todo esto lo habia leido en la librería de su difunto padre, de cuyos libros tenia la mayor confianza acerca de su veracidad; pero que de todas maneras estaba muy cierto de que el atentar contra aquel monumento seria atentar contra todos los demonios del infierno, pues en otros tales se convertirian todos los habitan-

tes de Paris, si viesen hecha pedazos la estátua de Luis el Grande.

Sorprendido quedó Mr. Le-Grand con las prudentes advertencias de su ayuda de cámara, á quien no suponia tan instruido, no obstante haberle aconsejado él mismo que se dedicase á la lectura, y reconcentrándose un poco, le dijo: Desistiré por ahora, Petit, de mi propósito sobre la destruccion de esa estátua, ó de ese símbolo de la barbarie y de la ignorancia; pero advertirás de mi parte al cochero que mientras me halle en Paris no me vuelva á traer por esta plaza de las Victorias, si no me quiere ver enfurecido y expuesto á cometer un atentado, que tal vez deje de mí mas memoria que la que ha quedado de Luis el Grande en ese tiránico monumento. Si ese rey, en vez de encadenar esas cuatro naciones, hubiera liberalizado todas las naciones del mundo, haciéndolas conocer esta libertad sin límites, este don divino por el cual dejando los hombres de ser hombres pasan á ser seres sobrenaturales, en cuyo estado desaparecen las penas, enfermedades y todos los trabajos de los humanos, adoraria yo su estátua y la veneraria; pero representarnos en ésta las cadenas con que ha aprisionado cuatro naciones.....! ¡Te digo, Petit, que si tuviese aquí delante de mí á ese Gran Luis, con grillos y mazmorras, cepos, argollas y esposas, le encadenaba yo á él desde los pies hasta la cabeza. ¿Pues no has visto

tú ni leido jamás aquellos divinos versos bajados del cielo, como compuestos por seres celestiales, en los cuales se nos enseña esta incomparable sentencia:

Vivir en cadenas
¡Cuán triste es vivir!
Morir por la Patria
¡Cuán dulce es morir!?

¡Jesus qué desatino! exclamó Petit todo asombrado. ¡Dulce el morir! ¿Si será algun caramelo la muerte? ó si será lo mismo que tomarse una taza de almibar? En mi vida he oido un disparate semejante. A usted, que no á mí, le conviden con esos dulces y con esos confites. ¡Yo, que habia creido hasta ahora que no habia peor trago en esta vida, y que tan lejos de ser dulce como la miel, era la muerte mas amarga que el acibar! ¡Yo, que habia entendido que todo un Dios y hombre la habia temido, y que estando para morir habia pedido al Padre Eterno que, si era posible, pasase á otra parte aquel cáliz de amargura! Amo y señor mio, yo no sé por qué libros ha leido usted esos desatinos; y si tiene algunos que digan estos disparates, quémelos y créame; pues aunque yo quisiera dudar de los mios, que dicen todo lo contrario, no me lo permite la experiencia de lo que estoy viendo todos los dias. Yo oigo decir á todos que la salud y la vida es lo mas princi-

pal, y á buen seguro que si la muerte les interesara mas por ser dulce, irian á buscarla para recrearse con ella; pero estoy por decir que ni las abispas la quieren siendo tan apasionadas de los dulces. En los libros que yo he leido tambien se habla de un Sócrates, gran filósofo de la antigüedad, á quién dieron la muerte por cierta moral y doctrina que enseñaba, y cuando le tenian en prision para darle la cicuta, sus discípulos se presentaron á él aconsejándole la fuga, puesto que ellos le habian facilitado la salida sin ser visto. El maestro los reprendió por aquel consejo imprudente, y con el cual, si le aceptára, se hacia reo y criminal sin serlo; por cuya razon añadió, que á una vida sin honra preferia la muerte con su inocencia; pero nunca les dijo que preferia la muerte por ser dulce. Vuelvo, pues, á decirle que si los libros que usted ha estudiado traen desatinos y disparates á este semejantes, no seria malo hacer de todos ellos una hoguera, antes que por creerlos se burle todo el mundo de nosotros, ó tal vez nos lleven á la cárcel, si caemos en otra tentacion como la de la estátua. El hacerme creer á mí todos los libros del mundo juntos que el morirse es lo mismo que tomarse un dulce, por el sol que nos cubre que primero creeré que de pequeño me he vuelto grande, ó que en vez de hombre soy una mujer ó un hermafrodita. ¡Dulce el morir! ¡Morir por la patria es dulce el morir!

Le juro á usted, querido amo mio, que ni por la patria, ni por mi padre, ni por mi madre, ni por mis hermanos, ni por mí mismo quiero yo morirme ahora en dulce ni en agrio. Quedemos, pues, en que si sus libros de usted traen este disparate, al pie de él habrá otros iguales ó mayores, como el decir que llegará tiempo en que el hombre trastornará los elementos; y en tal caso es preciso reirnos, ó creer que sus autores estaban locos ó beodos cuando los escribieron.

Algun dia me hablarás de otra manera, le contestó su amo; pues ya voy conociendo que no me será posible entenderme contigo sin darte á leer algunos de ellos, y casi me arrepiento ya de no haberte confiado algunos en nuestra casa; puesto que tienes luces y comprension en grado mas alto del que yo creia; pero tiempo vendrá en el cual te desengañarás por tí mismo de que nada sabes ni puedes saber tú, ni los demas hombres que no han tenido la dicha de leer y estudiar, como yo, ciertas obras de la moderna filosofía, en las cuales ¡ay amigo! es muy otro el mundo del que hemos creido hasta hoy por nuestra desgracia. Cuando te desengañes por tí mismo, y veas por tus propios ojos los nuevos descubrimientos de los filósofos modernos, sus adelantamientos en la política, en la moral, en el gobierno, en las costumbres y en la religion; cuando te convenzas de que debian cambiar, y como han cambiado, los hom-

bres á las cosas, debiendo llamarse vicio la virtud y la virtud vicio; cuando entiendas que todos nuestros antepasados han sido unos ignorantes en materia de gobierno, pues no han conocido las infinitas clases de gobiernos que ha inventado la nueva filosofia; cuando en el punto de religion veas las innovaciones que se han hecho, y cuando conozcas finalmente lo que quiere decir *libertad*, *igualdad*, *seguridad*, *humanidad*, *sensibilidad*, *inocencia*, *delicias de la vida*, *goces del hombre*, en una palabra *la perfecta felicidad*, estoy bien cierto de que dirás entonces que todos los que nos han precedido han sido unas bestias, sin ningun discurso ni raciocinio, sin ningun entendimiento ni alcances para saber vivir cómo debe vivirse, y por consecuencia sin ningun arte para gobernar los hombres como deben gobernarse. Mas ya te irás imponiendo en todo al lado mio, y daremos mañana principio al reconocimiento de las principales bibliotecas de esta corte, en las cuales hallaremos lo que en ninguna otra parte del mundo puede hallarse.

Petit, á quien todos estos desatinos que acababa de oir á su amo le parecieron tan grandes como el del dulce de la muerte, se dejó cruzar los brazos, y reclinando la cabeza y la barba sobre el pecho, se quedó por algunos instantes confuso, melancólico y pensativo ademas; pero habiendo mudado esta postura y levantado la vista hácia su señor, le

dijo: Yo no sé qué presiento en mi corazon, querido amo mio, que no me es posible conservar aquel buen humor que siempre he tenido al lado de usted; antes mas bien observo que una triste melancolía se apodera de todo mi espíritu cuando le oigo hablarme de esos libros filosóficos que usted ha estudiado allá en su gabinete muy retirado y á solas, sin que su señor padre ni yo hayamos sospechado jamás cómo y de qué manera pudo hacerse usted con una librería tan diferente de la que habia en casa. Si en estas bibliotecas, que vamos á reconocer mañana por primera vez, se encuentran libros hermanos ó parientes de los que usted ha leido, y confirman el disparate de que nada han sabido nuestros mayores en materia de gobierno, religion, política y demas, y que todo estaba reservado y escondido para los filósofos modernos, tengo algun recelo de que usted vá á perder la cabeza en este Paris ó en este infierno; ¿y entonces, qué será de nosotros? Y si á mí me sucede otro tanto cuando usted me haga leer y estudiar por esas obras, ¿qué papel harémos los dos en esta corte, sin juicio, sin entendimiento, y á cual mas loco y disparatado? Un consuelo nos queda en este caso para no matarnos tal vez el uno al otro, ó hacer peores cosas aun (porque todo es de esperar de los que han tenido la desgracia de perder la cabeza), y es el de que nos recogerán inmediatamente antes que hagamos algun es-

trago, y nos llevarán á un establecimiento precioso que hay aquí, al cual le llaman *les Petites-maisons*, ó casa de locos. Otra ventaja tendremos tambien allí, que será la de hallarnos con bastantes compañeros, pues tengo entendido que los hay en ella de todas clases, y eso que no han recogido, segun dicen, el diezmo de los que andan por estas calles. El fundador de este establecimiento ya sabia lo que se fundaba, y la necesidad que aquí habia de una casa como esta, que, á lo que yo creo, no se ha visto vacía ni desocupada un solo dia desde su fundacion. ¡Y luego me viene usted diciendo que nada sabian nuestros antepasados, cuando yo tengo entendido que todos cuantos vivimos hoy somos como los cangrejos, que á todo correr vamos dando las zancas hacia atrás! Déjese por Dios, le suplico (como criado fiel y leal que le soy y ofrezco ser todos los dias de mi vida) de pensar en recorrer estas librerías, que para nada las necesitamos, pues todo lo tenemos teniendo dinero como usted dice, y vámonos á nuestra casa y á nuestro pueblo, en donde será usted tan amado y querido como lo ha sido su señor padre (á quien Dios tenga en el cielo), porque usted es bueno y de un corazon muy noble y sensible para socorrer las necesidades de tantos como hay allí, que se han sostenido hasta hoy por la caridad y la limosna del difunto, y que no lo esperan menos de usted, habiendo quedado dueño absoluto de todas sus riquezas.

Perplejo y embarazado se vió Mr. Le-Grand para contestar á las prudentes reflexiones de su fiel criado, que como tal aconsejaba lo que en su dictámen creía mas útil y conveniente al bien de su amo; y reconociendo la sana intencion que se llevaba en todo lo que habia dicho, no quiso responderle con la aspereza que hubiera usado con cualquiera otro que le contradijera, no solamente sus encasquetados principios, sino tambien que le aconsejára su salida de Paris, cuando él tenia resuelto permanecer allí por algunos años, hasta singularizarse y darse tambien á conocer por algun nuevo descubrimiento ó proyecto no inventado hasta entonces por la nueva filosofía. Se propuso, pues, despreciar á Petit con el silencio, dándole á entender en el modo de mirarle que le tenia lástima por su ignorancia, y que se compadecia de todos cuantos en el mundo habia engañados como él, sin que hasta entonces hubiesen abierto los ojos para ver la luz. Habian llegado ya en esto á la fonda sin haberse detenido Mr. Le-Grand á observar nada, mas de la corte, despues que tan de mal humor le habia dejado la vista de la estátua de Luis el Grande; y habiéndose propuesto no conferenciar mas sobre aquellas materias con su ayuda de cámara hasta que con su permanencia en Paris se hallase algo mas ilustrado, determinó ponerse á leer por uno de aquellos libros mas favoritos que sacó de un baúl; y pidiendo á

su tiempo la cena, se retiró á descansar para llevar adelante al siguiente dia su proyecto de reconocer aquellas bibliotecas y librerías.

Asi lo verificó, en efecto, llevándose consigo á su ayuda de cámara, á quien habia vestido ya al estilo de la corte cuando encargó la ropa para sí mismo segun allí se usaba, y habiéndose dirigido á la biblioteca de Mazarini, advirtió á Petit al entrar en ella que pidiese los libros que mas le agradasen, que asi lo pensaba hacer él. En efecto, cada uno pidió los suyos, y se sentaron en mesas separadas á leer sus respectivas obras, siendo la de la Biblia la que habia pedido Petit, el cual no pudo certificarse de la que habian dado á su amo, por no tener ninguna noticia ni conocimiento del autor que él habia nombrado al pedirla. Tres horas se estuvieron en aquella biblioteca leyendo con toda aplicacion, y especialmente Petit, que no se ha movido de su asiento ni mudado de libro, cuando su amo llevaba ya pedidos tres ó cuatro diferentes.

Al siguiente dia se fueron á la biblioteca de San Victor, y entraron tambien en otros dias en las del rey, leyendo en ellas cada uno aquellas obras de que ya tenia algun conocimiento, sin que les hubiesen faltado con ninguna de las que habian pedido. Continuaron en este género de vida por espacio de algun tiempo, sin mas diferencia que la de irse algunas veces solo Mr. Le-Grand sin llevarse consigo á su ayuda de cámara, del cual se re-

estaba ya por haberle visto un dia con la vida de los santos padres en las manos. Se iba, pues, solo casi todos los dias el amo de Petit, cuando á unas, cuando á otras bibliotecas y librerías, en las cuales apuró por espacio de tres años consecutivos todos los conocimientos de la moderna filosofia. Allí se empapó en sus principios, en sus teoremas, proposiciones, corolarios, capítulos, escolios, comentarios, argumentos, soluciones, distinciones, consecuencias, demostraciones por álgebra y figuras geométricas, por descripciones, pinturas, versos, ocurrencias, gracejos, chistes, oportunidades sobre la libertad, sobre la igualdad, sobre la seguridad, independencia, inmortalidad, libre gobierno por repúblicas, por constitucion, representacion nacional, tribunos, dictadores, cónsules; en fin, por todos aquellos delirios de que tenia idea por la recóndita librería que tenia en su casa.

Habiendo hallado un dia en un autor un discurso original sobre la igualdad, por el cual se demostraba el medio infalible de hacer iguales los dedos de la mano, exclamó: ¡Y que haya de haber idiotas en el mundo que no reconozcan esta igualdad! Si el mas pequeño dedo de nuestras manos puede ser igual al mayor, y si solo por un error ó una equivocacion no han salido todos iguales, ¿por qué no ha de ser igual el hombre pequeño al hombre grande, el niño al viejo, el pobre al

rico, el sastre al alguacil, el pastor al magistrado, y el pregonero al emperador? ¿Por qué motivo ó razon los unos han de ir á caballo y los otros á pié; los unos levantados del suelo, y los otros arrastrando por él; los unos vestidos de seda y terciopelo, y los otros de paño pardo; estos bebiendo vino, y aquellos agua; este comiendo faisanes, y aquel un mendrugo de pan? ¿Quién habrá sido el primer malvado que ha introducido esta desigualdad entre los hombres?

Querrán decir algunos que el holgazan no puede ser tan rico como el trabajador, porque este trabaja para comer, y aquel no come por no trabajar. Pero pregunto yo ¿y cómo entienden estos ilusos la sagrada libertad del hombre? Si el uno trabaja y el otro no, es porque ambos tienen la libertad de hacer lo que se les antoje; y aunque se me quiera replicar que en este caso el uno debe comer y el otro ayunar, les diré que esto no puede ser en manera alguna, porque infringiríamos entonces el otro sagrado principio de la *igualdad*. ¿Cómo pudiéramos ser todos iguales, si el uno estuviese ayunando cuando el otro comiendo? Los dos sagrados principios de *libertad* é *igualdad* no pueden infringirse: luego es evidente que no han sabido los hombres hasta hoy gobernar el mundo segun debe ser gobernado. Luego es igualmente cierto que, si se estableciese un gobierno sobre estos dos ejes de *libertad* é

igualdad, en el cual fuésemos todos igualmente libres y libremente iguales, habíamos dado con la piedra de toque para derramar la felicidad sobre todos los hombres. ¡Y que no haya de ser esto posible! ¡Y que no me sea dado á mí hallar el medio de realizarlo! Meditemos sobre ello; apuremos algunas dificultades que aun se me presentan; tratemos aquí con los sabios que han emprendido la regeneracion del género humano; veamos sus progresos; comuniquémonos recíprocamente nuestras ideas; y el tiempo perfeccionará la obra.

A este y otros delirios semejantes condujo su fantasía un párrafo de Diderot sobre los dedos de nuestra mano, que los reduce todos cinco á un pie de caballo dejando crecer las uñas, y principiaba ya con esto á dar indicios de perder su cabeza, como lo habia pronosticado Petit. Mas no llegaba aun á estos extremos sino cuando se hallaba á solas con sus libros, y conservaba todavía su raciocinio en la conversacion y trato familiar, por cuya razon no llegó á comprenderle del todo su ayuda de cámara en el espacio de otros dos años mas. Continuó, pues, en ellos su aplicacion á la leyenda, y se fué adquiriendo en este tiempo sus relaciones amistosas con aquellos á quienes él llamaba sabios y filósofos si coincidian con sus mismas ideas y principios. No conversaba con su criado sobre estas materias, pareciéndole que era ya

mucho lo que él llevaba adelantado en ellas, para que estuviesen al alcance de su ayuda de cámara, y solo trataba con este de cosas indiferentes, para que le divirtiese con sus oportunidades y buen humor.

Mas el leal y fiel Petit, viéndose solo cuando su amo se salia de casa sin él, y no teniendo tampoco allí amigos ni conocidos con quienes distraerse, continuó frecuentando aquellas bibliotecas en las cuales habia entrado los primeros dias con su amo, pero instruyéndose en ellas por un rumbo directamente opuesto al de su señor en los principios de religion, moral, costumbres y política. Habiendo notado un dia, que uno de los concurrentes á la biblioteca en que él estaba habia pedido un autor que se habia propuesto combatir todos los absurdos de la filosofía moderna, tuvo buen cuidado de apuntar su nombre y el título de la obra, para pedir él la misma cuando hubiese ocasion. La tuvo en efecto al siguiente dia, y se propuso leerla, meditarla y estudiarla con todo cuidado, por si de esta suerte lograba argüir con algun fundamento á su amo, y apartarle de la senda de su perdicion, pues ya habia conocido en él que caminaba por ella á rienda suelta, y que, segun los indicios que ya habia dado, iba á derrochar y desbaratar las inmensas riquezas que habia heredado de su padre. Recelaba ademas, y no sin fundamento, verse con su amo sin juicio y sin entendimiento alguno,

atendidos los disparates que ya le habia oido sobre la libertad del hombre, la cual entendia él muy de otra manera, por las obras que habia leido, en las cuales habia comprendido bastante bien que la verdadera libertad consiste en una perfecta sumision á las leyes, y que toda otra no puede ser libertad, sino libertinage y corrupcion. Maldecia, pues, los libros por donde habia leido su amo, el dinero que habia empleado en ellos, el tiempo que le habian robado malamente, y excomulgaba á los autores que los habian dado á luz, á los impresores, encuadernadores y libreros que los vendian, y hasta se enfadaba contra la policía del Gobierno, que tan poco solícito habia estado en una materia de tanta trascendencia; puesto que no solamente debió ocasionar este descuido la ruina y la desgracia de un jóven apreciable, cual lo era su amo, sino la de otros muchos en cuyas manos cayesen los tales libros, que era peor aun que descargar sobre sus lectores una de las mayores plagas de Egipto. Se resignó, pues, el infeliz Petit á seguir la suerte segun se le presentase, y se propuso no tocar semejante punto á su señor, si él no se lo tocaba antes; pero sí formó resolucion y propósito de batirle siempre que se le presentase ocasion, ya fuese con razones convincentes, ya por el medio de su buen humor, con el cual le habia tratado hasta entonces sin desagradarle.

Hallándose un dia solo en su habitacion, por

haber salido de casa su amo muy de madrugada, vió entrar á uno de los sirvientes de la fonda á decirle que un carretero se habia parado á la puerta con su carro preguntando por Mr. Petit; á lo cual contestó que no era él por quien preguntaban, porque él no era Monsieur sino Petit á secas, y que precisamente debia haber otros Petits en la fonda con el aditamento de Monsieur. El criado le replicó que no habia en toda la fonda ningun otro Petit mas que él, y que bajase pronto á ver lo que el carretero traía ó queria. Bajó en efecto á verse con el amo del carro, y habiéndole preguntado qué era lo que se le ofrecia, le contestó: que de parte de Mr. Le-Grand venia á entregarle aquel carro de libros, para que los guardase en su habitacion ínterin él llegaba. ¡Vírgen santísima! exclamó Petit; conservad, si es posible, la cabeza de mi amo y señor tal cual se halla en el dia de hoy, aunque ya no está muy católica. ¡Ochenta arrobas de libros que por la parte mas corta deben venir en este carro! ¿A donde los habré de acomodar? Así serán ciento y cincuenta, cuyo porte me ha pagado ya Mr. Le-Grand, contestó el carretero, y ojalá pudiera yo cargar con todos los que allí habia. Pero los que han quedado allá no serian de mi amo, le repuso Petit. Sí, señor, todos, todos cuantos allí estaban, y los que iban viniendo eran de Mr. Le-Grand, dijo el amo del carro, porque allí no hay librero ni librería

alguna, sino un grande almacen vacío de todo género menos el de esta clase, de la cual vuelvo á cargar segun se me ha dado la órden. Hay allí pila ó monton de libros que desde el suelo llega hasta el techo del almacen, y segun los que lleva ajustados y comprados su amo de usted en todo Paris, ya no caben en aquel depósito si no le vamos desocupando. Pues vuélvase usted allá muy luego, añadió Petit, y diga al amo de parte mia que se venga á casa cuanto antes á ajustar toda esta fonda por su cuenta, y algunas casas de la vecindad para colocar esta mercancía, si no quiere que la descarguemos en la calle, y se corte el paso á las gentes, y nos lleven á la cárcel.

Asomaba ya en esto otro carretero cargado del mismo género, preguntando por Mr. Petit, el cual, no teniendo donde colocar aquel crecido cargamento, cogió de la mano al primer carretero y le dijo: Deje usted aquí el carro conforme está, y venga usted conmigo ahora mismo á decirme donde está mi amo, y vamos pronto pronto á buscarle, porque yo no entiendo de esto, ni es para mi cabeza esta clase de comercio. Se fueron, pues, los dos á buscar á Mr. Le-Grand, y al dar la vuelta á la primera calle, se hallaron ya con otro carretero con la misma carga y en la misma direccion. Los de los carros se conocieron y se saludaron citándose para retornar juntos al consabido almacen. Iba maldiciendo Petit en su

interior á los carros, á los carreteros, á los libros y á su amo, y discurriendo lo primero que le habia de decir sobre esta locura sin incomodarle, pero de modo que reconociese el desatino de una compra tan disparatada.

Es de advertir aquí, que despues que Mr. Le-Grand cumplió sus veinte y cinco años, se dió á reconocer á todos los corresponsales de su casa en el reino y fuera de él como sucesor y dueño de mayor edad, por lo cual se hallaba ya en relacion con todos ellos. Podia por consiguiente librar cualesquiera cantidades, dar comisiones y encargos, y determinar por el correo todo lo que le pudiese ocurrir. Habiendo visto, pues, entrar por el almacen al embarazado Petit le dice: ¿Como tú aquí? ¿qué ha ocurrido de nuevo? ¿Cómo has venido sin haberte llamado? A todo lo cual le contestó con mucha serenidad: vengo á que usted trate de buscar casa para nosotros en donde podamos vivir. ¿Pues cómo? le replicó su amo; ¿quién nos ha echado de la que teníamos? Han llegado á ella, contestó Petit unos señores huespédes de mas consideracion y preferencia que nosotros, y es indispensable desalojar á los unos para que los otros entren.

Esto es una picardía, una intriga, y una maldad, repuso Mr. Le-Grand todo enfurecido. ¡Como! Yo he llegado antes que ellos. Yo pago con mi dinero y no debo nada. Yo no quiero salirme de allí, ni mudarme á otra

parte; en mí nadie manda, ni la justicia tiene que ver conmigo, porque soy libre, independiente, absoluto y árbitro de mi voluntad. Pues bien, le dice Petit, venga usted conmigo, y allí hallará una señora de mas imperio y absolutismo, y que manda sobre usted y sobre toda la voluntad suya. ¿Y cómo se llama esa señora? le preguntó su amo caminando á toda prisa. La *necesidad*, le respondió Petit; y habiendo llegado ya junto á los tres carros que estaban aun por descargar, y dando vueltas con su amo al rededor de ellos, le dice: repare usted bien esos tres buques de trasporte; entérese de su cargamento, y dígame despues, si podremos caber nosotros en nuestra habitacion, entrando allí esta descarga, como usted lo ha ordenado.

Hombre, no habia dado en ello, y tienes mucha razon; pero esto lo compongo yo de otra manera muy en breve: y acercándose á los carreteros les preguntó si querian llevar aquel cargamento á la Bretaña el uno, el otro á la Picardía, y el otro al Languedoc, pagándoles á medida de su deseo. Los carreteros, cuyo deseo no tenia medida alguna, le dijeron que lo harian con mucho gusto por tener el honor de servir á Mr. Le-Grand, que daba siempre la paga adelantada; y ajustándose y cobrándose por lo que quisieron, les despachó desde allí mismo con tres cartas que les dió, á cada uno la suya, las cuales escribió en su gabinete para sus res-

pectivos corresponsales, encargándoles tuviesen á recaudo aquellos libros hasta nuevo aviso.

Habiéndose quedado solos Mr. Le-Grand y su criado Petit, rompió este el silencio y dijo á su señor: Vaya, que no habia creido yo que usted emprendia la carrera del comercio como su señor padre; pero ya veo que usted, como mas ilustrado, la sigue en otra forma, en otros artículos, y en otro género de mas consumo y de mayor ganancia. Ya se vé, el difunto no entendia nada de esto, y giraba allá á su manera en Europa y Ultramar, y aunque aumentó su capital cual ninguno de los que se conocen, no habia estudiado lo que usted, como él decia, y por lo mismo no dudaba que su hijo con el tiempo y con sus estudios seria el mayor capitalista del mundo conocido. Pero yo no concibo las mayores esperanzas de esta primera especulacion. Ello bien podrá ser que deje alguna ganancia, pero el comercio de libros en el dia creo que no está muy corriente por su superabundancia. En todas partes está este género de sobra, porque me han asegurado que se habia introducido en él mucha maula, y que casi todo él estaba averiado y medio podrido, sin que se hallase en parte alguna algo, si lo habia, de primera suerte, puro, limpio y sin mancha.

Pues el que yo envío á los departamentos, contestó Mr. Le-Grand, es la de primera

clase, y de lo que ninguno ha visto hasta hoy; por cuya razon no dudes, Petit, que si yo tratase de venderlo, seria el artículo de mas utilidad y ganancia de cuantos ha manejado mi padre; pero yo no pienso de esa manera, quiero decir, en este interés, único móvil del corazon humano, por el cual se han dirigido los hombres hasta ahora. Mis ganancias son de otra esfera mas alta, y de otra clase mas elevada, que tú no puedes comprender aún, por seguir, como sigues, la rutina general de la ignorancia y de las tinieblas. Mas adelante veremos si te puedo iluminar y regenerarte de forma que no oigas ni veas como los demas hombres, y entonces algo comprenderás de lo mucho que se ha inventado y descubierto nuevamente. Por mas que usted me ilumine y regenere, replicó Petit, yo nunca comprenderé otra clase de ganancias en el comercio que las que todos saben y conocen; esto es, vender por cuatro lo que ha costado dos ó tres; y si usted ha cargado estos tres navíos sin contar con esta ganancia, la veo perdida juntamente con el capital, que no le tengo por un grano de anís en aquellos tres cargamentos. ¡Toma! le contestó su amo, esto es nada todavía para lo que yo tengo comprado y pienso repartir por todos los puntos del reino y fuera de él. Pero señor, repuso Petit, ¿este género lo ha de dar usted de balde, y lo han de recibir *gratis* los que lo quieran? Si asi fuese, entonces

sí que no dudo que tendrá un despacho universal. ¡Pues qué! le replicó su amo, ¿querrias tú que cobrase yo dinero alguno por esparcir las luces por toda la redondez de la tierra? Eso seria obrar en tinieblas como han obrado los hombres hasta hoy. No, señor, yo pretendo iluminar á todo el género humano con una *nueva antorcha* que oscurezca todo cuanto se ha visto hasta ahora, casi á ciegas y en medio de la oscuridad. ¡Ay señor! le contestó Petit, por Dios no haga usted eso, y tenga compasion del pobre sol, que tendrá que esconderse y retirarse por no poder alumbrarnos con sus rayos delante de esa *antorcha*; y si no le volvemos á ver mas, yo lo sentiré, porque le quiero mucho, y él me lo ha agradecido hasta hoy, visitándome todos los dias, con lo cual se me ha alegrado siempre el corazon. Ves ahí, pobre Petit, le dijo su amo, por qué no puedo yo aun iluminarte ni descubrirte los arcanos de la moderna filosofía. Te hallas aun tan atrasado como todos los demas hombres cuya rutina sigues, y cuyos errores te comprenden como á uno de tantos. Los rayos de luz que yo pretendo difundir, no digo que puedan aniquilar los del sol en su carrera; pero lo que es detenerlos, quebrantarlos, separarlos, hacerles mudar de direccion y rumbo por la refraccion, reflexion y de otros mil modos que tú no puedes comprender, eso sí. Pues mire usted, contestó Petit, que yo he leido, no me acuerdo

en qué obra, que ya hace muchos siglos que los viejos allá muy antiguos hacian eso mismo, y que un tal Arquímedes, tan viejo como Matusalen, habia inventado un espejo que llamaban ustorio, con el cual quemó una escuadra del enemigo por medio de esa direccion que se daba á los rayos del sol, reuniéndolos todos y toda la fuerza de ellos en el punto donde se hallaba cada navío; y decia mas aquel autor, que este descubrimiento se habia perdido, y no se sabia hoy cómo aquello podia hacerse. Pues aunque se hiciese por algun pacto con el diablo, tambien lo podia hacer la moderna filosofía, porque dicen que sabe tanto ó mas que el mismo demonio del infierno; conque si no lo puede hacer, yo creo que ni ella ni el demonio juntos saben tanto como se dice. ¡Ah Petit, Petit! le contestó su amo, ¡qué lástima te tengo por el tiempo que has perdido en leer lo peor y lo mas malo de cuanto se ha escrito! Yo no sé si será ya tarde para darte á estudiar alguna de las obras que he comprado. Lo meditaré; y si me es posible hacerte entrar en la nueva senda dándote algunas lecciones, lo celebraré infinito; porque habiendo de tenerte siempre á mi lado, como lo has estado hasta hoy, podré á lo menos conversar contigo sobre algunas materias, ya que de todas es un imposible, y de este modo se me disminuirá algun tanto el insoportable trabajo de tratar con quien no lo entiende. Mañana pasaremos

juntos al almacen, y allí verás la clase de libros y obras que he comprado y estoy comprando aún, de cuyos autores puede que no hayas oido hablar en todos los dias de tu vida; pero cuyas doctrinas, principios, aserciones, antecedentes y consecuentes van á asombrar el mundo, cuando el mundo los llegue á comprender. Por ahora trataremos de tomar algun alimento para retirarnos á descansar; y asi lo verificaron en efecto sin conversar por entonces sobre ningun otro punto.

CAPITULO VI,

Que trata de las cuarenta y siete obras dadas por Mr. Le-Grand á Petit para empezar á iluminarse; del gracioso soliloquio de éste sobre la lectura de dichas obras, y de su admiracion en el rincon de las tapias por la desaparicion de su amo, con otras cosas de curioso entretenimiento.

Al siguiente dia pidió Mr. Le-Grand á su ayuda de cámara la ropa de vestir y el desayuno para encaminarse, como se encaminaron en seguida, al depósito de las luces. Habiendo observado Petit al entrar en el alma-

cen que todo estaba atestado de libros hasta la puerta, cuando el dia anterior le habian dejado con las tres cuartas partes menos, preguntó á su amo si tenia hecha compañía con algun otro sócio, puesto que aquel depósito era al parecer como el agujero, que cuanto mas sacaban de él mas grande se hacia. A lo cual le contestó Mr. Le-Grand, que aquella empresa era exclusivamente suya, como el único que la podia emprender sin que le fuese preciso hacer sociedad con ninguno; y presentándole algunas obras que pudo entresacar del rimero, le dice: por ahora te irás entreteniendo en casa con estos autores, que no son todavía los mas selectos y superfinos; pero mas adelante, si progresas, ya te iré presentando la cima, la nata y la quinta esencia de lo maravilloso. Busca por ahí quien te los lleve á casa y vete á ella, ínterin me quedo yo á dar órdenes para que vayan conduciendo á las provincias lo que ya hay aquí, y quede lugar para los que tienen que entrar aun en este almacen. Obedeció Petit el mandato de su señor, y lo primero que hizo al entrar en su habitacion con sus obras fué reconocer sus autores, por ver si casualmente habia leido ya alguna de ellas; mas ni por sus autores ni por sus títulos tenia el menor antecedente de ninguno de tales libros. Determinó, pues, hacer un índice de títulos y autores para poder á lo menos dar alguna razon á su señor de estas obras, á imi-

tacion de algunos libreros y encuadernadores que la dan de toda una biblioteca si se les pregunta por los rótulos. Principió, pues, á escribir para encomendarlo á la memoria autores y títulos en la forma siguiente: *Bayo*, *Jansenio*, *Quesnel*, *Condorcet*, *Diccionario filosófico*, *Enciclopedia*, *Bayle*, *Fontenelle*, *Machiabelo*, *Helvecio*, *Mirabeau*, *La-Mettrie*, *Hobbes*, *Freret*, *Mandeville*, *Miguel de Montagne*, *Voltaire*, *Rousseau*, *Marmontel*, *Dumarsais*, *Dupuis*, *Paravey*, *Delambre*, *Diderot*, *Volney*, *Descartes*, *Viages de Pitágoras*, *su Rapsodía del juicio final*, *su Pro y Contra de la Biblia*, *su Diccionario de los Ateos*, *Pigault-Lebrun*, *D'Alambert*, *Priestley*, *Collins*, *Woolaston*, *las Ruinas de Palmira*, *el Emilio*, *Bolingbroke*, *Tomberg*, *Hyde*, *Delisle*, *Telliamed*, *el Contrato social*, *la Epístola á Urania*, *los Cuentos de Voltaire*, *Kant*, *y Abdelon*, que eran los únicos que por de pronto é interinamente le habia dado su amo; y reconociendo que nada menos que cuarenta y siete nombres ó títulos tenia que encomendar á la memoria, para que ninguno le fuese desconocido cuando su señor le hablase de cada uno de ellos, raciocinó para consigo de la manera siguiente: Ea Petit, cuarenta y siete obras y cuarenta y siete autores te dan para principiar á iluminarte. Despabila esos ojos y límpiate bien las lagañas si quieres comenzar á ver la luz.

Mira que vas á salir de las tinieblas, y que se acabaron ya las noches para tí en todos los claros dias de tu vida. Despídete de la luna, de las estrellas y planetas, porque ya no volverás á ver ni el lucero de la mañana. Encarga á Venus, á Marte, á Jupiter y Saturno que vayan á alumbrar á esos ignorantes, que no tienen mas que tres potencias y cinco sentidos desde la creacion del mundo, y díles que ya tenemos otra antorcha que da mas luz que todos ellos juntos. Adviérteles tambien que á donde quiera que se vayan tengan gran cuidado de que no entre allá la moderna filosofía, si no quieren verse oscurecidos y eclipsados por el resplandor de sus luces. Y volviendo á hablar consigo mismo prosiguió de este modo:

Ea Petit, apechuga con estos folios y pergaminos, desentráñales esos arcanos nuevamente descubiertos, trasládalos á tu cabeza, y deposítalos en sus cascos junto á los sesos, cerrándoles bien la puerta para que no vuelvan á salirse, y ya verás dentro de poco tiempo como entre tú y tu amo echais á tierra esa estátua de Luis el Grande y la deshaceis en cincuenta mil pedazos para que os lleven á la horca, si no haceis antes un millon de disparates que os cuesten la vida. Pero, señor, volvia á decirse á sí mismo, si estos libros y estos autores no dijeran sino lo que ya está dicho desde que el mundo es mundo ¿cómo los habian de imprimir y leer

tantos sábios y filósofos, á los cuales piensa juntarse mi buen amo y señor? No, ellos precisamente contienen misterios y milagros que los hombres no han podido descubrir hasta hoy. Es imposible que no hayan inventado el medio de no morirnos, porque mi amo ya me habló alguna vez de inmortalidad, deidad y divinidades que nunca se mueren. ¡Oh! en este caso gran chasco me llevo yo si no los leo y estudio hasta saberlos todos de memoria, porque no quisiera morirme antes que mi amo por no dejarlo solo. Eso sí que no; cosa de morirme y dejar solo á mi amo no me agrada, no me gusta. Ello bien podrá ser un gusto raro, porque hay algunos que merecen palos; pero no me gusta, señor, y cada uno se entiende: hartos trabajos tendrá que pasar conmigo y yo con él andando siempre juntos; pero si él se queda solo, queda perdido, y yo no voy tampoco muy ganado, porque tambien me iré sin compañía que me quiera seguir. A él puede que no le falte quien le sirva y siga hasta el fin del mundo, porque todo consiste en pagar bien como él paga, y en poder pagar bien como él puede; pero ¿á que no hallo yo quien me quiera acompañar á la eternidad si me muero? Luego si estos libros y estos autores me hacen infinito por todos los siglos de los siglos, y en el lugar de las tres potencias que Dios me ha dado me ponen treinta ó cuarenta, y multiplican mis cinco sentidos hasta cin-

cuenta á sesenta ¿no es una verdad que yo soy un loco y un ignorante en no leerlos y estudiarlos hasta chuparles toda la sustancia? ¿Pero si no hacen conmigo estos milagros y me dejan conforme estoy? ¿Y si me dejan peor aún? ¿Y si me trastornan la cabeza de modo que no sepa lo que digo, y haga locuras y desatinos? Ea Petit, el caso en que te hallas es árduo; mas es preciso tomar en él una resolucion: ó te has de morir, ó no te has de morir. Si lo primero, afuera libros y autores de esta clase: si lo segundo, hay mucho que meditar aun, porque como no sabes de ninguno que los haya leido y no se haya muerto ó tenga que morirse todavía, será muy prudente tomar tiempo para pensarlo, y despues ya verás si te conviene hacerte ó no hacerte filósofo.

En estas cavilaciones se hallaba el amigo Petit cuando llamó Mr. Le-Grand á la puerta de su habitacion, y entrado ya en ella y sentado en una silla, tomó algun aliento y dijo: vengo todo rendido y fatigado, Petit, y con la cabeza medio trastornada de lo mucho que he trabajado hoy. Por fin he desocupado todo el almacen y otros varios puestos de libros que tenia, y los he despachado todos á las provincias ó departamentos del Delfinado, Foix, Lorena, Anjou, Turena, el Orleanés, Poitou, Berry, Borbonés, Borgoña, Limosin, Auvernia, Leonés, Guiena, Bearne, Provenza y demas. He escrito á los correspónsales de

estos departamentos encargándoles el mayor cuidado con todas estas obras, que ninguno debe ver hasta que yo avise y ordene su distribucion, y tengo ya con esto mucho adelantado *para lo que yo me sé.*

¿Y no pudiera saberlo yo tambien? le dijo Petit. Usted nunca se ha reservado de mí para nada; nos hemos criado juntos, podemos decir, y hasta al cuarto comun me llevaba siempre consigo para que le mantuviese conversacion mientras pagaba aquella otra deuda á la naturaleza, como usted decia. Si le picaba alguna pulga en las espaldas me llamaba y me mandaba levantarle la camisa hasta cogerla y estrujarla. Si por la noche se le descubrian las piernas y los muslos (porque usted siempre ha tenido un dormir alborotado), al instante gritaba por Roberto, que así me llamaba yo entonces, y no Petit como ahora desde que me he confirmado á mí mismo. Luego si usted todo me lo decia, y todo me lo contaba allá en nuestra casa ¿por qué no quiere hacer aquí lo mismo que hizo siempre conmigo, y no matarme y acabarme de aburrir y consumir con aquella expresion última de.... ¡ *para lo que yo me sé* ? Eso es lo mismo que decir que yo no lo debo saber, y que usted ya no se fia de mí; y que ya no merezco la misma confianza; y que ya no me quiere usted como me queria; y que yo he dado algun motivo para ello, y que ya no me tiene usted por tan leal como lo soy; y el.

Nada de eso hay, Petit, le contestó su amo; y no sospeches de mi cariño infundadamente, porque te aprécio como siempre y te apreciaré mientras viva; pero hay cosas que no pueden comunicarse hasta cierto tiempo, por ser ellas reservadísimas de su naturaleza, y tambien porque si se saben bajo de sigilo ó de juramento no se pueden revelar. Pero pasado el término señalado para la reserva, ya se pueden descubrir, y no dudes tú que entonces te manifestaré todo lo que no puedo ahora decirte. Eso seria bueno, repuso Petit, para cuando usted hiciese una muerte, ó robase alguna iglesia, ó dijese alguna cosa contra la fé; ¿pero qué tiene que ver esto con los cargamentos que usted ha comprado y despachado á las provincias? Usted los ha pagado por su dinero, y aunque le hayan costado un millon de francos, á nadie debe nada; y aunque gastemos otro millon en otro antojo ¿qué le importa á nadie? y aunque se nos acabe el dinero y no tengamos que comer, el mal será nuestro, y mientras no robemos y nos hagamos ladrones públicos, ni la justicia puede entenderse con nosotros.

Ahora sí que te digo, Petit, le contestó su amo, que ya vas despuntando algo acerca del sagrado principio de *la libertad*. Pues ya se vé: ó somos ó no somos libres. Si lo somos ¿por qué no hemos de tener la misma libertad que los pajaritos que andan por el aire? Ellos hacen lo que quieren, y van á donde les da la

gana; ya vuelan por alto, ya por bajo, ya á la derecha, ya á la izquierda, ya hácia adelante, ya hácia atrás. Si se ponen en algun árbol, ya se paran en una rama, ya se pasan á otra, hasta repasarlas todas si se les antoja. Si ven otros compañeros en otro árbol, ó los llaman para que vengan donde ellos están, ó se van donde están ellos. Luego si estos inocentes son libres, independientes, árbitros de su voluntad, y dueños absolutos de sí mismos, ¿no lo habremos de ser tambien nosotros? ¿No lo habré de ser yo de mi persona y de mi dinero para emplearlo en lo que yo quiera? ¿Quién podrá impedirme arrojarlo á la mar, ó comprar con él una corona ó un imperio, y hacerme rey ó emperador?..... No prosiga, señor, porque no va bien, le repuso Petit. Bruto, le dijo su amo, ¿quién puede negar estos principios infalibles? ¿Quién sino el ignorante puede desconocerlos? Yo los niego y no los desconozco, contestó Petit; pero no me atrevo á decirle y probarle que son falsos como el mismo demonio, porque ningun criado puede contradecir á su amo sin su permiso. Pues yo te le doy, contestó Mr. Le-Grand, nada mas que por ver como te desenredas de estos axiomas, que nadie mas que tú se ha atrevido á contradecir.

Pues allá voy con ese salvo-conducto, replicó Petit, y esteme usted atento, y verá como se desengaña de que está equivocado desde la cruz á la fecha. Dice usted que los

pajaritos del aire tienen la libertad de ir donde se les antoja: ¿y cuando sopla un vendaval de Satanás que arranca los árboles y destruye los edificios ¿cómo no vuelan contra él y le afrontan de pechos y cara á cara como suele decirse? En verdad que si entonces se echan á volar, se van mas que de paso con la cola entre las piernas á donde el viento los lleva; pero lo que hacen los picarillos es agazaparse en tierra, y ponerse á cubierto hasta que pasa la tormenta, para volver á usar de su libertad cuando buenamente puedan usar de ella. Esto mismo tambien lo podemos hacer nosotros, y ójala que en la libertad que tenemos no fuéramos pájaros de otra cuenta.

Por lo que hace al dinero y á la libertad de usar de él como se nos antoje, hay mucho que decir. Si queremos tirarlo á la mar como usted dice, aunque esto sería una locura de marca mayor de las muchas que se ven en este mundo, como esta locura la pagamos nosotros solamente, quedándonos hechos unos miserables cuando todo lo podíamos tener teniendo dinero, nadie nos dirá nada, ni las tomará ninguno con nosotros por esto, antes mas bien se reirán y no nos darán una limosna si despues se la pedimos. Pero si del dinero que tenemos, aunque sea nuestro, hacemos mal uso y lo empleamos en perjuicio de tercero, no estamos seguros de que nos lleven á la cárcel, ó tal vez á la horca; y esto estaria bien hecho, pues á no ser así, no

faltaria acaso por ahí uno que por veinte francos me diese á mí un garrotazo en la cabeza que me la atolondrase por otros veinte dias, ó me enviase á la eternidad sin confesarme. Yo bien sé que esto le habia de parecer á usted muy mal; y si lo hiciesen con usted le habia de parecer peor aun.

En cuanto á comprar con el dinero cetros y coronas, yo no he oido hasta ahora que se pusiesen en venta, ni se pudiesen comprar; pero si por medio del dinero puede alguno hacerse rey ó emperador, no le arriendo la ganancia, porque ello precisamente lo ha de conseguir por malos medios y con perjuicio de tercero, y en este caso el que mal anda mal acaba. Y si no, dígame: ¿Si á fuerza de dinero pudiese un tunante falsificar todos los papeles de su casa de usted, y acreditase que él era el hijo único de su difunto padre, y que usted era hijo del hortelano de la casa, porque los habian cambiado á los ocho dias de haber nacido, ¿qué no hiciéramos usted y yo hasta ver colgado ese maldito? Yo le aseguro á usted por mi parte, que aun despues de muerto iba á tirarle por las piernas. Conque quedemos en que ni la libertad de los pajaritos ni la nuestra sirve para hacer todo aquello que se nos antoje y nos dé la gana; porque esto ninguno lo puede hacer aunque sea rey ó emperador. ¿En qué, usted aunque se quiera dormir, no duerme cuando no tiene sueño? Mas de cua-

tro veces he estado yo desvelado por las noches sin cerrar los ojos, y eso que hacia por dormirme todo cuanto podia hacer.

Habiéndole escuchado Mr. Le-Grand sin poder contestarle cosa que de provecho fuese, le preguntó si habia leido ya alguna de las obras que le habia dado: á lo cual contestó Petit que no habia tenido tiempo aún, pero que, aunque leyese todas las obras del mundo, nunca le harian creer que la noche era dia y el dia noche, lo blanco negro y lo negro blanco: que él sabia demasiado cierto que tenia que morirse porque habia nacido, pero que sentiría mucho morirse antes que él por no dejarle solo: á lo cual le contestó su amo, que por la misma razon tampoco quisiera él ir delante. En esto volvió á reencargarle que diese principio cuanto antes á la lectura y estudio de las obras que le habia dado, puesto que de otra manera era imposible pudiesen entenderse, porque como todo lo que contenian era contrario y al revés de cuanto se habia escrito, leido y estudiado hasta hoy; era de necesidad que se hallasen todos los dias en una contínua lucha, lo cual vendria á ser una vida insoportable, habiendo de estar y vivir siempre juntos. Petit le ofreció tomar una tintura de aquellas obras lo mas pronto que pudiese; pero su amo le contestó que aquello no era lo bastante, por cuanto la tintura de quina no causaba el mismo efecto que la quina misma tomada en pol-

vo ó de otra manera, por cuya razon le advertia que, hasta que se hallase bien impuesto é instruido en aquellas nuevas doctrinas, no le volviese á hablar sobre ninguna de ellas, que así lo pensaba hacer él.

En efecto, así lo verificaron por algun tiempo, sin que entre los dos tratasen sino de cosas indiferentes cuando se hallaban juntos, que era regularmente á las horas de comer y dormir, por cuanto Mr. Le-Grand paraba muy poco en casa, y se iba á reunir y conversar con una porcion de amigos que ya se habia adquirido en Paris. Pasaron algunos meses en este género de vida sin que en ella le incomodase cosa alguna á Petit sino el tener que esperar á su amo por las noches, en muchas de las cuales solia venir sobre el amanecer. No era osado á preguntarle en donde hacia su mansion tan á deshora, porque su amo se habia hecho respetar un poco mas despues que observó que su criado y él no confrontaban en las ideas. No sospechó Petit cosa que mala fuese de la detencion de su amo, porque sabia y le constaba que no era jugador ni dado á otros vicios que pudieran comprometerle; pero sí deseaba con todas veras poder averiguar cual era el punto de su nocturna mansion, para procurar por todos los medios desviarle de él, siéndole peligroso y arriesgado, ó dejarle continuar segun fuese su voluntad, no habiendo en ello inconveniente. Se propuso, pues, seguir sus

pasos una noche en que vino á casa Mr. Le-Grand con cierta precision y se volvió á salir de ella inmediatamente llevándose un libro en el bolsillo. Bajó la escalera en pos de su amo sin ser sentido de él, y le siguió en la calle sin perderle de vista. Atravesaron así el uno en pos del otro mas de diez calles, unas á la derecha y otras á la izquierda, despues de haber andado un cuarto de legua desde la fonda, pero en todas ellas siempre Petit á los veinte pasos de su amo. Consintió pues en averiguar entonces cual era el paradero que tan desvelado le traía la mayor parte de las noches, viéndole entrar en alguna casa, de la cual y sus circunstancias pensaba informarse al siguiente dia, para cerciorarse de si su amo, á quien amaba con todo su corazon, podia tener algun riesgo ó peligro en aquellas trasnochadas. Mas ¿cual fué su admiracion cuando desapareció de su vista precisamente en el punto en que mas asegurado le creía? No habia allí puerta, portal, ni casa alguna donde pudiese haber entrado, y no obstante en aquel mismo sitio se le habia desaparecido. Lo reconoció, registró y paseó todo él, dando vueltas á una y otra parte, pero nada mas allí habia que un estrecho rincon que formaban las tapias de un jardin. Las tanteó, las tocó y reconoció todas, midiendo á ojo su altura por si habia saltado tal vez por encima de ellas; mas cuando vió que pasaban de quince pies sobre

los cimientos, reconoció ser esto un imposible, y dió la vuelta para su casa medio desesperado y aturdido con lo que le habia pasado, y diciendo entre sí: en todos los dias de mi vida me ha sucedido una cosa igual. Es imposible que mi amo no haya descubierto el secreto de echarse á volar cuando quiere con algunas alas que tendrá de resortes para guardarlas y sacarlas cuando sea menester. ¡Si será este uno de los nuevos descubrimientos de la moderna filosofía, de los cuales me tiene hablado tantas veces! El rincon lo he recorrido todo; fuera de él ni en todo al rededor no habia un ser viviente; aquello estaba muy solo, y no hay allí sitio alguno donde nadie pueda esconderse. Luego se me ha ido por los aires, y como yo no he mirado entonces al cielo sino á la tierra, le perdí de vista cuando mas asegurado le tenia. Ahora digo que mi amo ya es un pájaro de cuenta, y yo un grandísimo zopenco, bestia, animal idiota, majadero é ignorante; pero tengo bastantes compañeros, pues ya voy creyendo que lo somos todos los que no estudiamos por estos libros, y por estas obras que él ha comprado y remitido á las provincias. No, yo debo instruirme en ellas como él me lo ha encargado, pues ya voy reconociendo que mientras tanto no seré mas que un hombre con dos pies como una gallina, pero sin las alas para echarme á volar como mi amo cuando le da la gana, porque estoy casi cierto

de que se me ha desaparecido por los aires. Yo he reconocido todo aquel rincon, y allí no me ha quedado ni se me ha ido por ninguna otra parte; mas para cerciorarme y asegurarme mejor, bueno será seguirle en otra noche, y cuando le vea volar, pedirle que me lleve consigo hasta el cielo, y no me deje aquí con los demas en la tierra, que no da de sí mas que mortificaciones y pesadumbres.

En efecto, á los tres dias se le presentó ocasion de seguir á su amo otra noche; y sin ser visto de él y con solos quince pasos de distancia, continuó por las mismas calles, por la direccion misma y por el propio rumbo en pos de Mr. Le-Grand, hasta llegar al mismo punto de la desaparicion. Al llegar á él se detuvo Petit viendo ya á su amo metido en el rincon de las tapias, y colocándose al frente de ellas para que en manera alguna se le pudiese escabullir sin ser notado por él, se puso á mirar hácia arriba esperando verle volar por el viento. Permaneció en esta actitud un largo cuarto de hora; mas viendo ya que ni la tierra ni el cielo le daban cuenta de su amo, se entró poco á poco en aquel estrecho, y no vió en él la menor señal de haber estado allí alma viviente. Tanteó todas las paredes, reconoció todo aquel terreno, lo pisoteó y lo golpeó todo, pero no halló mas que la mayor solidez y firmeza en uno y otro, sin el mas pequeño

agujero ni resquicio por donde pudiese caber una avellana. ¿Qué es esto que me sucede, exclamó entonces, haciéndose cruces y cruzándose los brazos. ¿A dónde se ha ido mi amo, que ni está aquí, ni ha salido por arriba ni por abajo, ni por punto ni parte alguna de todo este contorno? Aquí hay precisamente algun encanto, ó este sitio es la habitacion del mismo Satanás. No sea el demonio que yo desaparezca tambien para siempre, y no haya mas cuenta de mí en todos los dias de mi vida ó de mi muerte. Salgámonos de aquí cuanto antes, y hagamos la cruz al diablo, por lo que me puede suceder. ¡Jesus! ¡Jesus! Amparadme y socorredme contra las tentaciones del demonio.

En esto se salió de allí todo asustado y aturdido sin saber lo que le pasaba; y dando la vuelta para su casa se halló con un hombre arrimado á una esquina á los treinta pasos, el cual parecia estar esperando que aquel punto se despejase para dirigirse hácia él. Petit conoció al instante su intencion, y pasando de largo, hizo como que no le habia visto; pero ocultándose de forma que pudiese observarle y reconocer si llevaba el mismo camino de su amo. Notó en efecto que se habia entrado en el mismo rincon de las tapias, y esperándose otro cuarto de hora mas por si le veia salir por alto ó por bajo, no pudo retener de él la menor seña. Quiso entonces volver á cerciorarse de su des-

aparicion como de la de su amo; mas era tal el miedo que le habia infundido ya el encantado sitio, que solo se atrevió á reconocerle desde á fuera, para certificarse si los dos habian llevado el mismo rumbo. Miró, remiró y volvió á mirar el rincon, y cerciorado de que ni la menor señal habia en él de haber entrado allí persona humana, echó á correr mas que de paso, y sin atreverse á mirar hácia atras, iba medio atolondrado, tentándose y tocándodose á sí mismo, creyendo que tambien él iba á desaparecer como los dos que habia visto y dejado de ver en aquel sitio.

Llegó á la fonda todo asustado, y habiéndose entrado en su habitacion, cerró la puerta con llave creyéndose asi mas seguro, y sentándose en una silla para tomar aliento, hablaba consigo solo de esta manera: Gracias doy á Dios de que por fin he salido en paz de estas dos tentativas, y propongo firmemente la enmienda de mi vida para no repetir la tercera en toda ella. Vaya y venga mi amo donde le acomode, ya que no gusta de que yo le acompañe: mi obligacion es la de obedecerle y servirle en todo lo que pueda, como lo hice hasta aquí, y como lo haré siempre. Si no viniere hasta que salga la aurora, allá se las haya, como no me lo lleven los diablos á donde no le vuelva á ver mas; pero él sabe ya poco menos que ellos, y no debo temer ni recelar nada de él, puesto que la otra noche se ha venido tan contento cuan-

do yo me hallaba tan receloso de aquella desaparicion. Dormido ó despierto le esperaré aquí hasta que llame á la puerta; pero volver yo á seguir sus pasos, eso no. Razon tiene él en decirme que no son para mí los pasos en que él anda, ni entender yo una mínima de las cosas que él sabe y entiende. El que lo ha estudiado, lo ha estudiado. Buen provecho le haga, con su pan se lo coma, que yo para mí bastante sé, puesto que con mi poco saber he vivido hasta hoy, y espero vivir hasta que llegue aquella que á todos nos hace la primera y última visita. Si mi amo con sus obras, con sus autores y con su nueva filosofía puede librarse de esta señora, entonces sí que no puedo dudar que es el mayor de los sábios que ha habido en el mundo hasta hoy; pero si ha de morirse como yo despues de haberse recalentado los cascos para ser otro muy diferente, y no ha conseguido siquiera poder pasar sin comer y beber, sin dormir y sin morirse, mucha lástima le tengo por el tiempo que ha perdido, y por el chasco que se ha llevado. Yo no sé donde estan estos nuevos descubrimientos de los filósofos modernos, de que tantas veces me ha hablado, y de los cuales él ha hecho el estudio mas profundo. Por de pronto yo ya me he desengañado en las dos tentativas, de que no han descubierto el secreto de volar como las aves, porque yo estuve muy cuidadoso observándolos á él y al compañero si se me escapaba por

los aires, y estoy bien cierto de que no han tomado vuelo alguno.

Ahora sí que puede ser muy bien que hayan dado con el otro descubrimiento de la trasformacion de que me habló un dia sobre pasar el hombre á ser otra cosa como un perro, un caballo, una mosca ó una hormiga. Esto si que me parece lo han adivinado, y en este caso los dos se hicieron hormigas en aquel endemoniado sitio, porque si se hubiesen trasformado en perros ú otra cosa de bulto, los habia de ver yo allí; pero si se hicieron hormigas, moscas ó pulgas, como son cosas tan pequeñas, y era tan de noche, no las pude distinguir. Mas, aunque hayan descubierto el secreto de esa trasformacion de Pitágoras y otros filósofos que les siguen, no les doy por todo ello dos sueldos, porque, como para volverse un hombre un sapo, un cochinillo ó un puerco espin tiene que morirse primero, no vale este secreto dos higas. ¿Cuánto mejor es no morirse mas que una vez muriendo bien y en la gracia de Dios? ¿Pues qué diremos si el hombre se trasforma en un caballo para que le pongan la silla ó la albarda, le monten, le claven las espuelas, le pongan herraduras, y le den de palos, cuando no le tengan atado al pesebre á paja y cebada, y eso cuando se la den? ¿Y qué si llegase á trasformarse en una mosca para que se la trague un perro hambriento despues de machacarla entre los dientes? En-

tonces ya tiene que morirse otra vez para resucitar acaso en un cerdo, al cual le clavan el cuchillo hasta el corazon todos los años para salarlo y comerlo salado ó en fresco. Y si despues vuelve á resucitar en un besugo para comerlo cocido, frito ó en escabeche, ya puede el hombre estar contento como unas castañuelas. Malditos sean los libros que tales disparates contienen, los autores que los han compuesto, los hombres que los creen, y los locos que los ensalzan hasta los cuernos de la Luna.

Vengamos ahora al caso en que yo me hallo. Yo estoy chispeando contra todas estas obras disparatadas, y nada menos que cuarenta y siete de esta clase tengo que acometer, si he de poder hacer vida con mi amo. Estoy bien cierto de que en todas ellas no hallaré mas que locuras y desatinos como el de la trasmigracion, ó mayores aun. Sin embargo, yo tengo que imponerme á la fuerza en todos estos delirios para poder delirar en regla con mi buen amo y señor. Conque ¿qué partido tomas, Petit? ¿Emprendes ó no emprendes? No te veo otro remedio sino el de acometerlas todas desde el principio al fin. Pero tú ya estás prevenido contra estas locuras y desatinos. ¿Tienes mas que leerlas para reirte, burlarte y entretenerte? ¿Y si te sucede lo que al hidalgo manchego con la leyenda de los libros de caballerías? ¿Y si pierdes la cabeza como aquel la ha perdido,

creyendo como él tanta locura, tanto disparate y tanto desatino como hacian los caballeros andantes? ¿Y si te pintan estas obras con mayor primor aun las fechurías de los filósofos modernos, y tú y tu amo caeis en la tentacion de iros por esos mundos á buscar otra clase de aventuras filosóficas? ¿Y si yendo tú de escudero, como te corresponde, llegases á consentir como Sancho Panza en que tu amo te puede hacer gobernador, intendente ó capitan general? ¡Ah, Petit, Petit! De menos nos hizo Dios, y no tengo por imposible que Mr. Le-Grand se vuelva mas loco que Don Quijote, y tú mas simple que Sancho Panza. Pero duérmete por ahora y descansa, que amanecerá Dios y medraremos.

En esto se quedó dormido el famoso Petit, hasta que le despertó su amo al entrar por la puerta allá sobre la mañana tan alegre y tan risueño como una pascua de abril. Venia bien ageno de pensar que su criado le habia seguido sus pasos por dos noches hasta el punto de la desaparicion, y Petit se guardó muy bien de dárselo á entender de ninguna manera. Pidió la cena Mr. Le-Grand, y trabando durante ella conversacion con su ayuda de cámara, le preguntó si habia leido ya algunas obras de las que le habia dado. Petit, que no las habia saludado aun sino por los rótulos, no se atrevió á decírselo por no excitar su enojo y desconfianza para con él,

y asi se determinó á fingir y llevarle la corriente, asegurándole que de todas ellas tenia ya una lijera idea; pero que era tal el placer que le causaban, que no descansaria hasta tomarlas todas de memoria y tenerlas en la punta de la lengua, si le era posible. Y bien, añadió Mr. Le-Grand, ¿qué te ha parecido de Diderot? ¡Oh! respondió Petit, Mr. Diderot es un espíritu fuerte, sublime y encantador; pero yo estoy mas por Mrs. Volney D'Alembert, Rousseau y Voltaire. Estos sí que, como usted me ha dicho un dia, han sido mas que hombres, han descollado sobre la humana especie, y, si pudiera decirse, casi me atrevia á afirmar que se han inmortalizado, deificado, divinizado, eternizado y.... ¿Cómo si pudiera decirse? repuso Mr. Le-Grand. Esos hombres, si hombres se pueden llamar, no han muerto nunca ni se pueden morir jamás, porque la muerte no se ha atrevido con ellos despues que supo lo que habian escrito contra ella, descubriéndoles sus mañas y arterías para tragarnos á todos. ¡Ah Petit, Petit! Mucho siento ahora el tiempo que has perdido en otras leyendas infructuosas que nada de provecho te han enseñado, pues ya veo á las claras lo mucho que has adelantado en el poco tiempo que has leido por estos otros libros que en nada se parecen á los demas. Pero yo lo enmendaré con lo que ahora se me ocurre, porque el dinero todo lo puede, y espero con él hacer de modo que

puedas aprender en una semana todo cuanto he estudiado yo en todos los dias de mi vida. ¡Ah señor! replicó Petit, ¿podrá ser eso posible? ¿Y podré saber yo tanto como usted asi tan pronto? Entonces sí que ni el mismo diablo del infierno se atrevia con nosotros. Ya lo verás, le contestó su amo, y mañana hablaremos sobre ello. Por ahora me voy á retirar y á dormir, y tú puedes hacer otro tanto.

CAPITULO VII.

Ofrece Mr. Le-Grand á Petit hacerle un sábio filósofo antes de ocho dias: gracioso razonamiento de éste sobre la posibilidad en el cumplimiento de esta oferta: sueño de Mr. Le-Grand sobre sus ideas filosóficas: entrada de Petit en la academia subterránea: descripcion de este edificio y del secreto para entrar en él.

Se retiraron efectivamente los dos, cada uno á su aposento, el amo á dar descanso á su fatigada imaginacion filosófica, y el criado á discurrir y calcular sobre el medio incomprensible para él de poder estudiar y saber en una semana todo cuanto habia aprendido su amo desde que habia nacido. Se derretia los sesos el astuto Petit por acertar con un secreto de tanta importancia, pero no le

era posible atinar con cosa alguna de provecho, porque, como decia él, si esto fuese posible ¿qué necesidad habia de escuelas, colegios, seminarios, universidades, ni academias? Pero si no fuera posible, y no estuviese ya sabido y conocido este secreto ¿cómo me habia de ofrecer mi amo y señor instruirme en una semana en todo cuanto él ha estudiado hasta ahora? ¡Pues no es nada lo que yo me voy á saber! ¿Para qué quiero ya quemarme las cejas, foliando y revolviendo estas cuarenta y siete obras y cuarenta y siete autores que tengo aquí intactos como la madre que los parió, si en ocho dias voy á saberlos todos como el padre nuestro? ¿Y los otros que se han ido á las provincias en los otros tres cargamentos? ¿Y los que salieron de aquel almacen á cientos y á millares? Pues si mi amo no los conociera y estudiara todos ¿cómo los habia de comprar? Vaya, que ahora me voy desengañando de que soy un asno, como todos los demas que no han aprendido la filosofía moderna, quiero decir, esta filosofía que ningun hombre de este mundo ha conocido hasta hoy, por lo cual se sabe lo que jamás se ha sabido, se inventa lo que jamas se ha inventado, se escribe lo que jamás se ha escrito, se descubre lo que jamás se ha descubierto, y se hace lo que jamás se hizo ni se ha pensado hacer. Ahora sí que ya es preciso confesar que esos viejos árabes, egipcios, atenienses y romanos han sido unos

animales que no sabian leer ni escribir, y eso que de los árabes se dice que han sido los primeros matemáticos, los egipcios geómetras y arquitectos, los atenienses legisladores y filósofos, y los romanos sábios y políticos. ¿Pero cuánto mas que todos ellos juntos voy á saber yo dentro de una semana? ¿Qué envidia me tendrian si vivieran hoy Solon, Licurgo, Demóstenes, Ciceron y tántos otros que han sido reputados generalmente por hombres grandes? ¿Quién les dijera que un Petit habia de ser mas grande que todos ellos?

Aquí iba con su extraordinario raciocinio, cuando oyó hablar solo y en alta voz á su amo, que durmiendo á todo dormir y soñando á todo soñar, se derretía tambien los sesos batallando con sus delirios filosóficos dormido como cuando estaba despierto, y determinándose á escuchar lo que decia, observó que se explicaba de esta manera: Sí señor; yo solo basto, y yo lo he de llevar hasta el fin. Las medidas estan tomadas, tengo dinero suficiente en todos los puntos del reino; las obras y libros que he remitido á todos ellos van á circular; las luces se van á extender; los agentes van á trabajar y el género humano á revivir. Yo, yo voy á ser el regenerador de la humana especie, y los hombres me serán deudores de la *libertad*, de la *igualdad*, de la *felicidad* y de las *delicias*. ¿Qué dirán de mí los venideros cuando en-

tiendan y conozcan como han vivido los hombres hasta hoy, y como van á vivir en adelante? ¿Qué cuando vean que ya no es preciso comer para vivir, sino vivir para comer sin trabajar? ¿Qué dirá el pobre jornalero cuando se vea con el coche á la puerta y el lacayo con su librea esperándole para darle la mano y tratarle de señoría? ¿Y qué el sencillo labrador cuando, despidiéndose para siempre de su arado, de su carro y de sus bueyes, se halle al volver á su choza con la mesa puesta y cubierta con servilletas y manteles de finísima holanda, con platos de plata y cubiertos de oro para él, para su mujer y sus hijos, que no sabrán en qué escoger entre los ricos y bien aderezados manjares de carnes y pescados, de pastelería y confitería; acompañados de vinos exquisitos y licores superfinos? ¿Qué no dirán de mí los presos de la cárcel cuando lleguen á gozar de esta divina libertad que yo voy á dar á todos los hombres, puesto que no la han sabido conocer ni disfrutar hasta hoy? ¿Y qué no discurrirán los lacayos, porteros y mozos de cuadra cuando se sienten á la mesa con sus amos, que no se sabrá allí cual es el amo y cual el criado, establecido que sea el sagrado principio de la igualdad? ¿No brindarán unos y otros á la salud de Mr. Le-Grand, á quien son deudores de tan incomparables beneficios? ¿No entonarán versos y canciones al regenerador de todos ellos? ¿Y cuando vean la nueva forma

de gobierno que les tengo preparada, por la cual dejarán los pastores sus ovejas y sus cabras para venir con sus cayados á gobernar la nacion y ejercer la soberanía nacional? ¿Y cuando los zagales puedan dar á la prensa sus obras de instruccion pública, enseñándonos la astronomía que han aprendido en los montes y oteros, y descubriéndonos el secreto de ordeñar la leche, el de hacer manteca y queso, sobre lo cual no se les ha permitido escribir hasta hoy? ¿No dirán entonces que yo soy digno de una estátua mayor que la de Luis el Grande por haber sido Mr. Le-Grand mas grande que él? Ea, pues, manos á la obra, y demos principio á la regeneracion. Mañana tomaré los nombres de todos los amigos y conocidos en las provincias de mis compañeros académicos: escribiré á todos mis corresponsales para que les entreguen las obras á los que se presenten con la señal que se les dará: dentro de poco irán cundiendo las nuevas luces, y yo completaré lo restante.

Calló al llegar aquí el delirante dormido, y fatigada su fantasía con tan desconcertadas ideas, se dejó continuar en un sueño tan profundo, que desde su lecho percibia Petit el ronco resuello de su amo y señor. Aunque no habia creido en sueños jamás, por cuya razon ningun crédito debia dar á los de su amo, no dejó de conocer sin embargo, que las mas veces se ocupa nuestra fantasía cuando dormidos, de aquellas mismas

ideas que llevamos al lecho cuando despiertos. Dudó por lo mismo allá en su interior si aquellos desatinos tendrian algun origen en la voluntad é intencion de su amo, ó si nada mas serian que delirios de nuestra desconcertada imaginacion cuando estamos durmiendo; pero se resolvió á callar y observar, sin darle á entender en manera alguna lo que acababa de oir. Se entregó, pues, al sueño, que le duró hasta que le despertó su amo, pidiéndole la ropa de vestir y el desayuno, para salirse inmediatamente á sus quehaceres. Todo se lo preparó Petit muy en breve, y al ir á tomar la puerta su señor, le recordó la palabra que le habia dado de instruirle en una semana sobre todo cuanto habia que saber, á lo cual le contestó su amo, que cabalmente iba á trabajar sobre ello, pero que en el caso de lograrlo no se podria dar principio hasta el siguiente dia.

En esto se salió á la calle, llevando bien provistos los bolsillos de monedas de plata y oro, en cuyos metales y su virtud eléctrica tenia depositada la mayor confianza para todas sus empresas. Se dirigió, pues, á los centinelas de su academia, y comunicándoles su pensamiento de llevar allí secretamente á su ayuda de cámara, para que se instruyese en la moderna filosofía, porque era un jóven de muy señaladas luces, pero que habia tenido la desgracia de estudiar lo que se enseña en las universidades,

le contestaron, que ninguno mejor que él sabia las graves penas y castigos horrorosos que iban á sufrir, si permitian entrar á ninguno que no estuviese inscrito en la lista que tenian, y juramentado con todas las fórmulas del reglamento. A esto les contestó Mr. Le-Grand, que el juramentarle y conjurarle quedaba á su cuidado, constituyéndose él responsable del sigilo por su ayuda de cámara, cuyas señas les dió, y dándoles al mismo tiempo un bolsillo de dinero á cada uno, le ofrecieron al punto colocarle en un secreto que solo de ellos era conocido, y se lo fueron á enseñar, para que supiese donde se hallaba su criado cuando él estuviese filosofando con sus compañeros. Quedaron, pues, de acuerdo en que á la una de aquella noche bajaria su ayuda de cámara delante de él, y él en seguida, antes que entrase ningun otro; y dándoles ademas otras señas de su figura y traje, se despidieron hasta la hora señalada.

Se volvió, pues, á casa Mr. Le-Grand tan alegre y contento con lo que acababa de alcanzar, que no pudo contenerse de decir á su ayuda de cámara al entrar por la puerta de su habitacion: sea en hora buena Petit, que ya has logrado para hoy (y no para mañana como se habia dicho) lo que á ninguno de tu clase se ha permitido hasta ahora. Ya verás lo que nadie ha visto, oirás lo que nadie ha oido, estudiarás lo que nadie ha estudiado, aprenderás lo que nadie ha apren-

didó, y sabrás lo que ninguno sabe ni puede saber, no siendo del número de los individuos de la corporacion. ¿Y estoy ya incorporado á ella, preguntó Petit, sin haberme presentado, examinado y explorado mi vocacion natural? Ay amigo! le dijo su amo: eso sí que no puede ser, ni aunque lo pretendieras lo lograrías, y no me preguntes el *por qué*; mas sin ser uno de los individuos del número, tú podrás iluminarte solo con oir, sin poder hablar; y para regenerarte y salir de la comun esfera de los demas hombres, solo con oir tienes lo suficiente; pero ten entendido que te va la vida en el secreto, porque ninguno de mis compañeros sabrá que tú les oyes ni les ves, puesto que ninguno de ellos podrá verte á tí cuando tú les estés viendo y entendiendo á todos. A este fin es preciso que te arrodilles en frente de esa ventana por donde entra el sol, que mires de hito en hito á ese famoso astro que nos alumbra, y que jures por el resplandor de sus rayos, y por el calor vivificante que por influencia suya circula en tus venas, que jamás revelarás á ningun ser viviente, aunque te desuellen vivo, lo que vas á ver, oir y entender, ni menos el sitio donde vas á entrar, y muchísimo menos por quien lo has podido conseguir. ¿Y si soñando alguna vez, dijo Petit, se me escapa decir alguna de estas cosas como frecuentemente nos sucede á todos, descubrien-

do lo que no quisiéramos que se nos supiese? Esto que tú vas á ver y oir, le contestó su amo, no puede representarse en sueños, porque para verlo, oirlo y entenderlo menester es estar muy despiertos, y con todos nuestros sentidos y potencias en la suprema aptitud: ademas de que no puede darse entera fé y crédito á lo que por sueños se descubre.

¿Quién podrá creer que, prevenido como lo estaba Petit contra todos los delirios de la moderna filosofía, cayó en la tentacion de querer presenciar, ver, oir y entender lo que por ella se enseñaba? Juró, pues, en el modo y forma que su amo le previno, cuanto por este le fué demandado, no solamente respecto del sigilo del parage á donde habia de ir, sino tambien respecto de las materias que allí se habian de tratar, y de los profesores que las habian de discutir. Entonces le dijo su amo y señor, que á la una de aquella noche debian hallarse los dos á la entrada de la puerta del depósito de las luces, á cuyo fin quedaron de acuerdo sobre que con media hora de anticipacion vendria su amo á buscarle á la fonda. En efecto, á las doce y media en punto llamó Mr. Le-Grand á la puerta de su habitacion, y mirando su reloj dijo á su ayuda de cámara: Ea Petit, vámonos acercando poco á poco al consabido punto, y luego que te halles en él pondrás el mayor cuidado en la

observancia de estas tres advertencias que ahora te hago. Primera: que no te has de asustar ó sobrecoger por todo cuanto allí veas, oigas y entiendas. Segunda: que con todas tus potencias y sentidos has de estar allí en cuerpo y alma, para que no pierdas una mínima de todo cuanto pertenece á la verdadera sabiduría. Tercera: que en manera alguna has de toser allí, aunque la tos te ahogue ó revientes en aquel sitio. Ya ves que todo esto es muy fácil de cumplir, y cuando no lo fuera y presentase alguna dificultad, por todo se atropella y todo se vence á trueque de hacerte filósofo moderno dentro de muy pocos dias, al cabo de los cuales te hallarás tan iluminado y regenerado que ya no verás ni oirás como los demas hombres, ni como tú mismo has visto y oido hasta hoy.

¡Pues qué! repuso Petit, ¿se ponen allí mas ojos en la cara y mas oidos en la cabeza? En verdad que en este caso no sé lo que me haga, porque algunas veces veo y oigo mas de lo que quiero; pero tambien otras quisiera ver y oir lo que no puedo y deseo. En fin, lo cierto es que lo que abunda no daña, y como yo pueda cerrar y tapar esos ojos y oidos cuando me acomode, y abrirlos cuando me tenga cuenta, tengo conocida la ganancia; y vámonos allá cuanto antes, que á donde usted va, voy yo muy contento y muy gustoso. En esto se pusieron en camino por la misma direccion y por las mismas calles que ya

por dos veces habia pasado Petit, siguiendo los pasos á su amo hasta que le perdió de vista, cuya desaparicion estaba ansiando reconocer y averiguar. Llegaron, pues, al rincon de las tapias del jardin, y habiéndose cerciorado Mr. Le-Grand de que se hallaban solos sin que alma viviente los pudiese observar, se entraron los dos en el rincon sobredicho, el cual al rededor de la muralla se hallaba todo baldosado con unas piedras de algo mas de media vara en cuadro cada una de ellas, como que servian de cimiento ó pedestal á la tapia en su elevacion de quince tercias de vara. En una de estas baldosas colocó de pies Mr. Le-Grand á su ayuda de cámara, encargándole la rectitud de su cuerpo en línea perpendicular, y despues que se aseguró de su recta posicion y le bajó los brazos á tocar con su cuerpo y las manos con sus muslos sacó del bolsillo una especie de llave ó torniquete de acero y la introdujo por junto á los pies de Petit en una estrecha y apenas perceptible abertura de la misma piedra que sostenia á su ayuda de cámara, y dando media vuelta á la llave, desapareció al punto de su presencia el desgraciado Petit, bajando diez y seis palmos de profundidad, temblando y creyendo que no paraba hasta los infiernos; pero sin atreverse á desplegar sus labios segun estaba advertido. En el momento se volvió á presentar arriba la misma baldosa á recibir á Mr. Le-Grand, el cual,

como ya práctico, descendió al punto hasta hallarse con su asustado ayuda de cámara, que en medio de dos centinelas estaba todo pálido y descolorido sin atreverse á desplegar sus labios. La máquina se volvió á su puesto y se componia de cuatro muy largos barrotes de hierro unidos por los extremos y el centro, que subian y bajaban por dentro de un cajon de madera por medio de dos grandes muelles de resorte en la forma siguiente. El muelle que servia para descender, no tenia la elasticidad suficiente para resistir el peso de un hombre, aunque fuese tan pequeño como Petit, pero servia para hacer el descenso elásticamente, y no caer de golpe repentino. El otro muelle de ascenso tenia una fuerza mas que triplicada de la otra para elevar un peso de diez arrobas, hasta colocar la baldosa al nivel de las otras, de forma que ninguno pudiese notar la menor diferencia en la colocacion de aquella piedra y las demas inmediatas, que eran de igual figura. Dichos dos muelles eran remudados para subir ó bajar por el centinela de guardia, que nada mas tenia que hacer sino colocarlos en un punto de apoyo hácia el centro de los cuatro barrotes ó columnas de hierro, y comprimir, y aflojar su fuerza elástica por medio de una rosca. Cuando la máquina se hallaba levantada se daba media vuelta á un pasador para que ningun peso pudiese hacerla caer, y entonces era preciso usar de la llave para hacerla ba-

jar, como lo ejecutó Mr. Le-Grand, y los demas que por allí descendian y ascendian todas las noches.

Vengamos ahora al asustado Petit, que al hallarse dos estados debajo de tierra consintió en que allí era su última hora, hasta que se halló con su amo junto á sí, el cual llevándole con un centinela á su puesto, le dejó en él medio atontecido, pero reencargándole el cuidado con las tres prevenciones que le habia hecho, hasta que él le volviese á buscar. Atónito y sobresaltado el infeliz Petit, no acababa de admirar y comprender lo mismo que estaba viendo. Por de pronto le tenia como aturdido el ver un edificio subterráneo de tan bella construccion, todo de sillería y bóveda, tanto en los pasos de tránsito, cuanto en las demas piezas por donde habia pasado para colocarse en su nicho. De la misma manera le tenia como asombrado el resplandor y claridad que daban de sí las innumerables velas de cera que habia visto en las arañas y cornucopias, reflectando su copiosa luz por medio de espejos y lunas que la multiplicaban extraordinariamente. Creció en extremo su admiracion cuando el centinela le descorrió una cortina que tenia delante de sí, y se presentó de repente á su vista un grande y magnífico salon con un precioso dosel cubierto de terciopelo carmesí, y todo iluminado por medio de las arañas que colgaban del techo. Al pie de las gradas del dosel se-

hallaba una gran mesa con cuatro velas de cera ardiendo y algunas sillas al rededor. En el contorno de todo el salon habia asimismo tres órdenes de asientos, cubiertos tambien de terciopelo, en los cuales podrian caber como hasta unas ochenta personas, de lo cual se certificó Petit por el número setenta y nueve que pudo distinguir entre los demas desde su rincon. Estaba toda esta gran pieza preparada é iluminada, pero sin una sola persona que la ocupase por entonces, de las muchas á las cuales oia hablar Petit allá en otra estancia hácia la espalda del dosel que tenia por el frente. Correspondia todo este edificio subterráneo á un jardin que se hallaba sobre sus bóvedas á los diez y seis palmos de elevacion, y por varios conductos que salian á la parte interior de sus tapias entraba y salia el aire necesario para la respiracion y ventilacion. El dueño de este jardin, y de una magnífica casa que se hallaba al pie de él, era uno de los mas distinguidos y principales individuos de esta cofradía.

Cuando Petit se hallaba todo enagenado en la contemplacion de lo que estaba viendo, oyó un reloj, que dió las dos, y vió entrar inmediatamente en el salon hasta unos cuarenta hombres, cada uno con su gorro colorado en la cabeza. Notó que el uno de ellos, que llevaba cierta insignia que no traían los demas, se sentó debajo del dosel, y otro en una silla junto á la mesa, en la cual presentó un

gran libro de á folio, que colocó junto á una escribanía de plata que allí habia. Observó que los demas iban tomando sus respectivos asientos, pero buscando siempre cada uno el número que le correspondia. El silencio con que se hacia todo esto le tenia como aturdido, puesto que ninguno habia desplegado aun sus labios en aquel salon. Extendió la vista por todo él en busca de su amo, y le pudo distinguir por fin allá muy cerca del señor presidente por el lado de la izquierda, con su gorro encarnado en la cabeza como todos los demas. Tocó en esto el señor del dosel una campanilla, y rompió aquel profundo silencio diciendo... Pero lo que el señor presidente dijo al romper la nocturna sesion, capítulo por sí merece.

CAPITULO VIII.

Que trata de las primeras sesiones en la academia sobre crear nuevos mundos y nuevos habitantes: principios de los filósofos sobre la vitalidad: cuestiones de la moral filosófico-moderna: razonamientos de Petit con su amo acerca de lo que observó en la academia.

Ciudadanos: no ignorais que el filósofo Descartes ha dejado escrita y sellada de su puño la proposicion siguiente: *Donnez moi de la matière et du mouvement, et je ferai un monde*; lo cual es equivalente á decir que él haria un mundo si se le diese materia y movimiento. Tampoco ignorais que los hombres de su tiempo han juzgado esta proposicion por herética, por cuya razon han perseguido á aquel filósofo. Claro está que no le han entendido sus contemporáneos, asi como á nosotros tampoco nos entienden los nuestros. Pedir Descartes materia y movimiento para hacer un mundo, es lo mismo que pedir el mundo ya hecho, porque constando únicamente el mundo nuestro de movimiento y materia, ha llegado á pedir lo mismo que él debiera hacer. Luego es evidente que, ó no supo Descartes lo que dijo, ó solo quiso dar á entender que nadie seria capaz de hacer un

mundo nuevo. Como la filosofía en aquel tiempo se hallaba tan atrasada, nada tiene de extraño que aquel niño filósofo, aunque tan celebrado en su tiempo, no haya podido hacer lo que nosotros en el dia, puesto que sin pedir movimiento ni materia, uno de esta academia se ha encargado ya de hacer por sí solo un nuevo mundo.......

En esto se levantó de su asiento y se puso de pies sin quitar su gorro uno de los individuos que se hallaba casi el último de todos, cuya edad seria la de unos veinte y seis años, poco mas ó menos, y pidiendo la palabra dijo: Yo, yo soy el que estoy haciendo el mundo; me faltarán tres ó cuatro dias para acabarle, y aquí le presentaré en concluyéndole. Está muy bien, le contestó el presidente, y prosiguiendo en su discurso continuó: Pues señores, ya conocen ustedes cuanto nos aventajamos los filósofos modernos á los filósofos antiguos, tanto en éste como en los demas descubrimientos; y por cuanto el nuevo mundo que va á salir á luz estará sin habitantes, de los cuales, y de su formacion y creacion otro debe encargarse........ Yo me encargo de hacerlos, dijo á esta sazon otro jóven que se hallaba en el número 37. Muy bien, le contestó el presidente, encargando al secretario asentase su nombre y comision en el libro de las actas; y continuando su discurso prosiguió: Y por cuanto estos habitantes no han de ser máquinas sin alma ó sin

espíritu, sino que deben tener vitalidad, potencias y sentidos, y el don de la palabra para ejercer todas las funciones humanas; como el comer, beber, dormir, filosofar y demas; y por cuanto, últimamente, la moderna filosofía puede que en esto halle alguna dificultad ó tropiezo, para vencerla y superarla de forma que ningun obstáculo pueda ofrecerse á nuestras empresas, he propuesto, como ustedes saben, apurar la cuestion de la vida; quiero decir, averiguar á ciencia cierta en qué está consiste, puesto que una vez hallado este secreto, muy fácil nos será crear los seres vivientes para el nuevo mundo que se está haciendo. Sepamos, pues, en qué consiste la vida; y los individuos académicos que ayer se han encargado de esta indagacion vayan diciendo.

Entonces se puso de pies uno de los filósofos y dijo: Yo sigo en este punto la opinion infalible de Buisson, y es la siguiente:

"La vida no puede ser mas definida que por la palabra *ser*, la cual tanto ha ocupado á los metafisicos" (*Buisson*).

El presidente mandó al secretario anotase este descubrimiento en el libro de las actas, y que el filósofo académico inmediato manifestase su opinion, el cual levantándose de su asiento dijo: Yo sigo en esta parte el dictamen de Kant, á saber:

"La vida es un principio interior de accion, de mudanza y de movimiento" (*Kant*).

Se anotó en el libro; y siguiendo otro académico afirmó:

"La vida, segun Schusidt (con el cual me conformo en un todo), es la actividad de la materia dirigida por las leyes de la organizacion."

Lo anotó así el secretario; y pasando á otro académico se expresó de este modo:

"La vida es la facultad del movimiento destinado al servicio de lo que es movido" (*Erchard*).

Esta es la mas segura opinion de Erchard y la que yo llevo. Continuó otro académico y dijo: Las opiniones precedentes, en mi dictámen, no son sino absurdos, salvo el honor de mis coacadémicos y el de los autores á quienes siguen. Véase la demostracion de ello en el mas seguro dictámen de Crevisano con quien yo voy.

"La vida es la uniformidad constante de los fenómenos con la diversidad de las influencias exteriores (*Crevisano*).

Meditó sobre esta definicion el presidente, y la mandó anotar con letras gordas. Siguió otro académico y se expresó así: yo sigo la opinion de Bichat como la única cierta en la materia:

"La vida es la union de las funciones que resisten á la muerte" (*Bichat*).

Ordenó el presidente anotarlo con letra bastardilla; y tomando la palabra otro académico dijo: Señores: los dictámenes prece-

dentes deben quedar anonadados y confudidos á la vista de mi dictámen; que es el de Cuvier como el único verdadero.

"La vida es la facultad que tienen ciertos cuerpos de durar durante un tiempo y bajo una forma determinada, atrayendo sin cesar en su sustancia una parte de las que la rodean, y dando á los elementos una porcion de su propia sustancia" (*Cuvier*).

Llamó la atencion académica esta tan larga y extensiva opinion, y fueron todos de parecer fuese anotada con letras góticas. Habiendo preguntado el presidente si algun otro académico sabia ó tenia algo mas que decir en la presente cuestion, se levantó de su asiento uno de los mas consumados y consumidos filósofos que allí habia, alto de cuerpo y seco de carnes, cuya máquina sostenian los huesos y la piel, el cual se expresó así: Si mis dignos compañeros académicos hubiesen estudiado la presente cuestion en el único autor que la trata como corresponde, hubiéramos evitado la repeticion de tanto dictámen descabellado, puesto que ninguno hay ni puede haber cierto sobre lo que es la vida sino el de Adelon, que es el siguiente:

"La vida es un modo de actividad y de existencia en el cual se comienza á *ser* por un nacimiento, se *crece* por *intus-susocpcion*, se acaba por una muerte; y durante la duracion de la existencia se conserva como individuo por *nutricion*, como especie por una

reproduccion, y se pasa por diversas edades" (*Adelon*).

Basta, dijo á esta sazon el presidente: hemos herido el punto de la dificultad, y parece como imposible haya mas que averiguar en la materia. Sabido ya, pues, en qué consiste la vida ¿qué dificultad puede ofrecerse en crear nuevos habitantes y nuevos seres vivientes para el nuevo mundo mas perfecto que estamos fabricando? Anótese, pues, que la moderna filosofía ha acometido una empresa que no se han atrevido á acometer todos los filósofos de la antigüedad, puesto que ninguno de ellos ha sido capaz de crear una mosca. Pero nosotros! ¿qué dificultad podremos hallar en las moscas, hormigas, avispas, pulgas y otros insectos, cuando ya uno de esta corporacion se ha encargado de crear hombres? A esta sazon se levantó de su asiento el que habia aceptado esta comision y dijo: Yo no pido mas que seis dias de término para hacer uno, y aquí le presentaré á la academia hecho y derecho, tan alto como yo, y de la misma figura, tamaño y semejanza. Con uno solo que yo presente tengo vencida la dificultad, puesto que el que hace un cesto hará un ciento si le dan varas y tiempo.

Aprobado, dijeron todos á una voz, y quedó señalado el sexto dia para la presentacion del primer hombre; y habiéndose acordado que para el siguiente se presentase en la academia el mundo nuevo, y que nada mas

restaba ya que hacer, se levantó otro gorro encarnado, y pidiendo la palabra dijo: Señores, estas cosas son algo sérias, y es preciso tomarles el pulso con toda moderacion. No se diga de nosotros que avanzamos tal vez demasiado y que nos precipitamos. Hasta aquí vamos bien, nada se ha resistido á nuestras luces, todo lo hemos emprendido y todo lo hemos alcanzado; pero esto de presentar el hombre ya creado antes que el nuevo mundo en que ha de vivir y habitar, no va en regla, puesto que si puede existir primero que el mundo que se está haciendo para él, ya existe donde no le corresponde, y venido que sea á esta academia, es claro que habita en el mundo nuestro, en cuyo caso ya se deja conocer que no es esto lo que nos proponemos. Tomó entonces la palabra el señor presidente, y confesó estar bien puesta aquella advertencia, por cuya razon era preciso mirar cómo se procedia en adelante para no equivocarse, como se habian equivocado, pues cualquiera ignorante como los del siglo podia conocer que primero se debia presentar el nuevo mundo que sus nuevos habitantes. En esto ordenó que el secretario borrase el dia señalado, y pusiese el quinto dia para la presentacion del mundo nuevo, y el sexto para la de su primer hombre.

Apuradas y concluidas todas estas dificultades, se dirigió el presidente al secretario de la academia, y le mandó registrar el acta

anterior, por si en ella habia tambien otro punto señalado para entonces. Reconocida el acta resultó constar en ella que varios individuos académicos se habian encargado de traer anotados los principales dogmas de moral; no de la evangélica, sino de la nueva y flamante inventada por la moderna filosofía. Constaba asimismo del acta que debian traer por escrito los nombres de los autores donde se hallaban estos dogmas, los cuales debian corolear y comentar dichos señores académicos, ya fuese de palabra ó bien por escrito, añadiendo siempre alguna cosa cada uno á lo nuevamente descubierto, para avanzar siempre hácia adelante, y nunca hácia atras como el cangrejo. Ordenó entonces el presidente que tomasen la palabra por su orden los señores y fuesen diciendo.

A esta sazon se puso de pies uno chiquititito cuyo gorro, aun despues de levantarse, no se hallaba al nivel de los que estaban sentados. Era todavía mucho mas pequeño que Petit (el cual en su nicho, atónito, aturdido y escandalizado, se estaba haciendo cruces y sin toser, con lo que estaba viendo y oyendo á aquellos locos, como él los llamaba), y pidiendo la palabra que de derecho le pertenecia, dijo: El texto sobre el cual traigo por escrito mi comentario lo he tomado, señores, del inmortal Freret, el cual se expresa asi:

"Son arbitrarias las ideas de virtud y vi-

cio, y las de justicia é injusticia, como dependientes del hábito" (*Freret*).

Comentario. Puesto que, segun este autor, á quien venero y respeto, son arbitrarias las ideas de virtud y vicio, si á mí se me antojase dar una bofetada á este compañero que tengo á mi derecha, hasta deshacerle las narices en sangre, esto debe llamarse una virtud. Si, por el contrario, el compañero que tengo á mi izquierda socorre al de mi derecha sacando su pañuelo para limpiarle la sangre, lavándole las narices con agua fria, y curándole la herida hasta que pueda oler como antes y tomar rapé, esto deberá llamarse vicio.

Ya se libraria usted de tocarme al pelo de la ropa, dijo á esta sazon el de la derecha, puesto que si el único muñeco ó enano que hay en esta academia llegase á tocarme, jugaría con él á la pelota por todo este salon, haciéndole volar por los aires, hasta contar todos los puntos de la bóveda ó techo de él; y mude usted de comentario antes que le agarre por los cabezones y trinche del calzon y.... Tocó en esto el presidente la campañilla, y llamando al órden, determinó que continuase con su comentario.

Pues, señores, prosiguió: siendo igualmente arbitrarias las ideas de justicia é injusticia, tenga la bondad el señor presidente de venirse á sentar en mi asiento número 39, que yo tengo un derecho que de justicia me

pertenece á sentarme bajo del dosel, y en habituándome á estar en él sentado, está demostrada la arbitrariedad de estas ideas como dependientes del hábito. En esto echó á andar hácia el dosel, mandando al presidente que se bajase para ocupar él su asiento. ¿Cómo se atreve usted, le dice el supremo gefe, á barrenar los estatutos de la academia, constándole que yo ocupo la presidencia por todos los votos de la corporacion, y que este lugar me pertenece á mí de rigorosa justicia? ¿Y qué mas da, replicó el enano académico, si yo dejo probado en mi comentario que las ideas de justicia é injusticia son arbitrarias?

Irritado el presidente contra este pequeño académico, fué su primera intencion apechugar con él, y poner en ejecucion lo que le había prometido su compañero de la derecha; pero reportándose en su primer impulso mudó de idea y propuso que se desechase de la academia, y que en el acto se procediese á la votacion. Hízose asi, y salió aprobado su comentario, y declarado en todas sus partes por muy conforme al texto, por cuya razon opinaban que debia volver á ocupar su asiento hasta que por sus méritos filosóficos obtuviese la mayoría para ocupar la presidencia. No quedó muy satisfecho el que la ocupaba entonces de esta votacion; pero disimulando su enojo, ordenó que hablase en la materia que estaba señalada el académico y quien correspondia.

Se levantó entonces de su asiento otro filósofo de una regular figura, y muy elegantemente compuesto, el cual, tomando la palabra, dijo: El texto, señor, que sirve de pauta á mi comentario, es del ínclito Dumarsais, bien conocido por sus escritos originales de donde le he sacado, y dice así:

"No hay mas virtud que lo útil, ni mas vicio que lo perjudicial al hombre sobre la tierra" *(Dumarsais).*

Comentario. Habiéndome propuesto ser yo uno de los hombres mas virtuosos, adoptando el principio de la utilidad, pasaba un dia por cierta calle, y oyendo el ruido que hacian con varias monedas sobre una mesa, me asomé por una ventana, y ví una como tesorería del comercio, en la cual manejaban tres ó cuatro dependientes el oro y la plata como si fuesen piedras de la calle. Llamé á la puerta, y preguntándome á quién buscaba, les respondí que á la *virtud.* Pase usted á adelante, me dijeron, y habiéndome acercado á aquellos preciosos metales, alargué bonitícamente hácia ellos mis manos, y entrándome en mis bolsillos primeramente las monedas doradas.... ¿Qué hace usted? me dijeron. Yo les respondí que buscaba lo útil para ser virtuoso; que todo el dinero que allí habia me era no solamente útil sino utilísimo, por cuya razon aspiraba no solamente á ser virtuoso, sino virtuosísimo en grado superlativo. Uno de aquellos dependientes que allí

habia se tiró á mí, me dió de cachetes, me hirió en el trasero con la punta de su zapato, me quitó todas las monedas que yo habia guardado, y me dijo: oiga usted, eco tunante, ¿es esa la virtud á quien usted buscaba? Sálgase usted de aquí, ladronzuelo, antes que le llevemos á la carcel, y le cuelguen de una soga en medio de la plaza. ¿Cómo entiende usted la virtud? le repliqué. Lo que usted hace conmigo es un vicio, porque me es perjudicial, y lo que yo he hecho no es sino lo útil y la virtud misma. Usted y todos cuantos aquí están son unos ignorantes, que no han estudiado la moderna filosofía, por cuya razon traen ustedes el mundo trastornado, las cosas trocadas y los nombres cambiados; pero ya vendrá tiempo en que todo se remediará, por medio de una nueva regeneracion. En esto me echaron á empellones de allí dándome con la puerta en la espalda, de forma que me hundieron una costilla. Este es el comentario que yo hago de mi texto, concluyendo con pedir á la academia que cuanto mas antes emprendamos las reformas que son propias de nuestra filosofía, si no queremos que el mundo acabe con nosotros antes que nosotros hagamos la regeneracion.

Aprobado de unánime conformidad, contestaron todos á una voz; y pasando al otro académico encargado tambien de su dogma correspondiente, se levantó de su asiento y dijo: Señores, yo me hallaba en una de estas

tardes, paseándome en el bosque de Montmorency, y leyendo, ó, por mejor decir, estudiando por mi autor favorito, que es el sapientísimo Mandeville, como me creia solo leía en alta voz, bien ageno de pensar que ninguno me oyese, y al llegar á aquel texto que dice: "Los vicios de los particulares redundan en bien de la sociedad" salió de entre unos árboles un hombre embozado y no de muy buena catadura, el cual, habiendo oido mi texto, se acercó á mí, y sacando por debajo de su esclavina una pistola, me la arrimó al pecho, y me dijo: ¿es usted un individuo de la sociedad? Sí, señor, le respondí. Pues amigo, me replicó, yo tengo el vicio de mantenerme á costa agena, porque tambien he estudiado ese principio de hacer un bien á la sociedad, por cuya razon notifico á usted, que inmediatamente y sin replicarme afloje el bolsillo y el reloj, ó de lo contrario le envio á usted á la sociedad de los difuntos. Tome usted, le dije muy aprisa, porque no puedo negarle que usted estudia por mis libros, pero tampoco usted me negará que yo puedo hacer otro tanto con el primero que encuentre. Sí, señor, usted puede, me dijo, darse á este vicio particular que redunda en el mayor bien de la sociedad, y el otro á quien usted despoje se podrá ir á desplumar á quien le dé la gana, y el otro, al otro, y así se irá llenando la sociedad de bienes en tal forma que será un paraiso. Pues señor, le

contesté, vaya usted con Dios y buen provecho le haga, que cuando yo me desquite, ya será con mas que doble ganancia.

En esto nos despedimos los dos muy alegres y satisfechos; y discurriendo yo el medio de sacar mejor partido, me fuí á una casa de juego al dia siguiente, y habiendo observado allí á un aficionado, que se levantó con el dinero de todos los jugadores, aguardé que se saliese á la calle para seguirle. Lo hice así en efecto, y alcanzándole en una esquina, le digo: ¿es usted un individuo de la sociedad? ¿Qué le importa á usted? me replicó. No me importa mas, le contesté, sino que por el bien de ella me entregue usted al punto todo ese dinero que acaba de sacar de esa casa de donde viene. Aguárdese usted un poco, me dijo, y sacando un estoque que llevaba metido en un baston, iba á darme con él tal estocada que, si no echo á correr mas que una liebre, me deja allí tendido hasta que otros me levantasen para la sepultura.

Bien conocen ustedes que esto de no querer entrar la sociedad en estos bienes que la procuramos proporcionar es una picardía y una afrenta á nuestras doctrinas, tomadas de los mas sabios filósofos modernos, y apuradas por nosotros hasta la quinta esencia de toda su virtud. Es, pues, de absoluta necesidad plantificar cuanto mas ántes las competentes reformas que tenemos premedi-

tadas, para la regeneracion del género humano, puesto que, de otro modo, es imposible sacarlos de la ignorancia y de la barbarie que han heredado de sus antepasados. A todo lo cual contestó el presidente: declárese este comentario por uno de los mejores que se han presentado hasta ahora en la academia; y habiendo dado el reloj las cuatro, se levantó la sesion, y se fueron á la pieza de donde habian salido con sus gorros colorados, para retirarse á descansar de sus tareas cada uno á su casa.

Habiéndose quedado Mr. Le-Grand para salir el último de todos, se dirigió al nicho donde se hallaba su ayuda de cámara, y sacándole de él, haciéndole seña de que no desplegase sus labios, le llevó á la máquina de los muelles, por la cual subió en volandas el asombrado Petit, y su amo en seguida de él: tomaron su camino de la fonda, y aunque por las calles quiso Mr. Le-Gran traber conversacion con su criado, no fué posible poder recabar de él que le contestase una sola palabra, de cuyo silencio llegó á sospechar su amo si se habria vuelto mudo ó sordo en su nicho. Llegaron á la fonda, y entrados en su habitacion, se sentó Petit en una silla para tomar algun aliento y poder respirar libremente. Recuperado ya de su opresion de espíritu, le preguntó su amo qué le habia parecido de todo cuanto venia de ver, oir y entender; y repreguntándole Petit cómo se lla-

maba aquel subterráneo, le dijo Mr. Le-Grand que el vulgo solia llamarle *Logia* ó *Club*, pero que entre los sócios era conocido con el nombre de *Academia*. Pues, señor, contestó Petit, yo no me atrevo á llamarle infierno de los condenados, aunque por esto no me llevarian á la Inquisicion, puesto que el *Club* ó la *Academia* donde se emprende hacer un nuevo mundo y nuevos habitantes, si no merece este nombre, yo no se qué otro pueda darle que bien le cuadre; porque decir que aquel subterraneo es una casa de orates, es poco decir.

Luego tú, le replicó su amo, no has entendido una mínima de todo cuanto allí se trató, cuestionó y apuró. Yo solo he entendido, replicó Petit, que usted allí no habló una palabra, ni se mezcló en apoyar ni contradecir aquellos desatinos, locuras ó heregías lo cual he apreciado muchísimo, porque he sacado de su silencio que usted no ha perdido aun la cabeza, como todos cuantos allí hablaron, incluso el señor presidente.

Es que á mí no me correspondia hoy esta materia, contestó Mr. Le-Grand; pero cuando me pertenezca hablar sobre la mia, ya me oirás y juzgarás de mis discursos, de mis principios y de mis adelantamientos sobre todos los demas. ¿Pues cuál es la materia á usted perteneciente? preguntó Petit. La de *política*, contestó su amo, sobre gobierno y sobre sus bases, que son las de la *libertad*,

igualdad, *felicidad* y otros cimientos no conocidos hasta hoy desde que el mundo es mundo. ¿Y esa libertad, igualdad y felicidad es para el mundo nuevo que ustedes hacen, ó he de ser para los que vivimos en este que Dios ha criado? dijo Petit. Yo no me he encargado del nuevo mundo, ni de sus nuevos habitantes, le contestó su amo; y el que ha aceptado esta comision sabrá lo que en ella le corresponde hacer. Mi encargo es únicamente el de regenerar los hombres que ya existimos, y sacarlos de la ignorancia en que se hallan, y se hallaron cuantos han vivido hasta hoy, dándoles nuevas leyes sobre nuevas bases, é inventando otra clase de gobiernos, nunca vistos ni soñados por nuestros abuelos.

Y entonces ¿qué hemos de hacer de los que ahora hay y de los reyes y emperadores que han gobernado y gobiernan con beneplácito de sus súbditos y vasallos? preguntó Petit; y añadió: pues mire usted que á mí me parece que no tenemos de ellos queja, puesto que las artes, las ciencias, la agricultura, el comercio, la industria, la navegacion y todo cuanto nos sirve en este mundo para la conservacion de la vida, lo debemos á los gobiernos que hemos tenido hasta hoy, y á los que tenemos en el dia; y si los nuevos modos de gobernar que usted inventa echan por tierra todo cuanto hemos adelantado, en verdad, en verdad, que yo no salgo por fiador de los resultados, y dejo aparte la suerte que pueda

esberle al nuevo reformados. Hasta que asistas á la academia el tiempo que te he señalado, dijo Mr. Le-Grand á Petit, debes suspender tu juicio, como ya te he advertido otra vez. No has estado en ella todavía mas que una noche; y sin embargo de que has visto y oido lo que jamás viste ni oiste, como todo es nuevo para tí, no has comprendido aun el espíritu y esencia de la moderna filosofía. Ya verás y oirás en las demas noches lo mucho que allí tenemos que discurrir y concertar, y entonces te desengañarás de tus errores, que vienen á ser los mismos en que se hallan, como tú, todos los demas hombres. Ya, repuso Petit, si tengo por compañeros á todos los demas, no digo nada. Pero, señor ¿qué juicio tengo de formar yo de unos locos, que tantos desatinos han dicho sobre la vitalidad, por mas que hayan citado los autores de donde los han sacado? ¿Qué concepto deben merecerme los que afirman que son arbitrarias las ideas de virtud y vicio, y las de justicia é injusticia? ¿Qué idea he de formar del filósofo que dice que los vicios de los particulares redundan en bien de la sociedad? Estos no son filósofos, amo y señor mio, y sí unos trastornadores del órden social, y no sé si me atreva á decir que los tengo por enemigos declarados de todo el género humano. Los verdaderos filósofos, á lo que yo entiendo por lo que he leido en la librería de su señor padre, son aquellos que con sus sabios consejos dirigen á

los príncipes, ilustran á los hombres, escriben sanas y puras doctrinas, aconsejan la verdadera moral, perfeccionan los conocimientos humanos, predican con el ejemplo la pureza de las costumbres, y dulcifican la sociedad. Estos sí que en todos los gobiernos son apreciados y queridos por todos los reyes y emperadores, que les buscan y los llevan cerca de sí, para aprovecharse de sus luces y de sus conocimientos, y sacar de ellos todo el partido posible en beneficio de la humanidad. Estos sí que contribuyen á la felicidad del género humano, encaminándole por la verdadera senda del amor y temor de Dios, eterno hacedor de todo cuanto tiene ser: y estos, finalmente, son los que no solo se ven premiados en la tierra, sino tambien en el cielo. Pero, los que obran en contrario sentido; los que procuran trastornar todas las leyes divinas y humanas; los que introducen, en vez de la paz, la guerra y la discordia entre los hombres; los que pretenden atacar todos los gobiernos; los que intentan destruir todas las sociedades establecidas; los que corrompen la sana moral con sus doctrinas criminales, ¿pueden ni deben llamarse filósofos? Si sus doctrinas son sanas y corrientes, ¿cómo es que no las publican á la luz del dia, sin esconderse del sol y de la luna, metiéndose dos ó tres estados debajo de la tierra? ¡Ah señor amo, señor amo! Yo no soy mas que un pobre Petit, que no he

leido ni estudiado sino en la librería de su señor padre, y lo que he buscado por estas bibliotecas desde que estoy en Paris; pero yo no pronostico cosa buena de estos sócios académicos; y no permita Dios que á usted, por haberse asociado á ellos, le suceda alguna desgracia que yo no pueda remediar. No me gusta nada la materia de política que usted ha escogido para sí; y si los autores donde la ha estudiado son como Freret, Dumarsais, Mandeville y aquellos otros que tratan de la vitalidad, ó en lo que consiste la vida, desde ahora le profetizo que vamos á ser desgraciados, porque si emprendemos ir contra todos los hombres y contra todo el mundo, ¿qué ha de ser de nosotros? Y si por fin fuéramos tantos á tantos, todavía pudiéramos tener alguna duda, porque aunque yo soy pequeño es usted grande, y lo que yo tengo de menos lo tiene usted de mas; pero si se levantan contra nosotros casi todos porque pretendemos sacarles de sus casillas ¿nos dejarán ellos en nuestras casas? Volvámonos á la nuestra, querido amo mio, antes que sea mas tarde; dejemos al mundo correr como se le antoje, que siempre el mundo será mundo: no nos metamos á reformadores ó enderezadores de tuertos: no vayamos por lana y salgamos trasquilados, que tan bien se está san Pedro en Roma como nosotros en nuestro pueblo, y como cada hijo de vecino en la casa de su padre.

Cansado y enojado Mr. Le-Grand con el largo discurso de su ayuda de cámara, tomó para contestarle un tono algo serio é imponente, y le dijo: van ya con esta tres veces, Petit, (y no me obligues á la cuarta) que te he advertido ser una indiscrecion anticipar nuestro juicio en las cosas sin tener los datos suficientes para juzgar de ellas. Te he escuchado sin alterarme todos esos errores que has echado por esa boca, porque no has asistido mas que una sola noche á la academia. Te disculpo, y aun te lo perdono por esta vez, con la precisa condicion de que no me has de volver á hablar mas sobre esto hasta que yo te pregunte, que será despues que á mí me parezca que de alguna manera te has iluminado. ¿Y he hablado yo, por ventura, ni desplegado mis labios, repuso Petit, hasta que usted me preguntó qué me parecia de aquello? Amigo, le contestó su amo, tienes razon; no me acordaba que yo he tenido la culpa. Me parece que voy perdiendo algo la memoria de algunos dias á esta parte, pues ya me ha sucedido andar buscando el sombrero sin acordarme que lo tenia en la cabeza. Como no se pierda el entendimiento, contestó Petit, todavía podremos andar juntos; aunque harta desgracia es perder la memoria, porque si se olvida usted de que yo me hallo en su compañía, y por no acordarse de mí se va á buscar á otros, no sé á donde los hallará que le quieran como yo le quiero, y para no ha-

llarlos tan buenos ó mejores que yo, mejor sería que anduviese siempre solo, ó que no se separase de junto á mí. Bien es verdad que dirá que yo no soy filósofo, ni he leido por los libros que ellos leen; pero he leido por otros que los tengo por mas seguros, porque no se entrometen á reformar el mundo, ni tratan de mezclarse en las operaciones del gobierno, antes bien aconsejan el respeto y la obediencia á las autoridades constituidas, y una perfecta sumision á las leyes, para conservar el órden y la armonía de la sociedad. Esta doctrina la tengo por muy segura, querido amo mio, y yo salgo por fiador de todo el mal que le venga á cualquiera que la siga; pero no le arriendo la ganancia á todo aquel que se atreva ir contra ella y trastornar el órden social que debemos á nuestros abuelos, como me parece que lo intenta esa academia, á la cual, si algun mal intencionado llega á descubrir cuando se hallen en ella todos los académicos, la pegan fuego y se queman vivos en la cueva cuantos allí estén; y si usted se halla entre ellos, y acaso yo tambien, entonces sí que somos nosotros los regenerados, en vez de ser los regeneradores. No le digo mas por ahora, y le doy mi palabra de callar á todo desde hoy hasta que usted me pregunte. Pues bien, quédese esto asi, le dijo su amo, pide la cena, y vámonos á descansar, que yo te prometo que antes de cuatro dias ya pensarás de otra manera.

CAPITULO IX.

Sobre otros puntos filosóficos discutidos en la misma academia, y sobre la materia que habia elegido para sí y tomado por su cuenta Mr. Le-Grand, con los graciosos razonamientos de éste con su criado Petit.

Cenaron y durmieron en efecto los dos en aquella noche, sin que en ella ni en el siguiente dia les ocurriese nada de particular, hasta que á la hora señalada para la academia se dirigieron á sus respectivos y ya conocidos puestos. Colocado en su nicho Petit, estuvo aguardando que el reloj diese las dos, y cuando las oyó, vió entrar en el salon la misma turba de la noche anterior, y ocupar cada uno su asiento. Rompió el silencio el presidente mandando que se continuasen los textos y comentarios que habian quedado pendientes en la última sesion. A este tiempo se levantó el académico que tenia la palabra y dijo: Señores, mi texto es tomado del incomparable Machiavelo. Dice asi:

"Aprovecha mucho valerse de calumnias, aunque sean lijeras, porque siempre dejan impresion" (*Machiavelo*).

Comentario. Por la calumnia se halla la

verdad vuelta mentira, la justicia en injusticia, y la virtud en vicio; y siendo arbitrarias, segun Freret, todas estas ideas, tenemos ya dos autores celebérrimos que nos suministran los mas seguros principios para trastornar el mundo entero. Y por cuanto las intenciones de la academia no son otras que las de un trastorno universal, para que todos los hombres conozcan los nuevos descubrimientos de la moderna filosofía en la moral, en el gobierno, en la política y demas adelantamientos nuestros, soy de dictámen, salvo el parecer de mis dignos coacadémicos, que este virtuosísimo texto de Machiavelo sobre aprovecharnos de las calumnias, porque siempre dejan impresion, sea nuestra estrella del norte, y nuestro polo principal para el mejor acierto en todas nuestras operaciones. Con la calumnia vamos seguros por todas partes, aunque intentemos dirigirla contra los reyes y emperadores, y hasta la misma cabeza de la Iglesia, y sabiendo manejarla como el autor que la aconseja, ó tal vez mejor, llegaremos á ser mas Machiavelos que él, y tener mas prosélitos, porque ya todos se hallan cansados y fastidiados de seguir el órden de la justicia, de la verdad, de la razon, de la sana moral, y de la ley evangélica.

Nuestra doctrina debe ser en un todo contraria para hacer progresos, y si sabemos predicarla y extenderla de palabra y por escrito, no me queda duda en que vamos á asom-

brar al mundo y reformar con ella á todo el género humano.

Aprobado, *nemine discrepante*, dijo el señor presidente, y anótese el *nemine* por el secretario en el libro de acuerdos. Hízose así; y pasando la palabra á otro académico, se levantó de su asiento uno de los mas modernos, y dijo: Señores, el texto que yo he buscado para esta noche es del graciosísimo y nunca bastantemente alabado Voltaire; pero no le he puesto comentario alguno, porque le veo tan claro en sí mismo, que no necesita comentarse, y seria tal vez quitarle su mérito si nos atreviésemos á darle otra interpretacion; pero como mis dignos compañeros han presentado sus textos con sus respectivos comentarios, yo no me atrevo á presentar el mio así desnudo y pelado, segun le he copiado del autor. Dígase, sin embargo, pronunciaron todos á una voz, y habiéndolo mandado tambien el señor presidente, se determinó el académico á manifestarlo tal cual lo habia hallado en el original, que á la letra decia así:

"El deleite es el único motor de los hombres; á Dios place que nos rijamos por él; es extravagancia y locura guardarse de sus embelesos; la naturaleza nos llama hácia Dios por la via de los placeres sensuales" (*Voltaire*).

Tomó la palabra el presidente, y dijo que tenia mucha razon el académico ponente en decir, que no necesitaba de comentario este

clarísimo texto, puesto que hasta los jóvenes mas inexpertos lo podian entender, y que en su concepto era uno de los mejores textos para hacer prosélitos en la juventud; por todo lo cual debia ser tambien anotado en el libro de las actas. A esta sazon se levantó otro académico sin pedir la palabra, y dijo: Pues si tampoco á mí se me pide comentario, yo traigo otro texto tan bueno ó mejor que el precedente, del cual es autor el sabio La-Mettrie en su *discurso sobre la vida dichosa*; y si se me permite presentarlo, la academia podrá juzgar de su virtud. Preséntese, dijeron: y el académico lo manifestó en los literales términos siguientes:

"La verdadera filosofía no admite mas que una felicidad temporal: no hay en sí vicio ni virtud, ni bien ni mal moral, ni cosa justa ni injusta; y está demostrado por pruebas sin réplica que no hay mas de una vida y una bienandanza" (*La-Mettrie*).

Este texto sí que habla con nosotros, dijo el presidente, porque empieza con la verdadera filosofía; y como la moderna es la única verdadera, puesto que todos los demas filósofos que nos han precedido apenas sabian leer, es claro que La-Mettrie ha sido el único que ha columbrado un *si es no es* nuestra senda original. La antigua filosofía se ha fatigado en señalarnos el camino de la virtud, y se ha desvelado por inspirarnos hácia ella un verdadero amor y horror al vicio.

Nosotros no conocemos vicio ni virtud, ni el bien ni el mal, ni la justicia ni la injusticia, ni mas de una vida y una bienandanza como La-Mettrie. Digo, señores, ¿no es una verdad que ninguno hasta hoy se ha atrevido á trazar una senda como la nuestra? ¿No es evidente que somos filósofos originales de los que no hay ni ha habido, ni tal vez habrá en todos los siglos de los siglos? Y entonces ¿podrá ninguno dudar de las maravillas de nuestro rumbo, aunque no sea sino por el principio de la novedad? Marchemos, pues, por esta nueva senda desconocida; trastornemos todo cuanto se ha hecho hasta hoy: *recedant vetera, nova sint omnia*; y si alguno de los individuos de esta academia puede apurar mas aun las verdaderas reglas de nuestra ciencia, diga todo lo que supiere, puesto que yo le concedo la palabra desde este instante.

A este tiempo se levantó de su asiento otro académico, seco de carnes y enjuto de rostro, cuya estatura sería la de filósofo y medio muy cumplido, el cual, aprovechándose de la palabra, dijo: Otro filósofo, señores, ha pretendido como La-Mettrie vislumbrar algun tanto los escondrijos de nuestra moderna filosofía; pero se ha quedado muy atras, y es bien cierto que se avergonzaria de presentarse hoy entre nosotros, al ver cuanto hemos avanzado sobre sus mal digeridas ideas, concebidas aun en el tiempo de las tinieblas. Sin embargo, alguna cosa se aproximó á nuestros ex-

traordinarios principios, segun se puede comprender por el texto que tengo el honor de presentar á la academia. Es del insigne Mirabeaud, y dice así:

"Seria inútil, y tal vez injusto, exigir de un hombre el que fuera virtuoso si no puede serlo sin hacerse desdichado, porque debe amar el vicio con tal que este le haga dichoso" (*Mirabeaud*).

Comentario. Yo no puedo menos de extenderme sobre esto, señores mios; porque lo que voy á decir lo he experimentado en mí mismo. Yo soy algun tanto aficionado al bello sexo, y aunque no sea muy bello, tambien me inclino lo bastante hácia él. Me he inclinado tanto en una noche, que me he creido el hombre mas dichoso de este mundo con este vicio que tengo hace ya bastantes años. Tenia bien presente entonces este texto de Mirabeaud, y decia para conmigo ¿quién puede dudar que el hombre debe amar el vicio con tal que le haga dichoso? Pues señores, yo le amé tanto en aquella noche, y he sido en ella dichoso de tal suerte, que apuré todas las dichas de aquel género para siempre jamás amen. Es verdad que no puedo volver á disfrutarla en todos los dias de mi vida, porque á las veinte y cuatro horas de haberlas apurado, fué preciso inutilisarme para no volver á caer mas en aquella tentacion. Quedé como Dios y yo sabemos; pero si no soy dichoso ahora lo fuí entonces, y

si no lo puedo volver á ser mas, paciencia.

Despues que acabé con este vicio antes que él acabase conmigo me dí á otro que es el del trago. Hasta aquí voy bien con él, porque suelo variarle, mediante á que ya me gusta de toda clase. Alguna vez suele banvolearme la cabeza, pretendiendo mandar mas que yo, pero no ha conseguido todavía poder echarme á tierra contra mi voluntad. Y si algun dia sucediese que me despeñe por algun derrumbadero ¿qué le importa á nadie? La cabeza es mia, yo mando en ella ínterin ella no mande en mí. Si me hago pedazos, y una pierna se va por un lado, un brazo por otro, y el cuerpo se queda colgado de una peña, todo es mio junto ó separado, roto ó sano, muerto ó vivo. Lo que á mí me importa es amar el vicio con tal que el vicio me haga dichoso. Me parece, señores, haber dicho algo, y que he probado mi texto con mi comentario. *Dixi.*

Pues, señores, dijo á esta sazon el presidente, á mí me parece que hacemos progresos en nuestra carrera filosófica. Sea cual se fuese la materia que se presente á nuestras indagaciones, la depuramos en tal forma, que nada mas hay que apetecer ni que desear. Todas las que se han discutido hasta hoy en esta academia y constan de sus actas se hallan de tal suerte controvertidas, que no solamente resulta la demostracion por los textos, sino tambien por los comentarios, entre los

cuales algunos hay que causen espanto y admiracion. Por ellos se hace ver hasta la evidencia que hemos dejado muy atrás á cuantos filósofos nos han precedido; y supuesto que los individuos de esta academia, á los cuales tengo el honor de presidir, están adornados, cual mas cual menos, de todas aquellas cualidades que son precisas para hacer un trastorno universal, soy de parecer que, sin que tengamos necesidad de buscar mas textos que autoricen nuestras operaciones, emprenda cada uno por su camino todas las reformas que considere precisas para cambiar la faz del globo. Ello es que nada ha de quedar sin una nueva refundicion. Usos, costumbres, religion, moral, política, gobiernos, virtudes, vicios, artes y ciencias, todo, todo debe venir á tierra, por ser ya demasiado viejo, veterano y caduco. ¿Erraron nuestros mayores? Para eso hemos nacido nosotros con el don del acierto. ¿Han caminado hasta hoy por entre las tinieblas? Para eso hemos venido nosotros al mundo en el siglo de las luces. Hemos estudiado lo que ellos no han podido estudiar, y hemos leido por donde ellos no han podido leer. No tenemos pues la menor disculpa si no deshacemos todo lo hecho, y si no desconcertamos y sacamos de su quicio todo cuanto se ha inventado hasta hoy: ea, pues, señores mios, encárguese cada uno de poner la mano á lo que mejor le venga á cuento, y aqui se discutirá, aprobará, acordará, y

anotará en los libros de la academia, para que conste á las generaciones futuras lo mucho que nos deben en la regeneracion universal que tenemos premeditada.

A este tiempo pidió la palabra otro académico y dijo: Señor presidente, eso mismo iba yo á proponer, por cuanto nosotros los filósofos del dia somos para todo, y no tenemos necesidad de fundar nuestros principios en otros autores, ni en la historia, ni menos en otros hechos de la antigüedad, porque no hallaremos ningunos que se parezcan á los nuestros. Lo que nosotros intentamos, ninguno lo ha intentado hasta hoy. Voltaire, Rousseau, Freret, Mirabeaud, Delisle, Dumarsais, Volney, Mandeville, Montagne, Machiavelo, y algunos otros, solo han pretendido trastornar dos ó tres cosas cada uno, pero nosotros las avanzamos todas; y siendo tantas las que tenemos que reformar y refundir, quede desde hoy acordado que cada individuo de esta corporacion tome de su cuenta las que le vengan mas á pelo, y haga la correpondiente exposicion á la academia para su aprobacion, si la mereciére: y aunque las materias sean inconexas y en nada se parezcan las unas á las otras, eso nada importa. Lo cierto es que tenemos mucho en qué poner la mano, y que no hay que descuidarnos, por lo cual soy de parecer, que para mañana á estas horas se presenten á la academia á lo menos tres ó cuatro puntos de los mas esenciales.

Un reparo hay que hacer á lo que usted propone, dijo el presidente, y es que puede suceder muy bien que se vengan aquí mañana todos con una misma materia, por no haberse acordado y determinado hoy la que elige cada uno, y pudiendo discutirse tres ó cuatro puntos de los mas esenciales, como ha dicho muy bien el señor preopinante, seria muy sensible que echásemos el tiempo en la discusion de uno solo. Eso está muy fácil de remediar, contestó el académico que habia hecho la mocion, porque en la pieza donde dejamos nuestros gorros antes de salir á tierra, siempre conferenciamos unos con otros, y allí se encargará cada uno de la materia que le sea mas favorita, y ya no podemos encontrarnos mañana acerca de un mismo punto. Se puso todo á votacion, y quedó aprobado por unanimidad cuanto se habia examinado y propuesto en aquella noche, con lo que se levantó la sesion.

Mr. Le-Grand, que habia trabajado tanto, y se hallaba ya tan adelantado en la materia que habia elegido para sí, sobre revolucionar toda la Francia, y despues á todos los demas reinos para establecer otra nueva clase de gobiernos, cimentados sobre la *libertad*, *igualdad*, *seguridad* etc., temiéndose que alguna otro académico le usurpase su interesante comision, á consecuencia de la propuesta que acababa de hacerse en la academia, salió de ella al cerrarse la sesion lle-

no de zozobra y sobresalto, y al entrar con los demas en la estancia preparatoria, pidió la palabra y dijo: Señores mios, yo no me he atrevido á contradecir en la aula al digno académico que ha hecho la mocion sobre que cada uno de los sócios elija la materia que le sea mas favorita, tomándola de su cuenta para desentrañarla y acrisolarla en esta academia; pero hago aquí la protesta correspondiente, si alguno intentase usurparme la que yo he elegido para mí hace tanto tiempo, y la que de justicia me pertenece, por los crecidos gastos que ya llevo hechos en ello. Yo he tomado de mi cuenta y riesgo hacer una revolucion que ha de estremecer el universo y dejar memoria en los anales históricos para todos los siglos de los siglos. Llevo ya invertidos con esta idea algunos millones de francos en las mejores obras literarias que han salido de la prensa desde que el mundo es mundo. Las he remitido ya á los departamentos, dirigiéndolas á mis corresponsales sigilosamente, con la advertencia de no entregar ninguna de ellas sino al que se presente con el billete que se le ha de remitir desde aquí. Cuento para esto con mis dignos compañeros, á los cuales supongo relacionados con sus amigos en las provincias; y encargándose cada uno de enviar por el correo á todos aquellos que merezcan su confianza los billetes de seña y contraseña que yo daré, circularán mis libros edificantes por

todo el reino, cuyas máximas y doctrinas prepararán el trastorno universal de que tanto nos hemos ocupado hasta hoy. Cuando los ánimos se hallen ya predispuestos, emprendo yo mi salida por todos los departamentos. Lo que pienso hacer, decir y predicar no tendrá ejemplo, porque llegaré á convertir hasta las piedras. Ninguno me oirá que no se dé golpes en los pechos, y no se arrepienta de haber vivido hasta hoy sin saber vivir, esto es, sin saber comer, beber y dormir muy de otra manera. Yo presentaré la felicidad en una fuente de plata para todo el género humano, y haré ver que todos, todos serán igualmente felices por el principio de la *igualdad*, libremente libres por el de la *libertad*, y seguramente seguros por el de la *seguridad*. Demostraré hasta la evidencia que la moderna filosofía ha desterrado de la sociedad para siempre todas las penas y padecimientos; que ya se acabaron las necesidades; que todo será abundancia; que ya no será preciso comer para vivir, sino vivir para comer; que ya no habrá cólicos, fiebres, tabardillos ni costados, porque las nuevas luces acabaron con todas las enfermedades: lo probaré con las viruelas desterradas para siempre por la invencion de la vacuna. Manifestaré que los filósofos modernos hemos hallado la piedra filosofal; que todos podrán adquirir y tener todo el dinero que quieran; que cada uno podrá hacer lo que se le antoje; y que

todos podrán andar en coche y tener lacayos con libreas; que las aves del aire y los peces del mar vendrán á sus mesas con solo llamarlos á la voz; que ellos se guisarán á sí mismos para presentarse en las fuentes y los platos como corresponde. Finalmente, yo haré y diré cosas tales que no habrá mas que hacer ni que decir, porque sembraré dinero por todas partes hasta acabar con los muchos millones que me ha dejado mi difunto padre, y todo lo daré por bien empleado á trueque de sacar de la ignorancia á todo el género humano, el cual donde quiera que lo encuentre me recibirá con los brazos abiertos si yo le presento dinero, porque siempre ha tenido y tendrá mucha aficion el género humano á este otro género divino.

Basta, dijo á esta sazon el presidente, y aunque no nos hallamos en la aula, propongo á todos los académicos que volvamos á entrar en ella, para que el secretario anote en el libro de acuerdos que Mr. Le-Grand queda encargado y comisionado por toda la academia para salir por ese mundo á predicar nuestra doctrina; puesto que reconocemos en él su mucha aptitud en cuerpo y alma para ser el héroe filósofo moderno. A este tiempo se puso de puntillas el enano académico y dijo: créanme ustedes que tampoco era malo yo para predicar, intrigar, trastornar y revolucionar en todas partes; pero no soy tan rico como Mr. Le-Grand, porque mi padre no era

sino un peluquero que no me ha dejado sino tres pelucas, unas tijeras y cinco cajas de pomada, con la bolsa de los polvos.

Calle el enano académico, dijo á esta sazon otro sócio, y reconózcase en su miniatura, puesto que todos sabemos ya que una figura de títere no tiene representacion en parte alguna para imponer ni para persuadir y convencer; y hallándose Mr. Le-Grand adornado de todas las cualidades necesarias para la regeneracion universal, tome de su cuenta salir por todo el mundo á enseñar de palabra y obra nuestra doctrina original, y se consumará la regeneracion. En efecto fuéron todos del mismo dictámen á excepcion del pequeño académico; y habiéndose entrado en la aula, lo acordaron así, y lo anotaron en el libro de las actas, con lo cual recibió Mr. Le-Grand tal complacencia, que desde aquel instante sintió en su cerebro una revolucion mas espantosa que la que él mismo pensaba hacer. En esto se salieron todos de la academia para dirigirse á sus casas hasta la siguiente noche, y Mr. Le-Grand se encaminó al nicho donde estaba su criado Petit, el cual medio aturdido y asombrado con lo que acababa de oir y presenciar, siguió los pasos de su amo sin atreverse é desplegar sus labios en todo el camino, ni aun despues que llegaron á la fonda, y se entraron en la habitacion. Luego que se hallaron en ella, rompió el silencio Mr. Le-Grand, y dijo á su

ayuda de cámara: Pide de cenar y cena tú, si quieres, que yo he tomado hoy en la academia cena para esta noche, y para otras muchas mas, con la cual quedo yo mas contento y satisfecho que tú y todos los demas hombres con todos los guisados del mundo. Tráeme una luz, pide otra para tí, y retírate á tu habitacion, que para nada te he de menester por ahora, y déjame solo, porque es mucho lo que tengo sobre mis hombros, en lo cual, ni tú, ni cuantos hoy comen pan en el mundo pueden serme de provecho alguno. Obedeció Petit la órden de su señor, el cual, tomando su luz y encerrándose en su estancia, se puso á cantar la siguiente copla.

> Tate, tate, folloncicos,
> De ninguno sea tocada,
> Porque esta empresa, buen rey,
> Para mí estaba guardada.

Sacó entonces la llave de un baúl, y buscando en él una imprentilla que tenia cerrada en un estuche, se puso á imprimir billetes y mas billetes con su seña y contraseña, para entregar en la siguiente noche á sus compañeros de academia. Escribió luego el borrador de la carta que habia de pasar á sus corresponsales, y sacó de ella todos los ejemplares que habia menester. Cansado y fatigado de alma y cuerpo con su no interrumpida tarea, se desnudó y acostó en su lecho cuando ya el sol señalaba las nueve de la mañana,

en cuya hora se levantaba el cuidadoso Petit para ofrecer algun alimento á su señor. Se acercó á la puerta de su estancia, y hallándola cerrada, se puso á observar si su amo estaba dormido ó despierto, y oyéndole hablar solo, se confirmó en la sospecha que ya tenia de que iba á perder la cabeza; pero habiendo notado que de cuando en cuando se dejaba resollar y roncar muy fuertemente, reconoció que si su amo hablaba solo, no era despierto sino dormido, en lo cual veía él alguna diferencia, aunque harto pequeña en su sentir. Resolvió, pues, dejarle dormir y soñar, procurando escucharle el tema de su fantasía en aquella hora; pero nada pudo sacar en limpio, porque todo lo pronunciaba á medias palabras, sin guardar órden ni concierto en las ideas. Le dejó, pues, descansar á su sabor hasta que, pasadas ya tres horas, le llamó su amo pidiéndole la ropa de vestir. Se levantó y se vistió en efecto; pero tan distraido y enagenado, que ni se acordaba de que era ya la hora del desayuno, ni de que se habia retirado por la noche sin la cena. Viendo Petit que hallándose tan desbalijado su señor debia flaquear de la cabeza mucho mas antes, porque en su opinion la debilidad no era muy á propósito para fortificarla, le propuso tomar algun alimento y le dijo: Vaya, señor, muy cerca de veinte y cuatro horas sin que usted haya comido ni bebido cosa alguna, y teniendo tantos sobre sus hombros,

como me ha dicho ayer, no sé en verdad cómo podrá soportarlo sin el gobierno de las tripas; porque tengo oido decir, que sin comer y beber nadie se puede pasar. Yo no me atrevo á darle consejos; pero si quisiera tomar algunos de mí, el primero seria que por nada de este mundo dejase de comer y beber sino cuando lo manda Dios y la santa madre Iglesia. El segundo, que no tomase sobre sus hombros sino la camisa y el frac ó la levita, porque son cosas lijeras y de poco peso, que cualquiera otra carga pesada puede hacerle una joroba, y habiéndose traido derecho hasta hoy, no quisiera yo que ningnno me dijese que era mi amo jorobado. El tercero, que antes de catorce dias fuésemos á hacer una visita á nuestra casa, aunque no fuese mas que por un año, y despues nos volviésemos á esta fonda ú otra de las que hay en este Paris, que las tiene aun mejores que esta, y tambien peores, porque aquí hay de todo, bueno y malo como en botica. El cuarto, que despues de hallarnos en nuestra casa se divirtiese usted cinco horas todos los dias dando un repaso á los libros de caja y demas papeles que habrá dejado el difunto, nada mas que por saber cóma iba aquello, que aunque vaya bien (qne no lo dudo), con todo yo estoy mucho por aquel refran que dice: hacienda tu dueño te vea. El quinto....

Basta, Petit, basta ya de consejos, que aunque los estés dando de aquí á cien años

jamás te apartarás de la senda comun y rutina general. ¿Pues qué senda ó qué rutina seguia yo? preguntó Petit. La de la filosofía antigua, contestó su amo, la cual nunca ha sabido sacar las cosas de su quicio, ni darles otra direccion no vista ni soñada hasta hoy. Si hubieras estudiado la moderna filosofía ya me aconsejarias muy de otra manera, y me mandarias obrar al revés de como han obrado los hombres hasta aquí. Dime, ¿cuántas noches llevas ya de academia? No mas que dos, respondió Petit. Ya, le dijo su amo, es muy poco todavía para que puedas despreocuparte y desarraigar de tu cabeza esos errores con que te has criado. Continuarás algunas noches mas y veremos si te se levanta ese espíritu amortiguado que tienes aun como el comun de las gentes, que nada mas saben hacer ni decir que lo que se ha dicho y hecho hasta ahora. ¿Y el consejo que yo le doy, preguntó Petit, de que no deje de comer ni beber por nadie de este mundo, es tambien de la antigua filosofía? En verdad, le dijo su amo, que me has hecho una pregunta de alguna dificultad, porque yo no he hallado hasta ahora en cuanto he leido en mis libros que me prohiba comer y beber como los demas hombres han comido y bebido hasta hoy, por lo cual me persuado que esto puede tener algo de las dos filosofías antigua y moderna. Por lo mismo puedes mandar que me traigan alguna cosa, y pagaremos por ahora esta deuda á la naturaleza.

CAPITULO X,

En el cual se manifiesta la alteracion de Mr. Le-Grand al oir que otro sócio pretendia darle lecciones filosóficas i explanacion de Mr. Le-Grand sobre una gran parte de sus doctrinas, con cuya asombrosa manifestacion dejó como pasmados á todos los académicos.

Salió en efecto Petit con su intencion de hacer tomar alimento á su señor, y se fué muy contento á pedir el desayuno para él, con el cual recobró Mr. Le-Grand algunas fuerzas corporales y espirituales de las que habia perdido en su nocturna tarea; pero estaba aquella máquina ya muy desconcertada, para que ni el alimento ni otra alguna medicina fuese bastante á hacerle raciocinar con juicio. Venia ya de muy atrás el daño; mas desde que la academia le autorizó para su interesante comision, se aumentó de tal suerte la descomposicion de su cabeza, que en algunos momentos perdia enteramente el entendimiento y la memoria, y cuando dan quiebra estas dos potencias, está muy próxima tambien la bancarrota de la voluntad. Así es que en algunas libras se quedaba como atontecido sin saber qué hacer ni qué decir, y en otras no podia seguir su concer-

tadamente una conversacion con su ayuda de cámara, porque en medio de ella se cortaba á sí mismo la palabra, y se quedaba en un profundo silencio. En otras horas no se le conocia ni notaba novedad alguna, y era el mismo que habia sido siempre para Petit; con lo cual este habia formado ya el concepto de que su amo seria un loco, pero con lucidos intérvalos, en lo cual veia él alguna ventaja, pues no era lo mismo tratar con un rematado loco que lo es á todas horas y á todos los instantes, que con aquel que en algunos momentos vuelve á recobrar el uso de sus potencias. Le observó, pues, muy cuidadosamente en aquel dia, y nada mas de particular pudo notar en su amo que un profundo silencio por consecuencia de su meditacion sobre lo mucho que tenia sobre sus hombros, como él decia. En efecto, habló muy poco con su ayuda de cámara, ni en la hora de comer, ni despues de la comida, hasta que se acercó la de ir á la academia, y entonces le dijo: vamos, Petit, á nuestro colegio filosófico, y aplícate en las pocas lecciones que ya te restan, porque muy luego tendrás que dejarlas, y yo tambien. Tomó en esto los billetes que habia impreso en aquella noche para darlos á sus compañeros de academia, y llevó tambien las cartas para sus corresponsales, que echó en el correo cuando se dirigian los dos al rincon de las tapias. Llegaron á él, y el uno en pos del otro se sepultaron maquinalmente en el famoso sub-

terránneo, dirigiéndose Petit á su ya conocido nicho, y su amo á su estancia preparatoria, en la cual entregó sus cédulas de cambio á sus compañeros, que se encargaron de dirigirlas á sus respectivos amigos y conocidos en las provincias. Les leyó entonces el borrador de la carta que pasaba á cada uno de sus corresponsales, y como ya sabian que les tenian en todos los departamentos, con muy crecidos intereses á sus órdenes, no dudaron del feliz éxito en la grande empresa que habia tomado á su cargo.

Hizo entonces el presidente la indicacion de que hallándose Mr. Le-Grand adornado de todos los requisitos necesarios para plantificar en todas partes los cimientos de la moderna filosofía, era ya de necesidad condecorarle por toda la academia, antes de su partida, con un grado tal, que le designase en todas partes por *el héroe filósofo moderno, caballero andante, predicador, y reformador de todo el género humano.* No tuvo contradiccion por entonces la propuesta, y solamente dijo uno de los sócios que no se oponia á ello para cuando llegase el caso, pero que, en su diptámen, debia retardar su salida el señor regenerador hasta que estuviese bien seguro de otras muchas doctrinas que se debian ventilar en la academia, entre las cuales alguna de ellas pensaba ilustrar él en aquella noche, y que sus compañeros harian otro tanto en los siguientes. Tampoco desagra-

dió á la corporacion esta advertencia, y habiendo dado el reloj las dos, se entraron en la sala á continuar sus importantísimas tareas.

Ascendió el presidente á su solio al tiempo que los sócios reconocian sus respectivos números; y tocando la campanilla el supremo gefe, dijo: Resulta, señores, del último acuerdo de nuestras actas que, sin necesidad de citar á nuestros maestros (aunque no se prohibe hacerlo al que lo juzgue por conveniente), pueda cada individuo de esta incomparable sociedad especificar, aclarar, discutir, ilustrar, persuadir y demostrar cualquier punto de los mas interesantes y concernientes á nuestra moderna filosofía, puesto que una vez demostradas y probadas por nosotros mismos, y por nadie mas, nuestras doctrinas, y redactadas y archivadas en nuestra subterránea secretaría, ya nada mas nos resta que hacer para el trastorno universal, sino dar impulso á la expedicion filosófica del comisionado académico, que deberá llevar correspondencia tirada con esta corporacion desde cualquier punto en que se halle, y en el cual le opongan la mas mínima resistencia á cuanto él predique y establezca para la regeneracion de que tratamos. Tenga, pues, la palabra el primer sócio que la quiera, y extiéndase y ensánchese á su placer sobre el punto ó materia que sea concerniente al objeto, entre tantos que hay aun que ventilar y discutir.

Tomó entonces la palabra el sócio preopi-

nante, uno de los mas ilustrados en su concepto, y despues de haberse limpiado las narices y despejado su garganta con una delicada expectoracion, dijo: Pues, señores, entre las doctrinas que deben predicarse por ese mundo, considero yo por la mas esencial la escala de la secta materialista, que muy largamente explica Delisle de Sales, á saber:

"Una escala ó cadena con innumerables anillos de los séres por cuyos grados ó anillejos hemos pasado todos, siendo antes ya piedra, ya vejetal, ya animal cuadrúpedo y bípedo á su vez; de suerte que, ejerciendo la naturaleza su poder generador por la via de la mezcla de especies y familias, de ayuntamientos é incubaciones de aves, cuadrúpedos y peces, antes fósiles, coralinas, sensitivas, y pólipos; por grados sucesivos resultó el hombre, el rey del globo, que en su último estado proviene de cópula ó cóito del Orangutang; y por tanto, está ligado colateralmente en la gran coleccion de los séres cuyos individuos gravitan sin cesar unos hácia otros" (*Delisle de Sales*).

Me parece, señores mios, que este descubrimiento es nuevo en el mundo, y por lo mismo lo considero yo por el mas interesante á la trasformacion del género humano; porque, si el hombre no se acuerda del tiempo en que ha sido una piedra, y que ha servido de cimiento tal vez á una torre ó á un castillo, ¿cómo es posible admita la regeneracion que

le estamos preparando para su felicidad? Si Mr. Le-Grand. ignora esta doctrina y otras á esta semejantes, ¿qué fruto podrá sacar de su predicacion? Reciba, pues, antes de graduarse en esta academia, y antes de su partida, alguna de estas leccioncitas, y si las estudia y aprende con perfeccion, veremos despues si le corresponde el título de regenerador.

Picado Mr. Le-Grand en lo mas delicado de su honor filosófico, viendo que un sócio académico trataba de enviarle á la escuela, cuando el iba á ser el *dómine* de todos los humanos, pasó su mano derecha por la frente, empujó hácia arriba su gorro, se levantó de su asiento, pidió la palabra, y dijo: Si por que yo no gusto de charlar en esta academia, manifestando en ello, como el señor preopinante, una superficial erudicion, entiende este señor sócio aprendiz que me es desconocida la doctrina que acaba de explicar de Delisle de Sales, yo le daré á él las leccioncitas que me manda tomar á mí, y sea la primera otra del mismo autor, á saber:

"Al comenzar el mundo á poblarse de hombres: la eclíptica coincidia con el ecuador, la naturaleza por lo mismo estaba en toda su fuerza, nuestra inteligencia se desplegaba en razon de la bondad de los órganos, y en parangon de estos hombres primitivos son niños nuestros Galileos y Nevvtones" (Delisle).

Esta leccioncita, señores, me parece á mí que le era desconocida al discipulillo del señor Sales, por no haberla visto ni oido jamás á su maestro; y la academia puede juzgar si es ó no interesante el saber que los hombres primitivos no eran hombres como los de ahora, ni los hombres de estos tiempos son como los hombres primitivos. Segun este autor, cuando la naturaleza estaba en toda su fuerza, nuestra inteligencia se desplegaba en razon de la bondad de los órganos; mas ahora que la naturaleza se halla ya vieja, caduca y achacosa, ha perdido toda su fuerza, y nosotros, como engendrados en la vejez, apenas somos hombres en el cuerpo ni en el espíritu, y nos vamos aproximando cada dia y cada hora á las bestias y animales mas estúpidos.

Segun el mismo señor Delisle, el hombre primitivo ha sido piedra, pólipo, animal cuadrúpedo y bípedo, hasta el grado de Orang-outang, y desde este escalon hasta lo que es hoy; de forma, señores, que el hombre debe compararse, en mi opinion, á una pirámide, en cuya base ha tenido principio, y ha acabado en la punta unas veces, y en otras ha comenzado en la punta y acabado en la base. Esto sí que el señor preopinante no lo habrá entendido jamás, estando mas claro que un cristal, guardando consecuencia sin contradiccion alguna, como acostumbra en todas sus cosas el señor Delisle. Pero para que este señor coacadémico sepa que no ha sido solo el señor

Sales el que ha tratado esta materia con la debida ilustracion, ya le pondré aquí otra leccioncita del señor La-Mettrie, que no las cede en este punto ni en otros al señor Delisle, y atienda el señor preopinante.

"El hombre en el principio de su animalidad, y antes de desarrollarse como lo está en el dia de hoy, fué falto, imperfecto, y diminuto de partes, miembros, fibras y órganos; y por tanto ha sido la obra de infinitos siglos que produjeron los elementos de la materia, agitados en mil rumbos y undulaciones" *(La-Mettrie)*.

Diga el señor sócio aprendiz si entre todas sus lecciones, mal estudiadas y peor digeridas, halló jamás que el hombre ha sido la obra de infinitos siglos, producido por los elementos de la materia, cuando estará tal vez persuadido de que ha sido echado al mundo de una vez, como el mismo señor preopinante. Diga este tambien si sabe el orígen original que ha descubierto del hombre el señor Telliamed, á saber:

"Que el mar cubrió riberas y cumbres, se encerró despues en orillas, retiró á un lecho sus ondas, dejó en seco un huevo, empollóle el sol, quebróse la cáscara, y de su fárfara salió el hombre tal cual ahora es" *(Telliamed)*.

Diga este niño de academia si en el mismo Telliamed ha estudiado otro orígen del hombre, á saber:

"Que siendo pez en su orígen, salió de la mar con aletas, escamas y cola, todo lo cual fué perdiendo por la série de generaciones succesicas, y en el vórtice de los tiempos hasta parar en el ser, efigie y hechura que hoy tiene" *(Telliamed)*.

Diga este señor presumido de filósofo que pretende darme lecciones á mí, si ha estudiado esta otra leccion de Mirabeau, á saber:

"Que la cabeza de Homero y la de Virgilio no fueron sino conjuntos de moléculas ó dados dispuestos por la naturaleza, es decir, seres combinados y elaborados de suerte que produjesen la Iliada y la Eneida" *(Mirabeau)*.

Diga este simple compañero nuestro que yo no me hallo en estado de salir á predicar por todo el mundo nuestras doctrinas, cuando creo como creen todos los filósofos modernos:

"Que la materia es eterna é increada; que el átomo, activo por su misma esencia, simple, eterno, incorruptible é inalterable, es la primera causa de la cual proviene todo; y por último que el azar, incapaz de ser sujetado á cálculos, dió orígen á la organizacion del universo en sus seres y formas" *(Filosofía moderna)*.

Diga tambien este niño de escuela, ya que tiene por maestro al señor Delisle de Sales, si ha estudiado los sistemas de este autor, á saber:

"Su astro central, antes eterno y homo-

géneo, que arrojó de sí los soles y cometas de hypérbola, y lanzó los mundos tantos y cuántos: su *ser* andrógino ó hermafrodita, esto es, entre planta y animal; y sus *solícolas* ú hombres habitantes y estantes en el sol, de temple y naturaleza de diamante" *(Dilisle)*.

Diga asimismo si entiende una palabra de lo que yo voy á decir, porque lo he leido escrito con letras de molde, por cuya razon lo creo á todo creer, como soberanamente creible, esto es, creer

"En el animal prototipo, raiz y árbol genealógico de todos los animales cuantos fueron, son y serán desde el arador hasta el hombre que coordinó la Enciclopedia; en el contacto obtuso y sordo: en la inquietud autómata: en las moléculas orgánicas, y en el molde de las formas de Diderot" *(Moderna filosofía)*.

Diga igualmente si entiende una mínima de lo que yo le voy á explicar para que despabile su entendimiento este rudo académico, á saber:

"Que el hombre es una mistion de moléculas orgánicas, un compuesto químico, una masa organizada, para explicarme con la escuela fisiológica; que, como anunció Diderot, en muriendo volverá á entrar en la masa general de la materia, disuelto en gas ó gelatina, segun dicha escuela; y en tiempos adelante será tal vez alcaravan ó chico zapé-te" *(Diderot)*.

Diga tambien este señor, que quiere ser mi maestro, si ha estudiado jamás lo que voy á enseñarle; porque lo he aprendido en mis libros, y lo creo como lo cree el mismo Robinet, uno de los mejores creyentes; esto es, creer en...

"La animalidad de todos los seres, y que la naturaleza en el elaboratorio del globo se ensaya á manera de aprendiz en hacer el pié de un gamo, el ala de una chicharra, la cabeza de un caracol, ya un hongo, ya una mandrágora para aprender á hacer un hombre, cuyo tipo ó plano arquitectónico existe en los fósiles" (*Robinet*).

Sufficit, dijo á esta sazon el presidente, y reconozca la academia al señor Mr. Le-Grand por el mas digno héroe filósofo moderno, puesto que nos lo ha hecho ver por su vasta erudicion y estudio profundísimo en unas materias jamás tratadas hasta hoy por semejante estilo. Esto sí que se llama sabiduría, esto sí que es saber aprovechar el tiempo, esto sí que va á aturdir á todos los hombres, y esto sí que debe causar el trastorno universal. ¿Qué dirán las gentes cuando sepan que el hombre ha salido de un huevo que dejó el mar á sus orillas y despues le empolló el sol? ¿Qué, cuando oigan al regenerador universal probar y demostrar que todo el género humano en el principio ha sido una piedra, y pasando despues á planta, y luego á animal cuadrúpedo, llegó á subir

hasta el grado de Orang-outang? ¿Qué, cuando vean por sus propios ojos que un átomo ha creado todo el universo? ¿Qué, cuando sepan que hay habitantes en el sol de temple de diamante, de los cuales no podemos dudar, porque es tan cierto como si los estuviésemos viendo aquí delante de nosotros? ¿Y qué, por último, cuando lleguen á convencerse de que el hombre no muere jamás, porque en muriendo pasa á ser un alcaravan, y podrá volar por los aires? Desengañémonos, señores, los filósofos modernos somos el mismo diablo, puesto que ni el diablo mismo ha podido inventar ni descubrir lo que nosotros hemos inventado y descubierto. Y por cuanto es ya la hora de levantar esta sesion, quede señalada la materia para mañana, y vámonos de aquí, que no se ha trabajado poco en esta noche.

Pidió entonces la palabra Mr. Le-Grand para continuar la misma materia en la siguiente sesion, y habiéndose admirado el presidente de que todavía tuviese mas que decir, fueron todos de dictámen se le concediese, como se le concedió en efecto, y tocando la campanilla, se levantaron todos y despejaron por entonces el salon.

CAPITULO XI.

Que trata de otras muchas maravillas filosófico modernas manifestadas á la academia por Mr. Le-Grand, por las cuales se mereció el grado de héroe filósofo moderno, con el cual trató de condecorarle dicha academia.

Pasmado y atónito Petit con lo que acababa de oir á su amo, aguardaba en su nicho que le fuese á sacar de él; y viéndole llegar con cierto aire de vanidad y presuncion por lo que acababa de explicar en la academia, quiso allí mismo felicitarle y darle el parabien por su elocuencia y acreditada sabiduría; pero su señor, puesto el dedo en la boca, en voz muy baja y quebradiza le dijo: *¡chiton!* Se encaminaron, pues, hácia la máquina de los muelles, subieron los últimos de todos, y se dirigieron á la fonda sin trabar conversacion en las calles, hasta que, entrados ya en su habitacion, rompió Mr. Le-Grand el silencio, y dijo á su ayuda de cámara: ¿Qué te ha parecido, amigo Petit, de lo que me has oido en esta noche? ¿No has visto como todos los académicos estaban con un palmo de boca abierta escuchando mis lecciones filosóficas? ¿No has reparado como se vió allí confundido el

simple sócio que se atrevió á mandarme á mí á la escuela? ¿No has oido la proposicion del presidente sobre declararme á mí el mas digno héroe filósofo moderno? ¿No has advertido la facilidad con que se me venian á la boca las especies? ¿No has admirado mi memoria en recordar y citar los autores? ¿No te ha asombrado la originalidad de las doctrinas, la solidez de las razones, la demostracion de las pruebas, la legitimidad de las consecuencias? Vaya, dime lo que te ha parecido, y no omitas nada á cerca del juicio que has formado de mí, de la comision que se me ha dado por la academia, y del empeño con que yo, cual ninguno, la podré llevar á su debido fin.

Lo que puedo yo decir á todo eso, respondió Pétit, es que si vuelvo algunas noches mas á la academia, así Dios me salve, ó no me salve, sino voy á perder tambien la cabeza. En todos los dias de mi vida he oido ni pensado oir; visto ni pensado ver, lo que he visto y oido en las tres noches que llevo ya de escuela: y yo no sé por qué usted se ha empeñado en llevarme á aquella cueva de locos, cuando me puede dar en casa todas cuantas lecciones pueden darse en el mundo de esa que llaman ustedes filosofía moderna. No digo yo á mí, que soy un pobre diablo, pero á todos los demas filósofos compañeros de usted les puede servir de maestro; porque yo observé que cuando usted tenia la palabra para-

las palabras que allí desembuchó, todos estaban aturdidos escuchándole, y haciéndose señas de admiracion unos á otros, creyendo que no acababa usted en tres noches, segun la fuga y violencia que llevaba.

¡Como en tres noches! contestó Mr. Le-Grand; ni en tres años acababa yo aquellas materias si el presidente no me corta; pero allá volveremos á la noche, y verás lo que mis labios tienen aun que trabajar. La lengua, sí, puede que se me seque un poco y se me pegue al paladar, y no sé como evitar este inconveniente. Yo le buscaré una libra de caramelos, dijo Petit, y teniendo algunos en la boca sin morderlos ni triscarlos siempre la conservan húmeda y dulce como la miel. Dices bien, y acuérdate de dármelos antes de llegar al rincon de las tápias, porque es tanto lo que tengo aun por decir, que si el presidente no toca la campanilla, ya pueden mis compañeros pedir para allí la cena, la comida, y aun las camas de dormir, puesto que todos nos debíamos quedar en sesion permanente hasta que yo acabase ó me cansase. En fin, tú lo has de ver y oir por tí mismo; y prestándome la debida atencion, ya recibirás en esta noche una de las mejores lecciones que se pueden dar en nuestra academia.

Dios lo haga, contestó Petit; y llegada la hora académica, se abrió la sesion, mandando el presidente continuar á Mr. Le-Grand la materia ó materias que habia dejado.

pendientes la noche anterior. Se puso, pues, derecho el héroe filósofo, y contoneándose ya sobre un pie, ya sobre otro, tosió y expectoró, y sacando su pañuelo se limpió el rostro, levantó un poco su gorro, y como sus compañeros *conticuere omnes intentique ora tenebant*, comenzó á decir:

Pues, señores mios, creo, si no me engaño, haber dejado pendiente la sesion en mi creencia con el señor Robinet sobre la animalidad de todos los séres, y lo demas que he expresado á continuacion. Prosiguiendo, pues, en las mismas doctrinas de nuestra moderna filosofía, y llamando toda la atencion del señor preopinante que ha intentado darme algunas leccioncitas á mí, desearía saber si cree, como yo creo á todo creer,

"En las moléculas orgánicas é inorgánicas de Cabanis, en la naturaleza muerta, en la viviente, en la antigua energía de la materia, y en las circunstancias favorables, cuyas mágicas voces explican por sí solas toda la produccion de los seres, añadiéndose á lo mas las de gravitacion vital, vejetal y animal originarias, las de bosquejos informes y gran polipal, halladas cuatro dias ha en Paris por naturalistas, como tambien en las palabras significantísimas de bosquejos de organizacion, generaciones espontáneas, vida naciente y movimiento orgánico, que ahijó un zoólogo francés" (*Cabanis y demas filósofos ejusdem furfuris et farinæ*).

Yo no extrañaré, señores mios, que todo esto que acabo de decir como modernísimamente moderno, no lo haya visto aun mi digno preceptor; y como él no sabe que yo tengo pagadas espías y atalayas, no solamente en todos los rincones de Paris, sino tambien en todas las ciudades del reino, para que me compren y remitan todas las obras de esta clase que salen á luz, como en parto, por el espíritu del siglo, no es de admirar, repito, que me haya tenido por un principiante ó niño de escuela en la moderna filosofía. Pero tenga un poco de paciencia; óigame con atencion, y dígame despues si á fé de buen creyente filósofo moderno cree como creo yo en

"Las percepciones elementales de Maupertuis, donde hay elementos inteligentes ordenadores de todo, que nadan en el fluido seminal de padres y madres, y están dotados de memoria, de olvido y de otras facultades, conforme al principio de que la inteligencia es esencialísima á la materia" (*Maupertuis et símiles*).

Digo: ¿este descubrimiento del señor Maupertuis y otros compañeros suyos, lo habrá estudiado mi preceptor? ¿Habrá leido ni creido jamás, como yo creo con los filósofos creyentes,

"Que la materia piensa, que el pensamiento es el fuego de los órganos, y que la piedra á su descenso de un risco sabe las leyes de la gravedad, como las del peso y pre-

sion del aire, la pavesa que sube arriba, ni mas ni menos que lo dieron á entender Espinosa y otros pensadores?" (*Espinosa y demas contemporáneos*).

Para saber todas éstas cosas, señores mios, es preciso aplicarse, como yo lo hice desde que tuve uso de razon; es menester, en una palabra, haber nacido para ello; y últimamente es necesario tambien tener dinero en abundancia para buscar y comprar todas estas obras donde se hallan tantas preciosidades. De otra suerte ¿cómo pudiera yo haberme ilustrado con ellas, y haber comprado los infinitos volúmenes que remití á los departamentos para difundir las luces por toda la Francia? Pero vamos mas adelante. ¿Sabrá tambien este señor maestro que pretende ser mio,

"Que Berkeley sienta á pie firme que todo lo visible, toda materia y todo ser es una vision, esto es, ideal, quimérico y fantástico, tanto que en nuestra imaginacion está la arquitectura del universo?" (*Berkeley*).

Esto son pocos los que lo saben, señores y compañeros mios, y creo que no me negarán ustedes que mi trabajo me habrá costado el poder saberlo yo, dejando aparte el tiempo y el dinero, que doy por bien empleado, á trueque de difundir estas luces por todo el género humano; como igualmente poder enseñarle este otro descubrimiento de que voy á hablar, y que he leido y estudiado en el ya citado Maupertuis, á saber:

"Que cierta dósis de opio, mezclado con otros ingredientes, infunde espíritu vaticinador, y abre de par en par el mundo pitio, sibilino y profético" (*Maupertuis*).

Los ingredientes que hayan de mezclarse con el opio no los descubre el citado autor, pero los sabrá tal vez el señor preopinante que pretende darme algunas leccioncitas á mi; y le suplico encarecidamente me enseñe qué ingredientes son estos, para aturdir yo á los hombres en mis viajes, cuando les profetice lo que está por venir y por suceder.

El académico preceptor contestó entonces, que no lo sabia, y que confesaba su ignorancia en este punto, asi como en otros muchos con que le habia ilustrado Mr. Le-Grand, en el cual reconocia la superioridad de conocimientos filosóficos; por cuya razon, lejos de poder darle lecciones, las estaba recibiendo de él, como igualmente las recibian todos los demas individuos académicos, pues no creía hubiese en la corporacion uno solo que pudiese competir en filosofía moderna con el señor Le-Grand.

A este tiempo se levantó de su asiento otro filósofo y dijo: Señor presidente, este simple charlatan acaba de insultarnos á todos despues de haber insultado tambien al señor Le-Grand, que tiene la palabra. Pido por lo mismo que sea echado de la academia por ignorante, por desvergonzado y por majadero. ¿Quién le ha dicho á él lo que saben y pue-

den saber todos los que aquí estamos, para sentar la proposicion de que todos recibimos lecciones como él, que viene á ser lo mismo que decir que cuanto ha dicho Mr. Le-Grand nos es absolutamente extraño y desconocido? ¿Cómo puede conocer este mentecato el estudio que hemos hecho todos los demas? ¿Pues qué? aunque Mr. Le-Grand haya adquirido los conocimientos que ha manifestado, ¿no podemos tambien los demas tener estos ú otros de igual consideracion? ¿O creerá tambien este estúpido que somos todos unos ignorantes presumidos como él, que pretendiendo dar lecciones á otros confiesa ahora su ignorancia, afirmando que no se halla en estado de darlas, sino de recibirlas? Insisto, pues, en que salga de la academia este zoquete, y que esto se ponga á votacion. Se puso en efecto, y salió por unanimidad de votos que no se echase de la corporacion; pero que se le privase la palabra por dos años, en los cuales se podria averiguar si era ó no del todo inepto y absolutamente negado.

En seguida ordenó el presidente que Mr. Le-Grand volviese á tomar la palabra y prosiguiese en la narracion de la doctrina filosófico-moderna, para que la academia quedase plenamente convencida de sus buenas disposiciones y cualidades para trastornar el mundo entero. Se levantó entonces de su asiento dicho señor Le-Grand, el cual, reasumiéndose en su último párrafo, prosiguió:

Decia, señores, que averiguados que sean los ingredientes que deben mezclarse con el ópio por cualquier individuo de esta corporacion, se me debe dar parte al punto, y manifestarme este importantísimo secreto, escribiéndome á cualquiera parte donde yo me halle, puesto que desde todas pienso participar á la academia mis progresos en la regeneracion universal. ¿A quién no convertiré yo cuando, por medio de los ingredientes con el opio, pueda vaticinar lo por venir, y asegurar á los unos que jamás serán tocados de la sarna ni de la lepra, á los otros que serán siempre ricos y poderosos, á estos que tendrán tantos y cuantos hijos, y á aquellos que no se morirán jamás? Repito, señores, que este secreto de los ingredientes es de los mas interesantes á la moderna filosofía; pero entretanto ya me valdré yo de la autoridad de Condorcet, á quien tengo por infalible en esto que afirma, á saber:

"Que el hombre, andando los tiempos, y llegada la época de su perfectibilidad, verificada en consecuencia de las luces filosóficas, de sí mismas activas, eficaces y poderosas, será como inmortal, y vivirá mucho mas, ó casi siempre, en el ser y figura de ahora" (*Condorcet*).

Ya conocen ustedes que esto vale algo, y que habiéndolo dicho el señor Condorcet no puede dudarse, por cuya razon me persuado, señores, que este filósofo llegó á descubrir

por el todo el secreto de los ingredientes con el ópio, porque si no no pronosticaria una cosa que está por venir, cual lo es los infinitos siglos de los siglos que ha de vivir el hombre en el ser y figura de ahora. Esta doctrina singularísima, y otras infinitas á ella semejantes que me restan aun por decir, predicaré yo por ese mundo, ó por esos mundos, puesto que los hay antiguos y modernos, asi como tambien hay antigua y moderna filosofía. Sacaré las consecuencias que de ella deben sacarse, y diré, en conformidad con todas las escuelas filosófico-modernas,

"Que en otro tiempo, y fué el primitivo, los hombres, ceñidos á solos menesteres de animales cuadrúpedos, vivieron en los *bosques* alimentándose de bellotas, producidas por las encinas de su bella gracia, desnudos, sin habla, sin relaciones morales entre sí, juntándose sin conocerse, y gozándose sin amarse, como vivientes físicamente físicos" (*Filosofía moderna*).

Luego pasaré á otras materias del mismo modo apuradas y acrisoladas por la moderna filosofía, y las comprobaré con todos los autores filosóficos del dia y de la noche, que las han depurado, pasándolas por el crisol del siglo de las luces; y entonces me entraré en el *mare magnum* de las sociedades, sobre cuyo punto tanto hay ya descubierto é inventado, que es imposible dejen de aturdirse los hombres cuando me oigan decir que

"Yo creo, como en las modernas escrituras se contiene, que la sociedad es un pacto, el cual puede romperse, divorciarse y anularse cuando se quiera; y si esto no conviniere al mayor número de sócios, representativamente representados, pueden ellos á su antojo variar, modificar y simplificar las formas de aquella como bien visto les fuere, de su propio motu y poderío absoluto, no reconociente superior" (*Moderna filosofía*).

Esta modernísima filosofía, compañeros y señores mios (ignorada y desconocida hasta hoy de todos los hombres, y reservada únicamente para nosotros los filósofos del siglo de las luces), acabará de trastornar á todo el género humano, porque le haré ver, cuando la predique, que la sociedad puede ser gobernada hasta por una *carta* que vaya por el correo, aunque no sea mas grande que la de una baraja. Las gentes que me oigan cuando les enseñe este género de gobierno por cartas, no pueden menos de quedarse extáticos, y decir que los filósofos modernos somos el mismo demonio del infierno, puesto que de las mismas cartas de los naipes hemos sacado un nuevo modo de gobernar á los hombres. Entonces sí que yo me explayaré, y demostraré lo que la moderna filosofía ha descubierto, á saber: que toda clase de gobierno es un juego de banca ó de monte, en el cual si no pinta bien una carta, se juega otra, y cuidando yo á todos mis oyentes

para este juego, ¿cuál será el tonto que no querrá entrar en él? Si yo llego á demostrarles que estas cartas dan una ganancia segura al que sabe jugar con ellas, ¿cuántos no lloverán sobre mí para que les haga el favor de enseñarles este juego de envite?

Estos que tal vez parecerán sueños ó locuras, los han de ver ustedes realizados en fuerza de mi predicacion original, de mi extraordinaria facundia y de mi inconcebible elocuencia. Cuando yo he tomado sobre mis hombros la incomparable comision del trastorno universal, ya sé sobre poco mas ó menos cuál debe ser el resultado, por consecuencia de las medidas seguras é infalibles que ya tengo tomadas á este fin. Cuando mis libros filosófico-modernos (en los cuales he estudiado yo las doctrinas originales que he tenido el honor de manifestar á esta academia) lleguen á extenderse por los departamentos á donde los he remitido; cuando los jóvenes presentando sus billetes los lleven á su casa para leerlos y estudiarlos; cuando aprendan en ellos que son arbitrarias las ideas de virtud y vicio, las del bien y el mal, y las de justicia é injusticia; cuando sepan por estas obras que los vicios de los particulares redundan en bien de la sociedad; cuando se convenzan de que el hombre, despues de haber pasado por los reinos vegetal y animal, ha sido la obra de infinitos siglos para llegar al grado de Orang-outang; cuando se penetren de que en

el ser y forma que hoy tiene debe vivir muchos mas siglos aun que los que ha tardado en llegar á ser hombre; y cuando últimamente conozcan que todos estos descubrimientos los ha hecho la moderna filosofía, ¿quién será el que me escuche que no se convierta, y no llore la desgracia de todos los hombres que se han ido á la eternidad sin saber ninguna de estas maravillas desde que el mundo es mundo?

Si por ventura hubiese algunos que no me crean, y tal vez se burlen de mí; llevo tambien en mi cabeza doctrinas para esta clase de gentes que piensan que el hombre camina hácia atras como el cangrejo, y que no es lo que ha sido en tiempos primitivos; y entonces aconsejaré á estos que, para ser felices, se vayan á vivir al monte con las cabras, y lo comprobaré con Juan Jacobo Rousseau el grande intérprete del *Contrato social*, el cual afirma

"Que el hombre en policía ó civilizado degeneró, y sería feliz ó se rehabilitaría en el estado de perfeccion volviéndose á los bosques, para andar á gatas, comer bellotas, ir desnudo, no tener mas que sentidos, y cambiar sus conocimientos por el instinto de la bestia" (*Rousseau*).

De suerte, señores mios, que yo llevo doctrinas para todos, ya sean de los que creen que el hombre camina hácia adelante, habiendo tenido principio en un huevo y llegado al

ser y estado que hoy tiene, ó ya de los que opinan que va andando hácia atras como el cangrejo; puesto que, siendo hombre en su principio, nada mas es hoy que un animal cuadrúpedo. Luego yo llevo conmigo el secreto de hacer andar á los hombres hácia adelante ó hácia atras; y á donde quiera que yo los lleve, ya los saco del lugar en que estan y los paso á otro lado, y por aquí es por donde debe principiar el trastorno universal. Suplico, pues, á la academia, cuan encarecidamente puedo, ponga en mí la mayor confianza en esto de trastornar á todo el género humano; porque le hago saber desde ahora mismo, que antes de mucho tiempo verán á los hombres despedazarse unos á otros, hasta no dejar títere con cabeza para que se verifiquen las reformas que son precisas á la universal regeneracion. Yo no haré sino predicarles mi doctrina; pero ellos han de hacer lo demas. Si se matasen unos á otros como moscas, si echasen abajo el gobierno y las leyes; si acabasen con todos los tribunales de justicia; si cayesen en la mas horrorosa anarquía; si el padre se volviese contra el hijo, el hijo contra el padre, el hermano contra el hermano; si corriese la sangre por todas partes hasta llegar al Báltico ó al Océano, ¿no está hecha entonces la regeneracion? ¿No quedó triunfante la moderna filosofía? ¿No ha principiado desde aquel instante el siglo de las luces? ¿No....

Como si lo viésemos, dijo á esta sazón el presidente; y dispóngase la academia para condecorar mañana á Mr. Le-Grand con el grado á que se ha hecho acreedor por su mucha ilustracion en toda clase de conocimientos filosófico-modernos. Fueron todos del mismo dictámen, y se dieron las órdenes para que el bedel lo tuviese todo preparado en la siguiente noche, y se levantó la sesion.

CAPITULO XII,

Que trata del grado con que se condecoró á Mr. Le-Grand del nuevo mundo presentado en la academia, y de su descripcion; de los principios de libertad é igualdad explicados por Mr. Le-Grand, y de otras maravillas suyas.

Llegaron á la fonda y entraron en su estancia Mr. Le-Grand y su ayuda de cámara, semejante el primero á un pabo real cuando forma la gran rueda con las resplandecientes plumas de su cola; y parecido el segundo á un sordo-mudo, que nada puede expresar sino por señas, de las cuales nada pudo entender su amo, sino su espanto y admiracion, por las cruces que le veia hacer desde la frente á los pechos, y desde el hombro izquier-

do al derecho. No lo esperaba menos de su criado con lo que acababa de oirle aquella noche, y dirigiéndose hácia él, le dijo: Si todos mis compañeros, Petit, se han ido á sus casas atónitos y aturdidos con el desarrollo que yo hice de nuestra filosofía, ¿cómo podré yo extrañar que tú hayas perdido el habla y te hayas decidido por el sistema de que el hombre degeneró, y en el dia de hoy nada mas es que un cuadrúpedo? Asi que, yo no debo admirarme de que tú te hayas creido un bruto con lo que á mí me has oido, por cuya razon ya no sabes mas que hacer señas y muecas como el mono ó el Orangoutang. Pues mira, no te apresures aun á tomar partido sobre lo que has de ser; porque mientras no se verifique la trasmigracion de Diderot, profetizada ya por el viejo Pitágoras, tenemos tiempo de resolvernos á lo que habremos de ser despues. Yo ya tengo determinado para entonces volverme perrito faldero, que es cuanto hay que ser para el regalo de una buena vida. La señorita que me tenga me querrá como á las niñas de sus ojos; me dará dulces y chocolate, y si las pulgas de su cama se pasan á mis lanas, ella me las peinará y jabonará antes que á un hermano suyo. Ya ves que no he hecho mala eleccion para cuando esto se verifique; pero es temprano todavía, y esperemos á ver en lo que paramos tú y yo. Vuelve, pues, á recobrar el habla, déjate de hacer esas muecas, y contés-

tame, porque yo todavía soy filósofo y ando sobre dos pies.

Ni una sola palabra en todo aquel dia quiso Petit responder á su amo, y prosiguió en su manía de hacer cruces y mas cruces, santiguándose sin cesar, en cuyo estado lo volvió á llevar á la academia por la quinta noche. Al entrar en ella observó Petit alguna mudanza en aquel teatro, por el número de sirvientes que veía salir y entrar en aquel salon, adornado ya en otra forma para la ceremonia del grado con que iban á condecorar á Mr. Le-Grand. Notó que sobre una mesa habia seis velas encendidas, y vió que alumbraban á una especie de bulto que en medio de ella estaba cubierto con un manto de seda encarnada. Vió luego entrar al señor presidente trayendo de la mano á su amo, sin gorro y con la cabeza descubierta. Seguian á los dos en dos filas todos los demas filósofos, que, sin sentarse ni dirigirse á sus puestos, anduvieron todo el salon al rededor por tres veces, cogido siempre Mr. Le-Grand de la mano izquierda del presidente. Habiéndose dirigido éste á la mesa de las velas encendidas, se presentó allí al punto el bedel, y levantando el manto encarnado, sacó de debajo de él una especie de borla ó muceta que vistió el mismo presidente á Mr. Le-Grand. En seguida pidió el bonete que se hallaba junto á la borla, y lo colocó en la cabeza del héroe filósofo graduado, al cual fueron luego

abrazándo sucesivamente todos los académicos, dándole cada uno un beso en la frente, á excepcion del enano filósofo que no pudo alcanzarle al rostro, el cual tampoco quiso bajar Mr. Le-Grand, por no corresponder ya á su dignidad hacer una joroba. El presidente se dirigió á su dosel, y llevándose consigo al héroe graduado le sentó á su derecha, y todos los demas ocuparon sus respectivos asientos. Tomó entonces la palabra el supremo gefe, y dijo á sus oyentes:

Si el acto solemne que acabamos de celebrar, compañeros y señores mios, no sirviese de estímulo para que los demas individuos de esta subterránea corporacion se aplicasen á competencia unos de otros para acrisolar y pasar como por alambique todos los descubrimientos de la moderna filosofía, desde este mismo instante haria una formal renuncia de la presidencia con que me han honrado mis dignos y nobles coacadémicos; y resultaria de las actas de esta admirable corporacion que el presidente de ella habia dado fin á su gefatura condecorando con la borla y con el bonete al muy digno héroe filósofo moderno Mr. Le-Grand. Mas como no puedo dudar de la buena voluntad y vivos deseos de singularizarse en esta nuestra carrera filosófica todos los en ella matriculados, debo tambien esperar que antes de mucho tiempo descollará de entre nosotros alguno que, á lo menos en un solo capítulo de tantos co-

mo tenemos á nuestro cargo, descubra portentos, invente prodigios, demuestre maravillas, y presente divinidades. Para esto, soy de dictámen, amigos y compañeros mios, que cada uno se encargue del ramo que sea de su mayor devocion; porque no puede dudarse que todos nacemos con ciertas predisposiciones mas bien para una cosa que para otra, y que solo siguiendo cada uno la carrera de su inclinacion, es como dejaremos atrás á todos cuantos nos han precedido. Encárguese, pues, el uno de la perfectibilidad de la física, el otro de la astronomía, éste de la religion, aquel de la química, ese otro de la mineralogía, este otro de la metalurgía, alguno de la aereostática, quien de la náutica, cual de la maquinaria, quien quiera de la anatomía, y cualesquiera de la circulacion de la sangre; porque ya que hemos emprendido hacer un mundo nuevo (que se debe presentar esta noche en la academia), y le habremos de poblar con nuevos habitantes, claro está que todos estos conocimientos y otros muchos mas nos son precisos para aterrar al mundo entero, si sabemos presentarlos por un rumbo desconocido y nunca visto hasta ahora. Y por cuanto es tiempo ya de saber lo que hemos adelantado en esto de hacer nuevos mundos, y que el filósofo que se ha encargado de traernos uno hecho en esta noche lo tendrá ya concluido, puede, si gusta, tener el honor de presentarlo á esta soberbia corporacion.

Se levantó entonces de su asiento el filósofo encargado de la obra, y pasando á la estancia preparatoria en la cual la habia dejado escondida, volvió al punto á la academia con su mundo nuevo hecho en forma de globo, colgado de una cuerda que tenia asida por un lazo de la punta de un baston; y dándole vueltas al rededor, andaba su mundo por el aire colgado del báculo, que no dejaba de mover él con su mano derecha, y viendo que se movia sin cesar, porque sin cesar le daba el impulso con la mano, dijo: aquí está, señores mios, el nuevo mundo, de cuya obra me he encargado; y porque no se diga que la moderna filosofía se halla aun atrasada, he querido hacerle en un todo semejante al mundo en que vivimos. En esto cesó de dar vueltas al rededor de su baston con su mundo nuevo, el cual habiéndole cogido con una mano y señalando con la otra sus perfecciones, prosiguió diciendo: esta es la línea equinoccial, aquel el polo ártico, este el antártico, aquí la zona tórrida, allí las dos templadas, allá las dos frias, estos los grados de latitud, aquellos los de longitud, por esta parte lo que es tierra, por aquella lo que es agua, este el mar Océano, aquel el Pacífico, el otro el de la India, por aquí el Mediterráneo, por allí el Báltico, por allá el mar Negro, mas allá el Caspio, y por la otra parte el mar Rojo. El que pretenda reconocerlo no tiene mas que hacer sino embarcarse en Lima,

montar el Cabo de Hornos, el de Nueva-Esperanza, y seguir á las Molucas, Nueva-Holanda, Filipinas, Marianas, Costas del Japon, de Kamtschatka, Groenlandia, Californias, y repasada la línea, se halla ya en el punto de donde ha salido. Me parece, señores, que he desempeñado mi obra, y que se puede dar á vista de maestros.

Pidió entonces la palabra otro filósofo y dijo: Mengua perpetua y deshonra eterna será para la moderna filosofía, compañeros y señores mios, el nuevo mundo que acaba de presentar á esta academia el obrero que se ha encargado de esta comision. Yo no veo en su obra sino una miserable descripcion del mundo en que nosotros vivimos, y no es esto lo que aquí se ha tratado. ¿Donde están esos mares y esas costas que acaba de deslindar este señor fabricante? Veamos, pues, quien se embarca, quien pasa la mar y navega por esas aguas; veamos tambien como ese señor obreró arroja á lo alto su nuevo mundo, para que dando vueltas sobre su propio eje, ande siempre al rededor de su astro con la fuerza centrífuga y la fuerza centrípeta. Mientras esto no se verifique, esa bola ó esa pelota no vale dos higos, puesto que se halla contenida ella y su artífice en el mundo nuestro, que no ha sido hecho por ninguno de esta academia. Ademas, ¿qué clase de habitantes se han de fabricar para esa peonza, cuando ni las pulgas tienen lugar suficiente para vivir

en ella? La obra que puede ser correspondiente á esta academia, como depositaria de toda la moderna filosofía, es un mundo cuyo círculo máximo pase de siete mil y doscientas leguas cuando menos, con sus competentes astros para la luz del dia y de la noche, ya giren estos en derredor suyo, ya él en derredor de ellos. Todo lo demas, señores mios, es una vergüenza y una deshonra para el siglo de las luces que representamos en esta corporacion.

A todo lo cual el filósofo fabricante tomando la palabra contestó: Pues señor mio, si usted se halla con poder suficiente para una obra tan costosa, empréndala y díganos á donde la piensa colocar, porque yo no veo sitio, lugar ni espacio para ella, ni para fijar el taller donde debe fabricarse; y si usted no se atreve por falta de facultades, y alguno otro individuo de esta academia las tiene, levante el dedo, que yo confieso mi pecado de no haber podido hacer mas de lo que hice; y eso que á vanidad, arrogancia, amor propio, orgullo y algo de soberbia, no me gana ninguno de esta admirable corporacion.

Pidió entonces la palabra otro distinto filósofo, y habiéndosela concedido el presidente, dijo: Esta clase de obras, compañeros y señores mios, pide tiempo, porque presenta alguna dificultad. La filosofía moderna no lo ha de hacer todo en un dia: harto hemos hecho ya, y me parece que no podemos que-

jarnos de lo que hemos adelantado. Ya vendrá tiempo en que hallaremos el movimiento y la materia, y entonces no digo yo un mundo, sino ciento podremos hacer.

Se levantó entonces de su asiento Mr. Le-Grand, y haciendo una vénia al presidente que estaba á su lado, tomó la palabra sin pedirla, y se expresó así: Señores, cuando Descartes dijo "Que se le diese materia y movimiento, y él haría un mundo", quiso decir, en mi dictámen, que este mundo en que vivimos solo consta de movimiento y materia, como efectivamente es así; y dándole lo que él pedia, venian á darle el mundo ya hecho, lo cual, en mi opinion, es equivalente á decir: Que el autor del universo lo ha hecho todo solo con haber creado la materia y el movimiento. Si los hombres del tiempo de Descartes no comprendieron aquella proposicion y le persiguieron por ella, no es culpa de aquel filósofo, como tampoco lo es nuestra el que no nos entiendan los hombres de nuestros tiempos en los descubrimientos que ya llevamos hechos, por el trastorno universal. En esto sí que debemos ocuparnos con toda formalidad, puesto que los resortes de la moderna filosofía no han alcanzado hasta ahora á fabricar nuevos mundos, sino á reformar, regenerar, refundir y trastornar este en que vivimos, enderezándole por un camino nuevo y por una senda nunca vista hasta ahora por ningunos de cuan-

tos han venido á él, hasta que hemos llegado nosotros. Dediquémonos pues á llevar á adelante esta grande empresa de la regeneracion de todo el género humano, enseñándole á echar por tierra todo cuanto han trabajado los hombres hasta hoy en política, en moral, en leyes, en gobierno y en todas las artes y ciencias, puesto que todos, todos, sin dejar uno, han sido unos ignorantes; y supuesto tambien, que nosotros los filósofos del dia somos los únicos sabios que han venido al mundo desde el principio de su creacion. Una gran parte de lo que he trabajado para llevar adelante esta gran obra ya lo he manifestado á la academia: lo demas que me resta por hacer ya se lo iré comunicando en mis viajes, segun los progresos que vaya haciendo. Y por cuanto en algunos casos se me presentarán tal vez algunas dificultades, para vencerlas y allanarlas de manera que no se pueda tropezar, cuento con todas las luces de mis dignos compañeros, los cuales, ya juntos, ya separados, se servirán aconsejarme é ilustrarme en algunas materias, si por casualidad me equivocase yo en tratarlas por el rumbo de la moderna filosofía. Pero no; difícil será que yo me extravíe, por cuanto me parece haber demostrado ya á esta ilustre corporacion que he sabido aprovechar el tiempo en mis estudios filosófico-modernos; y llevándome como me pienso llevar por norte y guia de todas mis operaciones la regla infalible de

que todo debe hacerse al revés de como se hizo hasta aquí, nunca me podré equivocar.

Esa sí que es la regla más segura, dijo á esta sazon otro filósofo sin pedir la palabra, y no se aparte usted de ella jamás. Nada, nada á derechas y siempre al revés, torcido y hácia la izquierda. Pues si así no fuese, ¿cuándo se verificaria el trastorno universal? Y sin este trastorno, ¿cómo se puede reformar á todo el género humano? No, señores; todo desde hoy en adelante debe ser nuevo: *Recedant vetera, nova sint omnia.* Volvió entonces á tomar la palabra Mr. Le-Grand y prosiguió: Si los hombres han creido hasta hoy que les era útil y ventajoso andar sobre dos pies, sepan desde ahora mismo que les será doble mas útil andar sobre cuatro, y de este modo podrán correr á galope y sobrepasar al caballo en su carrera. ¿Pues no nos enseña un filósofo moderno que, dejando crecer las uñas de la mano, tendremos en lugar de esta el pie de un caballo ó de una yegua? Luego, si nosotros podemos tener cuatro pies, ¿por qué no habremos de usar sino de dos? ¿A donde vamos á parar si los demas cuadrúpedos pretenden imitarnos como el Orang-outang? Llegará tiempo, señores, en que los cerdos y los asnos se querrán tambien levantar sobre dos pies como nosotros y como este mono privilegiado. Si los hombres no han aprendido hasta ahora á gobernarse sino por leyes y tribunales de justicia con una su-

prema autoridad que las haga cumplir y ejecutar para dar á cada uno lo que es suyo, y conservar así la armonía y el órden social, entiendan desde hoy en adelante que todo esto es ya demasiado añejo, por cuya convincente razon debe venir abajo, y sustituir en lugar suyo tantas nuevas formas de gobierno modernísimamente inventadas por la moderna filosofía. ¿Qué dirán de mí las gentes cuando me oigan explicarles estas nuevas formas de gobernar por directorios, por el consejo de los ancianos, por el de los quinientos, por constituciones, por cartas, por cámaras, por representacion nacional, por repúblicas, por soberanías del pueblo, hasta convencerlos de que el mas miserable zagal de un rebaño de cabras es tan soberano como un emperador? ¿Qué me contestarán cuando llegue yo á probarles todo esto por el principio de la igualdad inventada por nosotros, con el cual los igualo á todos grandes y pequeños, viejos y niños, pobres y ricos, sábios y zoquetes, sin que entre todos ellos haya la diferencia del negro de una uña? Pues si yo los puedo hacer á todos reyes, emperadores, y príncipes soberanos, y hartarles de soberanía hasta que no la puedan digerir, ¿habrá ningun tonto que deseche esta fortuna, que está llamando á la puerta de cada uno para plantarse en su cabeza nada menos que un cetro ó una corona? Si yo llego á hacerlos todos iguales ¿no tienen en su mano igualarse con quien se les antoje?

Pasa un zapatero por la calle cargado de cuero y suela para hacer botas y zapatos, encuentra al paso un coche que lleva dentro á su dueño el marqués tal, ¿tiene mas que arrojar su material á un zaguan, y plantándose delante de los caballos decir al cochero: alto ahí, que ya no quiero ser zapatero, porque quiero ser marqués? Si los caballos le atropellan porque no ha querido desviarse y dejarles el paso libre, será por una casualidad; pero con tal que le oigan decir que todos somos iguales, es como imposible que el marqués no se convenza y le ponga á su lado dentro del coche, dudando si debe sentarlo á la izquierda ó á la derecha. Luego despues entrarán en conversacion, y hablarán de la particion de los bienes por iguales partes, tantos para el marqués como para el zapatero, y cuantos para el zapatero como para el marqués y ya están igualados.

Echemos ahora por otro lado: Pasa un grande por un camino real montado en su caballo enjaezado con guarniciones de oro y plata, y con su correspondiente tren de criados, pajes y libreas; se encuentra al paso con un pastor de ovejas guardando su rebaño; el grande se apeará al punto, se irá á hablar con el pastor y le dirá: Amigo mio, ahora todos somos iguales; quítate esa zamarra y ponte mis galones, dividirémos por mitad nuestros vestidos, porque yo quiero ser un pastor grande, y tú serás un grande pastor,

Dividirémos tambien por iguales partes el caballo, y tú montarás una vez en la silla y yo á las ancas, y otra vez tú en las ancas y yo en la silla; porque si dividimos al pobre animal por la mitad del cuerpo se muere, y ya no puede llevarnos. Ello es que yo quiero ser igual á tí, porque reconozco y profeso este principio de la igualdad. Se acobardará el pastor, le reanimará el grande, querrá aquel darle tratamiento, no lo admitirá este; huirán las ovejas de estos dos pastores, procurarán ellos volverlas al redil; no los conocerán los perros y los morderán; tendrán que sufrirlo los primeros dias...... ¿Pero porqué sucederá todo esto que yo digo ahora? Claro está que ha de suceder porque no han sabido hasta hoy vivir los hombres como corresponde. Pero en acostumbrándose á esta regeneracion ¿no es cierto que habitarán en un paraíso terrenal? ¿Pues qué mas puede pedir un pastor que ser tan rico como un grande? ¿Ni qué mas puede desear un grande que hacerse pastor? Y predicándoles yo todos estos principios de la igualdad, ¿no veremos estas maravillas y otras aun mucho mayores?

Compañeros y señores mios, yo me estoy aquí perdiendo tiempo, y el mundo y los hombres se dejarán ir como hasta hoy si yo no salgo á reformarlos y regenerarlos á todos. Soy, pues, de parecer que debo cuanto antes emprender mi marcha por no defraudar por mas tiempo al género humano de la felicidad que

voy á sembrar por todas partes. La academia se dignará, en virtud de lo que dejo expuesto, señalarme el dia y la hora de mi partida, y queda á mi cuidado dar cumplimiento á todas sus órdenes, hasta ver realizados todos sus deseos, que no son ni pueden ser otros que los mismos que bullen dentro del pecho de su afectuosísimo individuo Mr. Le-Grand.

Quedó tan penetrada y convencida la academia del peso de todas estas razones, que en el acto mismo se puso á votacion el punto de la partida del héroe, y salió por unanimidad de votos que en la siguiente noche viniese Mr. Le-Grand á despedirse de todos sus compañeros, y se levantó la sesion.

CAPITULO XIII,

Que trata de la causa que obligó á Mr. Le-Grand á rematarse por el todo en su locura; de la presentacion del nuevo habitante en la academia; de su descripcion, y de las últimas maravillas demostradas por Mr. Le-Grand á los demas filósofos.

Sentencias son los refranes ó proverbios que ya de muy atras vienen de unos á otros para decir en pocas palabras lo que tal vez no se puede expresar tan bien con muchas mas. Aquel que dice que tanto puede matar una alegría como un pesar se ha verificado de tal suerte en Mr. Le-Grand, que viendo ya tan próximo el punto de su salida con el mayor aplauso de toda la academia, acabó de rematarle por el todo en su locura, llegando á su debida perfeccion el trastorno de todas sus potencias. Sintió, pues, al entrar en la fonda un calor tan extraordinario en su cerebro, que el primer efecto que produjo fué obligarle á echar sus manos á la cabeza, para que no se le escapasen los sesos que le andaban saltando en ella. Reconoció efectivamente con esta accion, que aun no se le habian salido de los cascos, los cuales apretaba con una y otra mano; pero les sentia bu-

lir y saltar allá adentro como si se hallasen en un baile, y pareciéndole que celebraban las vísperas de su salida, quiso acompañarles con todo su cuerpo; y comenzó á danzar y hacer cabriolas sin música, sin órden y sin compás. Corria, pues, del uno al otro extremo de su habitacion dando saltos ya sobre un pie ya sobre otro, y permaneció en este ejercicio por un largo cuarto de hora; pero habiendo intentado hacer una suerte algo dificil por alto, se le enredaron en ella los pies de tal forma, que dió con todo su cuerpo en tierra, recibiendo al caer un grandísimo trompazo en la cabeza.

Petit, que se hallaba entretenido con el baile de su señor, cuando le vió caer de aquella suerte desgraciada, creyéndole muerto, dió un grito y se cayó desmayado sin poder recobrar sus sentidos hasta el siguiente dia. Mr. Le-Grand, que con el terrible golpe que recibió en su cabeza consiguió calmar por entonces el alboroto que dentro de ella sentia, quedó de tal suerte atontecido, que tampoco le fué posible recordar hasta ya muy entrada la mañana. Quedaron, pues, los dos tendidos por el suelo en esta forma, siendo Mr. Le-Grand el primero en volver en sí; pero como el descanso despues del ejercicio le habia facilitado una copiosa traspiracion, se halló efectivamente un poco mas cuerdo, y no pudo menos de admirarse al reconocer que habia hecho cama

de las tablas en aquella noche. Principiaba, pues, á discurrir como aquello podia haber sucedido, cuando, mirando hácia un lado, vió á Petit tendido tambien á la larga junto así, y creyéndole dormido le fué á despertar. Levántate Petit, le dijo, y cuéntame cómo, ó por qué se nos ha antojado á los dos dormir juntos por el suelo en esta noche; pero no le fué posible hacer que le oyese por mas que le tiró de un brazo y le arrastró algun tanto cogiéndole por las piernas. Reconociéndole entonces por muerto, salió llomando y gritando de su habitacion, y alborotó toda la fonda, diciendo á voces que se le habia muerto su ayuda de cámara. El fondista, que sin mas ni mas se halló con uno de cuerpo presente en su casa, partió al punto á la habitacion de Mr. Le-Grand, y viendo tendido á la larga por el suelo al desmayado Petit, reconoció en el color de su semblante y en otras observaciones que supo hacer, que todavía tenia el alma en las carnes, y ordenó á sus sirvientes trajesen al momento un jarro de agua fria. Se la trajeron en efecto, y habiéndola arrojado toda de un golpe á la cara y pechos del semidifunto, recobró este los espíritus vitales, y abriendo sus ojos como aquel que sale de un profundo letargo, los clavó en su amo de hito en hito; pero notando tambien que de hito en hito tenia su amo los suyos fijos en él, le dice: ¿pues cómo y de qué manera ha podido

usted resucitar? Ahora digo yo que creo á todo creer en esa trasmigracion de la academia, y en todo cuanto ha inventado y descubierto la moderna filosofía. Pero ¿cómo le ha dado á usted la gana de volver á ser el mismo que antes era, cuando me tenia dicho que habia elegido volverse perrito faldero?

¿Y por qué á tí se te ha antojado tambien, le dijo su amo, volver á ser el mismo Petit de todos los dias? Muy bien has podido elegir en esta ocasion cualquiera otra forma de los seres vivientes. Pues, ¿y cuando me he muerto yo, repuso Petit? Ayer noche, le dijo su amo. El que se ha muerto ayer noche y de una muerte desgraciada, contestó Petit, ha sido usted que no yo, y en verdad que estoy discurriendo donde pudo usted hallar esa cabeza, habiéndose hecho pedazos la que antes tenia. La tuya sí que me parece no está del todo buena, le dijo su amo, porque no te veo á la verdad en tu sano juicio, y esto me sucede precisamente ahora que mas que nunca te habia menester. ¿Qué será de mí por ese mundo con un criado loco en mi compañía? En verdad, contestó Petit, que ya no estoy muy cuerdo despues que voy con usted por las noches á donde los dos sabemos.... (A este punto se salió de la habitacion el fondista con sus sirvientes, y Petit prosigue diciendo) pero yo no hago todavía las locuras que ayer noche hacia usted: Yo no bailo aun por alto ni por bajo, ni sé

hacer cabriolas, ni dar zapatetas en el aire. Pues, ¿y cuando he bailado yo? le preguntó su amo. Bailaba, usted, le dijo Petit, cuando dió aquel *salto mortal* que le echó al otro mundo, de donde no sé yo como ha podido usted volver tan pronto. Creyendo entonces el amo que efectivamente flaqueaba de la cabeza su criado, le pidió la mano y le tomó el pulso. Petit, que ya de muy atras tenia formado el mismo juicio de su señor, viéndose pulsar por él de una mano, cogió con la otra la de Mr. Le-Grand, y se observaron los dos recíprocamente el movimiento y circulacion de la sangre. Rompió primero el silencio Mr. Le-Grand, y dijo á su ayuda de cámara: Este pulso está muy alborotado, Petit, la sangre se te ha subido á la cabeza, y antes que acabes de perderla, llamaremos, si te parece, al físico Mr. Le-Sage, y le mandaré venir por la posta para ganar tiempo. Tambien entiendo yo algo de pulsaciones, amo y señor mio, contestó Pelit, y habiendo observado las de usted, halló que esa nueva cabeza está peor aun que la que se hizo pedazos al caer. La mia no se halla, á la verdad, muy buena de algunos dias á esta parte, porque me parece que ya no soy el mismo Petit que antes era, ni veo las cosas del modo que antes las solia ver. Alguna vez me sucede raciocinar dormido como si estuviese despierto, y otras veces discurrir como si estuviese dormido; pero esto suele durarme como

una hora ó poco mas, y luego vuèlvo á recobrar el uso de mis potencias y á ser el mismo que he sido siempre. Esto nada tiene que ver con la facultad del físico barbero, cuya ciencia solo á dar lavativas alcanza cuando algun cólico nos acomete, como aquel que yo me he fingido el primer dia que salimos de nuestra casa sin sentir el menor dolor de vientre, ni de tripas, ni la mas pequeña indigestion, como se ha creido aquel bruto.

¿Pero efectivamente, Petit, le dijo su amo, ha sido fingido aquel cólico, sin haberlo padecido real y verdaderamente? ¿Cómo es que entonces te has dejado jeringar sin ser necesario para nada?

Ahora ya me parece que no hay inconveniente, respondió Petit, en descubrírselo todo, y sentémonos, que todo se lo voy á contar como ha sido. Usted habia quedado tan inconsolable con la muerte de su señor padre, que fué preciso para distraerle determinar este viaje que hemos hecho á Paris. Viéndole yo á usted en el coche tan melancólico, cabilando siempre sobre la idea de aquella pérdida fatal, temí por su salud y por su vida, y llegué á consentir en que usted se me iba á morir en el camino de pura melancolía. Discurrí entonces el medio de apartar de su imaginacion aquella idea triste que traia en su cabeza, y le llamé la atencion con otra, que era el peligro de mi vida, para lo cual dí aquellos gritos tan desaforados,

estando tan sano como ahora, ó acaso mas. Lo cierto es que yo conseguí curarle y distraerle de tal manera, que jamás ha vuelto usted á recordar aquella pérdida, y en verdad, en verdad que no debemos olvidarnos tanto de los que nos han dado el ser, porque al fin, al fin, despues de Dios, á ellos les debemos todo lo que somos en este mundo.

Nunca he dudado, Petit, le contestó su amo, de tu mucha lealtad y cariño hácia mí, y con esto que ahora me acabas de descubrir acabo de confirmarme en que yo soy perdido si tú me faltas. Tú ya sabes que en esta noche tengo que volver, acaso por última vez, á la academia á despedirme de mis compañeros para dar principio á la grande obra que me he echado á cuestas. Emprenderemos, pues, cuanto antes nuestros viajes, y serás en ellos mi compañero inseparable, mi íntimo confidente, mi tesorero fiel, y el digno depositario de todos mis caudales. Tendrás, pues, que recoger de hoy en adelante el importe de varias letras de cambio que tengo en mi baúl; y cuando te hayas enterado de todos mis papeles, tomarás á tu cargo entenderte con todos mis corresponsales, para lo cual pienso autorizarte competentemente, y ya quedará de tu cuenta facilitar todas las cantidades que nos sean precisas en cualquiera de los departamentos donde nos hallemos despues de salir de aquí.

No quiso por entonces contestar ni repli-

car Petit á lo que acababa de oir á su amo y señor, y siguiéndole la corriente por todo aquel dia, esperaron los dos la hora de la academia, la cual se dejó venir como todas las demas, que nadie puede detener. Bajaron, pues, á la cueva por la última noche Mr. Le-Grand y su ayuda de cámara, y al colocarse éste en su acostumbrado nicho, reconoció en medio del salon un hombre derecho solo y en cueros sin ropas algunas desde los pies á la cabeza. A poco rato vió entrar á todos los individuos de aquella corporacion y dirigirse cada uno á su respectivo lugar, habiéndose colocado su amo al lado derecho del señor presidente, el cual tomando la palabra, que no necesitaba pedir á ninguno, porque él era el que á todos la negaba ó concedia, se expresó asi: Parece, señores mios, que el académico encargado de la creacion de los habitantes para el nuevo mundo, nos presenta la prueba de su obra en este que tenemos delante. La figura y forma, á lo que se deja ver, parece bellísima, y en un todo semejante á la nuestra; por cuya razon soy de parecer tenga la bondad el filósofo fabricante de hacernos una descripcion de su obra, á fin de que los demas individuos de esta corporacion puedan dedicarse á esta facultad, que todos debiéramos profesar, para reemplazar á nuestro arbitrio tantos habitantes como se han dejado morir por no haber conocido la moderna filosofía.

Tomó á esta sazon la palabra el académico artista, que era hijo de un escultor, y saliéndose al centro del salon, se puso de pies al lado de su nuevo habitante que habia formado de estuco, y señalando con la mano la cabeza de su figura, la cual tenia allí derecha, habiéndola sujetado por medio de dos tornillos en los pies, se explicó asi: tengo, señores mios, la vanagloriosa satisfaccion de decir á la academia, que entre todas nuestras cabezas no hay una sola cabeza tan acabada y tan perfecta como esta me ha salido. Cualquiera que tenga algun conocimiento de la proporcion de sus partes con el todo, y del todo con sus partes, me lo confesará sin duda, porque observará esta misma proporcion en todos los demas miembros respecto del cuerpo, en cuyos contornos he tenido tal acierto, que yo no descubro la mas pequeña imperfeccion en mi obra. Desafio, pues, á todos los individuos de esta corporacion, ya juntos, ya separados, á que vengan á reconocer la estructura, la formacion y la direccion de las partes mínimas, como son las arterias, nervios, venas, músculos, y si se quiere, hasta la colocacion de los poros, que solo por medio del microscopio pueden descubirse.

A este punto se levantó de su asiento otro de los filósofos, y acercándose al nuevo habitante, aplicó su oido al lado del corazon y exclamó: ¡esto es una maravilla! ¡qué cosa

tan divina! Al corazon se le oye latir, y hasta la circulacion de la sangre se le percibe: y diciendo esto se volvió á su asiento. Oyendo lo cual otro filósofo, que era hijo de un médico, y habia estudiado medicina con su padre, se levantó de su asiento, y acercándose al nuevo habitante, le tomó el pulso, pero no habiéndole hallado ninguno, dió la vuelta á su puesto y dijo: Señores, precisamente este nuevo habitante está accidentado, porque la circulacion de la sangre se ha paralizado por el todo en este momento.

Tenia su asiento junto á él otro académico que tambien habia aprendido con un tio suyo el oficio de sangrador, y traia siempre en el bolsillo el estuche de las lancetas y demas instrumentos barberiles, el cual reconociendo por su oficio que en aquella ocasion era indispensable una sangría, propuso á la academia hacer por sí mismo esta operacion. Fueron todos de dictámen que se le hiciese; mas no le ha sido posible conseguirlo al filósofo sangrador por mas que mudó de lancetas despues de habérsele roto tres ó cuatro, y se volvió á su asiento diciendo, que el nuevo habitante no era hecho de carne y sangre como los de la academia.

Se levantó de su asiento á esta sazon otro filósofo, y tomando la palabra dijo: Si el académico fabricante hubiera procedido de acuerdo en su obra con el que ha hecho el mundo nuevo, no nos hallariamos ahora, señores, en

el caso de encargar otro mundo para esta clase de vivientes, como el que tenemos en medio de este salon, pues ya se deja ver que siendo este habitante ocho veces mayor que el mundo que se hizo para él, no tiene sino una octava parte de mundo en que vivir llevándoselo todo. A este tiempo tomó la palabra otro académico y dijo: El señor preopinante ha clasificado á este habitante entre los seres vivientes, y yo no veo que hasta ahora nos haya dado la menor señal de vitalidad. Háganselе dos ó tres preguntitas en francés, y si nos responde en nuestro idioma, ya podremos reconocerle por paisano nuestro. Se levantó de su asiento entonces otro filósofo, y pasándose junto al nuevo habitante dijo: Para dar señales de vitalidad no es preciso que este nuevo ser nos responda á las preguntas que se le hagan, porque puede suceder muy bien que á estas horas le corresponda estar dormido en un profundo sueño, y no nos oirá. Lo que debe hacerse en este caso es despertarle y mandarle que dé dos vueltas por este salon para que veamos su modo de andar. En esto se le acercó al oido, y dándole una gran voz le dijo: *promenez-vous, Monsieur*; y viendo que ni por esas acababa de despertar, le dió un empujon por la espalda para ponerlo en movimiento, á cuyo impulso, saliéndose de su lugar los tornillos de los pies, vino al suelo el nuevo habitante, haciéndose todo pedazos al caer.

A este tiempo se levantó de su asiento Mr. Le-Grand, y tomando la palabra dijo: Si yo no hubiese demostrado ya á la academia el estudio profundo que desde mis primeros años llevo hecho en la filosofía moderna, me consideraría ahora en la precision de comprobarlo con las citas de tantos autores como he estudiado desde que tengo uso de razon; pero como ya he dado las necesarias pruebas de mi suficiencia filosófica, por cuya razon me ha condecorado correspondientemente la academia, creo no me será preciso dar otras para que pueda dudar en manera alguna esta corporacion de lo que voy á decir. Ni en todos los autores que he citado ya en esta sociedad, ni menos en otros muchos centenares que he remitido á las provincias, he hallado hasta hoy, amigos y compañeros mios, que la moderna filosofía haya descubierto aun el secreto de crear de la nada nuevos mundos ni nuevos habitantes; y es bien cierto que si hubiese avanzado hasta este punto, no pudiera ocultárseme á mí, porque, como llevo dicho, nada me ha quedado por reconocer en las materias filosófico-modernas. No diré yo que con el tiempo no llegue nuestra filosofía á hacer este descubrimiento y otros aun acaso mayores; pero lo que es hasta hoy no ha podido crearse nada de la nada.

En lo que sí ha hecho adelantamientos estupendos la filosofía moderna es en la rege-

neracion del mundo en que vivimos. En esto sí que ha hecho los mayores progresos, porque ha llegado hasta el punto de hacer ver no solamente que todo cuanto han inventado los hombres desde el principio del mundo debe ser trastornado, sino que ha llegado tambien á discurrir la moderna filosofía los medios infalibles para trastornarlo y refundirlo todo de nuevo. A este estudio, compañeros y señores mios, me he aplicado yo con tal intension, que estoy bien seguro de que la academia ha de quedar satisfecha de mis operaciones cuando vea degollarse los hombres como se degüellan las sardinas para ponerse en la sal ó en escabeche. Esto tiene que verificarse sin duda alguna, porque yo no he hallado hasta hoy en ninguno de mis libros el modo de hacer un trastorno universal sin que los hombres se despedacen entre sí. ¿Cómo es posible establecer el principio filosófico-moderno de la igualdad, sin quitar lo que sobra á los unos, y ponerlo donde hace falta á los otros? Si Pedro, por ejemplo, levanta cuatro dedos mas que Juan ¿qué remedio habrá para igualarlos sino cortar dos dedos de la cabeza de Pedro y pasarlos á la cabeza de Juan, hasta que no levante mas el uno que el otro? Cierto es que en este caso podrá suceder que el corte de la cabeza pase por el medio de los sesos, y entonces tropezamos con la dificultad de que, aunque Juan levante tanto como Pedro, ya se halla con mas sesos que él, por-

que entonces viene á tener todos los suyos y la mitad de los del otro; pero esto se puede remediar facilísimamente sacando los sesos á los dos, y pesándolos en una balanza, de forma que no pesen mas los del uno que los del otro lado; se reparten despues tantos para Pedro como para Juan. ¿No es una verdad clarísima que de esta suerte se conserva en todo su vigor el principio de la *igualdad?* Pues yo hasta que plantifique de la misma manera el otro principio de la *libertad*, no he de parar, aunque me cueste todo cuanto he heredado de mis padres, y pasar algunos dias y noches sin comer y sin dormir. Si yo consigo establecer con toda solidez estos dos principios, ¿no bastan ellos por sí solos para hacer la felicidad de todo el género humano? Y entonces ¿no es cierto tambien que todos los venideros habitarán en un paraíso terrenal que les ha preparado la moderna filosofía? ¿No llenarán de bendiciones á esta academia, cuando, reconociendo sus actas, vean todos sus trabajos en sus nocturnas tareas, para haceros á todos libremente libres, igualmente iguales, y felizmente felices? ¿Cuando hallen en nuestro libro de acuerdos la comision que á mí se me ha dado por unanimidad de votos para hacer el trastorno universal? ¿Cuando registren el acta donde consta el grado con que esta corporacion se ha dignado condecorarme, para salir por ese mundo á enderezar los tuertos que han hecho nuestros antepasados? ¿Cuando

les conste igualmente todos los sacrificios que está pronto á hacer el comisionado académico, hasta conseguir para todos los hombres una dicha, un contento y una alegría tal, que no haya uno que no viva siempre cantando y bailando con castañuelas ó sin ellas? ¿Que dirán cuando sepan que en nuestros dias lloraban los hombres, las mujeres y los niños, y que ellos no podrán jamás derramar una lágrima, ni saber lo que ésta es? ¿Y qué cuando oigan que en nuestro tiempo habia médicos para curar las enfermedades, cuando ellos no sabrán qué hacer de tanta salud como sobrará á todos por todas partes y en todos los tiempos y ocasiones?

Compañeros y señores mios, todo esto y mucho mas que esto debe verificarse despues que yo haya concluido mi comision. Mientras tanto, el mundo se dejará ir como hasta aquí, y esto no puede ya sufrirse; pero yo lo compondré; yo lo regeneraré, y le ajustaré las cuentas. Yo haré que se acuerden para siempre de nosotros los filósofos modernos, si tal vez hubiese algunos que no quieran creer en los principios de la moderna filosofía. Yo les aseguro que les ha de salir bien cara la regeneracion universal á los que no gusten de entrar en ella. Bien preveo que algunos me han de tener por loco, y que me han de decir que no predico sino locuras, delirios y quimeras inverificables; pero estas quimeras, estos de-

lirios y estas locuras han de tener mas secuaces que todo cuanto se ha dicho, se ha hecho y se ha escrito hasta el dia de hoy. Ya verán todos aquellos que no quieran darnos crédito lo que antes de mucho tiempo tiene que suceder en este mismo Paris donde nos hallamos, y en todas las demas ciudades y pueblos de la Francia. Ya verán tambien lo que les sucede á los demas reinos si tratasen de oponerse á nuestra regeneracion, y estorbarnos la felicidad que yo voy á sembrar por toda la tierra. Ya se desengañarán con el tiempo si la doctrina que va á predicar el héroe filósofo moderno es ó no una doctrina original, nunca oida ni conocida hasta hoy, por cuya razon debe aturdirlos á todos, y en medio de este aturdimiento producir maravillas. Tenga, pues, en mí la mayor confianza toda esta academia, porque yo me constituyo responsable de cuanto llevo dicho, y ademas de otro tanto que aun me queda por decir. Echeseme la bendicion por todos mis compañeros, mándeseme partir cuanto antes, y despácheseme luego, porque tengo que tomar aun mis medidas antes de salir, y prevenirme de lo necesario, particularmente de buenas cantidades de dinero, con el cual y con mi doctrina, no digo toda la Francia, pero el mundo entero trastornaré yo, hasta no dejar títere con cabeza.

Al decir esto Mr. Le-Grand se levantó

de su asiento el presidente, y dándole un abrazo muy apretado le dijo: *Vade in pace.* A su ejemplo todos los demas académicos le fueron abrazando por su órden, y le dijeron la misma frase, con cuya ceremonia se concluyó y cerró aquella sesion.

CAPITULO XIV.

Sobre la conversion de Petit por las ideas filosófico-modernas: su exaltacion por las mismas con mucho mas entusiasmo aun que su amo por estas doctrinas: venta del coche: compra de los caballos para la marcha: enganche de un nuevo criado para los viajes, y graciosa conferencia de Petit con el mismo.

Salió, pues, del subterráneo por la última vez el héroe filósofo con su ayuda de cámara, y se dirigieron los dos á la fonda sin hablar una sola palabra por las calles, cuyo silencio ya no podia soportar Mr. Le-Grand, teniendo tanto que decir á su criado; mas apenas entraron en su habitacion cuando dijo el amo á Petit: Ea, que ya nos hallamos en campaña, amigo y compañero mio, y que ya nada me resta por hacer sino autorizarte competentemente para que te proveas de todo lo necesarío, y compres caballos y maletas para los

dos, á cuyo fin hoy mismo te daré un poder general, con el cual representarás mi propia persona en todos mis intereses, pues yo no quiero ni puedo de hoy en adelante ocuparme en otra cosa, que en desempeñar como me corresponde, la importante comision con que me ha honrado la academia. Pero dime, Petit, ¿qué te ha parecido de mi ciencia filosófica? ¿He estudiado ó no he estudiado? ¿He leido ó no he leido obras originales? ¿He visto ó no he visto autores extraordinarios? ¿He apurado ó no he apurado los principios filosófico-modernos? Dime lo que te ha parecido de este tu amo y compañero con quien te has criado, y al cual tendrias hasta ahora por un hombre comun y nada mas. Respóndeme, ya no me ocultes nada del juicio que has formado de mí.

Lo primero que se me ofrece decir, respondió Petit, es que usted me haga el favor de asegurarme con toda verdad si todas aquellas doctrinas de Diderot, Mandeville, Mirabeaud, Delisle, Maupertuis, Cabanis, Machiavelo, Rousseau, Voltaire, Freret, y tantos otros como allí se han citado, las ha visto usted escritas en letra de pluma, como en papeles de borradores, ó las ha leido estampadas en letras de molde; porque hay mucha diferencia de escribir cada uno en su casa con una pluma lo que se le antoje para entretenerse y divertirse, ó escribir obras para dar á la imprenta, á donde no pueden ir sin

real licencia, despues de ser censuradas y revisadas por hombres científicos que las aprueben. Si usted las ha estudiado en algunos manuscritos ó papeles sueltos, yo todavía suspendo mi juicio; pero si usted me asegura con toda formalidad que todas esas obras estan en letras de molde como todos los demas libros que salen de la prensa, entonces sí que las creo como deben creerse, puesto que en este caso ya no contienen solamente la opinion de los autores que las han compuesto, sino tambien la de los censores que las han aprobado.

Tienes mucha razon, Petit, en la observacion que acabas de hacer, porque á mí me sucederia lo mismo que á tí si las hubiese estudiado por manuscritos ó borradores como tú dices, y dudaria entonces de su veracidad; pero no, amigo mio, no nos hallamos en este caso, porque todas toditas las he estudiado viéndolas estampadas por la imprenta como todos los demas libros que salen de ella, y ya ves que esto no puede fallar. ¿A donde iríamos á dar con nosotros si dudásemos de lo que sale á la luz pública escrito con letras de molde? Entonces no daríamos asenso á ningun libro de este mundo, y ya ves los inconvenientes que en esto pudiera haber.

¡Si le digo á usted, contestó Petit, que estoy en lo mismo! Pues ahora tambien le aseguro yo, que, estando escritas estas obras como todas las demas que salen al público con

las licencias necesarias, yo las creo como las creerán cuantos las lean; y en este caso ¿quién puede dudar que el mundo ha caminado hasta hoy al revés y torcido, y que es preciso enderezarlo? Jesus! Y quién me lo dijera á mí cuando yo leía por la librería de su difunto padre! ¡qué engañado se ha dejado ir este señor al otro mundo! Y á mí me iba á suceder otro tanto si no me hubiera proporcionado usted la dicha de asistir estas seis noches á la academia. Razon tenia en asegurarme que en una sola semana se iluminaba mi espíritu y se sublimaba mi alma. ¡Pues no es nada la diferencia que yo hallo en mí mismo, respecto de lo que ahora soy y de lo que antes era! ¡Si le aseguro con toda verdad, amo y señor mio, que me desconozco!

Acabarás de desengañarte, le dijo Mr. Le-Grand, y de creer algun dia á tu amo cuanto te ha dicho acerca de la moderna filosofía. ¿No me has oido por varias ocasiones que dentro de pocos dias ya pensarias muy de otra manera? Sí que se lo he oido, respondió Petit; pero ¿cuando me hubiera regenerado yo si no hubiera asistido á la academia? ¿Cuando hubiera desarraigado de mi cabeza todos los errores con que me he criado, como todos los demas hombres que andan por este mundo ignorante, ciego y desconcertado? ¿Cuando hubiera yo creido que todos todos estábamos engañados desde la cruz á la fecha, si no hubiera aprendido en la acade-

mia las nuevas lecciones que allí he estudiado en seis noches solamente? ¡Y que no se hayan de permitir millares de academias como esta por todas partes para desengañar á todo el género humano! ¡Y que haya de ser preciso esconderse debajo de tierra para enseñar la verdadera sabiduría, y desterrar para siempre las tinieblas y la ignorancia! No, yo le aseguro á usted, querido amo mio, que ahora yo estoy mas metido que usted en la regeneracion universal. Soy un hombre pequeño, es verdad; pero asi pequeño como soy ya verá usted cual de los dos trabaja mas. Ya me está ardiendo la sangre por salir cuanto antes con usted á desengañar esas gentes, que nada mas saben que lo que se ha sabido desde el principio del mundo hasta hoy. Y créame usted que nunca sabrán mas en cien mil siglos si nosotros no les abrimos la puerta para entrar en el templo de la verdadera sabiduría. Pero ya verá usted como yo les desengaño á todos y les convierto de corazon, cuando les enseñe las lecciones que he aprendido en la academia, y que ya no se me olvidarán en todos los dias de mi vida. Usted predicará por un lado y yo por otro; unos se convertirán por usted: otros por mí, y estos convertirán despues á todos los demas. Ello es que no ha de quedar alma viviente que no diga que nos han engañado hasta hoy, como los chinos engañan á todo el género humano. Y vamos cuanto antes disponiendo nuestros via-

ges, y vamos viendo por donde hemos de principiar, porque yo ya estoy mas colérico que usted; y no me puedo ya aguantar á mí mismo. Yo compraré mañana los caballos, las maletas, las alforjas, algunos comestibles y todo lo demas necesario, y déjelo por mi cuenta, que yo le aseguro que el mundo se ha de acordar de nosotros tanto de usted como de mí.

Dame esos brazos, querido Roberto mio, que este nombre quiero darte por ahora, pues que este es el que siempre te he dado en nuestra casa donde nos hemos criado juntos, y este es el que ahora no podía menos de darte, dándome tú á mi en este momento la mayor de las dichas que al presente puedo disfrutar. Al fin, se ha verificado mi pronóstico, de que en menos de una semana ibas á saber casi todo lo que yo he estudiado en mis dias. Yo conocía en tí las mejores disposiciones, y me condolía verte como todos los demas, sepultado en las tinieblas. Por fin has abierto los ojos y has visto la luz. Ya nada mas puedo yo apetecer ni desear en la importante comision que me ha confiado la academia. Contigo á mi lado, y habiéndote convertido, como ya lo estas, no digo yo la regeneracion de este mundo, pero si en la luna hubiese habitantes que regenerar.... vaya, no quiero proseguir, porque yo bien sé que tú serás acaso peor que yo.

Todavía no lo sabe usted bastante bien,

contestó Petit, porque yo ya estoy como desesperado con esa calma con que usted lo toma. Yo tengo el genio un poco mas vivo, y no crea usted que me he de andar con paños calientes en la regeneracion. El que buenamente quiera entrar en ella, con ese iré de buenas; pero al que no, ¡ay, ay, ay! ¡cuantos han de quedar sin narices al primer bofeton que yo les dé! Yo les aseguro que se han de acordar de mí acaso mas que de usted. Estoy hecho una furia contra estos tunantes que nos han engañado hasta hoy, haciéndonos creer que todos nos habíamos de morir, sin decirnos nada de esa trasmigracion que ha descubierto la moderna filosofía. Y si ya lo habia dicho antes aquel filósofo antiguo llamado Pithágoras, ¿por qué nos lo han ocultado hasta ahora? ¿Por qué nos han callado que podíamos andar en cuatro pies y correr mucho mas que nadie en este mundo? ¿Y por qué no nos han permitido andar á gatas como todos andamos cuando somos niños? Estoy como desesperado al ver las picardías que han usado con nosotros. Estoy por no cenar nada en esta noche, y salirme á la calle ahora mismo á alborotar este París, y principiar por aquí la regeneracion. Estoy por decirles á todos el sitio donde está esa academia, para que vayan allí á desengañarse, y á descubrir la trampa que nos han armado á todos. Estoy....

Poco á poco, Petit, con esos descubri-

mientos, le dijo su amo, y no te olvides del juramento que has hecho antes de entrar en la academia. Estas cosas no se han de tomar tan á pechos como las quieres tomar tú con esa viveza de genio que siempre has tenido. Calma, calma, y déjate guiar por mí si quieres alcanzar la victoria. Sosiégate un poco, pide de cenar, nos acostaremos y mañana te entregaré mi poder general para proveernos de dinero, cobrando como cobrarás algunas letras, y tomando como tomarás otras sobre varios puntos del reino por donde tenemos que pasar, puesto que yendo bien provistos de dinero, todas las dificultades de este mundo se allanan como la palma de la mano.

Reconoció Petit las prudentes advertencias de su señor: pidió de cenar, y despues de haber servido á la mesa á su amo, tomó él tambien alguna cosa, y se fueron los dos á descansar. Al siguiente dia, ó mas bien en aquel mismo á las diez de la mañana, se fueron á buscar un escribano que les hizo el poder general para poder representar Petit la persona de su señor en todos sus derechos y acciones, bienes muebles y raices, presentes y futuros, habidos y por haber. Al salir de la casa del escribano propuso Petit á su señor ir entonces mismo los dos á comprar los caballos y demas provisiones para echar á andar cuanto antes por ese mundo á dar principio á la regeneracion universal, porque estas cosas, decia él, que habia de ser en caliente

y antes que la sangre se enfrie. En tal estado le habia puesto su asistencia á la academia por solas seis noches, que no se hacia cargo de que ni su amo ni él habian sacado dinero alguno de la fonda mas que lo preciso para pagar al escribano. Mr. Le-Grand se lo hizo presente, encargándole que no fuese tan precipitado si no queria echarlo todo á perder.

Le hizo observar tambien que aun le restaba, en virtud del poder que le habia otorgado, reconocer todos sus papeles, enterarse de sus negocios, presentarse á sus corresponsales, y beneficiar las letras de cambio que hubiesen menester. Le despachó, pues, desde allí mismo para la fonda á dar principio á sus obligaciones interin él iba á comenzar á despedirse de algunos amigos suyos, sin decirles para donde, porque no eran de los individuos y compañeros de la academia. En esto entregó á Petit la llave de un baúl donde tenía toda su correspondencia de intereses, y le mandó hacerse cargo de todo y enterarse bien de los recursos que tenian á su disposicion para lo que les pudiese ocurrir. Partió á la fonda Petit, y dando principío al reconocimiento de aquellos papeles, se iba admirando mas y mas al ver la inmensidad de fondos de que su amo podia disponer, no solo en Paris sino tambien en todos los departamentos del reino, desde donde le escribian sus corresponsales, mandándole librar contra ellos por crecidísimas sumas cuando fuese su vo-

luntad. Reconoció entonces Petit las ventajas que ofrecian las letras de cambio para viajar por todas partes sin ir cargados de dinero, sobre lo cual le habia hecho un dia su amo alguna explicacion, y se propuso aprovecharse de este recurso en los viajes, no llevando metálico sino lo indispensable para el camino, y lo demas en letras sobre los pueblos ó ciudades por donde hubiesen de pasar. Discurria ademas de qué clase de utensilios debia proveerse antes de salir de Paris, y le pareció muy conveniente llevar algunas armas de fuego, como pistolas, trabucos y cachorrillos, por causa de los ladrones, si tal vez les salian en el camino y les burlaban por ir desprevenidos. Como nunca habia visto á su amo ceñir espada ni sable, no se determinó á comprar uno ni otro, pero se acordó del estoque que llevaba metido en un baston aquel jugador cuando el filósofo trató de desplumarle, y se propuso comprar media docena de aquella clase de bastones, porque, como decia él, son armas que no se ven hasta que está ganada la accion. Era pequeño Petit, pero tenia el corazon bien puesto, aunque era algo medroso y asustadizo en los lances de honor.

Cuando tenia todas estas ideas en su imaginacion se dejó entrar su amo por la puerta, y le dijo: Mucho celebro, Petit, verte usar de las facultades que hoy te he conferido, para que representando en un todo mi perso-

na, me dejes absolutamente libre para poder entregarme, sin otros cuidados, al desempeño de mi obligacion; asi que, puedes disponer las cosas como te parezca, sin preguntarme ni tomar mi parecer, contando con que el tercero dia debemos emprender nuestra salida, á cuyo fin voy á dar principio á unas cuantas proclamitas que tengo que componer, y otras cositas que escribir y que estampar; por lo que te encargo no me interrumpas en ninguna manera, y gobiérnate solo como puedas, hasta que me llames para comer y montar á caballo.

Basta, basta, le respondió Petit, no me diga nada mas, y déjelo todo por mi cuenta, que bien conozco que ahora hago de amo y de criado en virtud del poder. Usted trabaje por su camino, que yo trabajaré por el mio, y ambos vendremos á parar á un mismo punto. No tema que yo le interumpa, porque deseo, acaso mas que usted, que todo le salga bien, que sí saldrá segun las buenas intenciones que nos acompañan á los dos. Y en órden á tenerlo todo listo para el tercero dia, déjelo de mi cuenta: Ojala fuera mañana. En esto se salió de la habitacion, y dejando solo á su amo bajó á la cuadra, y mandó poner el coche para solo él. Luego que lo tuvo preparado preguntó al cochero si conocia á algun chalan ó corredor de estos que compran y venden caballos de montar; el cochero le dijo que trataba y conocia á uno muy inteli-

gente, no solo en el artículo de caballos, sino tambien en todo cuanto se le quisiese encargar. Pues guia el coche hasta dar con ese hombre, y vamos á prisa, le dijo Petit. Dieron en efecto, en una calle con el chalan corredor, y preguntándole Petit si sabia de alguno que quisiese comprar aquel coche y caballos, tal cual lo veia todo pertrechado sin faltarle cosa alguna, le contestó que precisamente tenia él el encargo de hacer una compra igual. Entonces le dijo Petit que tambien queria comprar, despues de vendido el coche, tres caballos de montar de tres distintas clases 1.ª, 2.ª y 3.ª El de primera clase habia de ser uno de los mejores caballos que se pudiesen hallar en Paris con sus correspondientes atavios. El de segunda, debia bajar una mitad de precio, y el de tercera un caballo de mucha fuerza para llevar una buena carga, y un hombre encima de ella cuando fuese menester. A todo lo cual contestó el chalan pidiéndole nada mas que veinte y cuatro horas de término, y que al siguiente dia en aquella hora le esperaba allí mismo, en donde se arreglaria todo en cambio lo uno de lo otro, sin haber que hacer otra cosa sino tasar por su justísimo precio el exceso que pudiese haber de parte á parte. Entonces Petit le hizo además el encargo de buscarle un criado de toda satisfaccion, para cuidar los caballos, y salir de viaje por algun tiempo con sus amos. De todo se encargó el inteligente chalan

y se despidieron hasta el siguiente dia.

El cochero y el lacayo, que tan de sorpresa se dejaron entender esta extraordinaria embajada, preguntaron á Petit que se pensaba hacer de ellos; á lo cual respondió que de ellos nada pensaba hacerse sino deshacerse, pagándoles un real sobre otro todo su salario, y abonándoles ademas todo el gasto que hiciesen hasta llegar á su casa. Añadió tambien que él era el que les habia de ajustar la cuenta, y que no irian descontentos ni de él ni de su amo. En esto les mandó guiar hácia el puesto donde se vendian las maletas, y compró las que le parecieron precisas y necesarias en la peregrinacion. En aquel mismo dia se fué abasteciendo de varios utensilios de camino segun se le ocurria que podrian necesitarse en los viajes, de modo que su amo no echase nada de menos en lo que habia puesto á su cuidado. Al siguiente dia se hizo la venta del coche, la compra de los caballos, y el enganche del mozo que les habia de acompañar en la expedicion. Ajustó la cuenta al cochero y lacayo, les pagó cuanto se les debia, y les dió para el camino una gratificacion tal, que les alivió el sentimiento de la separacion; añadiéndoles que aquello iba de parte de su amo, el cual por no tener valor para despedirse, se habia encerrado allá dentro en su habitacion con llave.

Despedidos los del coche, y recogidos los caballos, de cuya compra estaba muy sa-

tisfecho Petit, resolvió dar un tiento al nuevo criado que le presentaron para asegurarse de su aptitud en la expedicion que iban á emprender; y acercándose á él le dice: Cómo se llama usted? El mozo respondió: Yo me llamo Jacobo Condorcet. Pues, señor Jacobo Condorcet, dijo Petit, venga usted hácia este rincon, y nos daremos un tiento el uno al otro, y veremos si confrontamos los dos. El mozo obedeció á Petit; con el cual tuvo la siguiente conferencia.

Petit. Pues amigo Jacobo, no me desagrada el apellido Condorcet: creo que mi amo ha de saber de alguno de su familia, reconocido por sábio y por filósofo.

Jacobo. Ah! Ese es un mentecato pariente mio allá muy lejano, reputado por loco, de cuyo trato huye toda la familia. No crean ustedes tal vez que yo, por ser pariente suyo, soy tan disparatado como él, porque ya le he negado el parentesco que no le alcanza un galgo.

Pet. Cómo! Si mi amo y señor asegura que es uno de los hombres mas sábios que se conocen! Cuando el amo sepa que usted es pariente suyo se volverá loco de contento.

Jac. Ah! Lo que es parientes, eso lo somos; pero él se ha empeñado en sostener tales locuras, que toda la familia se avergüenza de reconocerlo por pariente. Para que usted se haga cargo de uno de sus delirios, sepa que se ha empeñado en probar que el hom-

bre no debe morirse nunca, segun las luces de la moderna filosofía. Ya conoce usted que por solo esto debia estar encerrado en una jaula.

Pet. ¿Qué sabe usted lo que dice, si mi amo opina de la misma manera que él, y á mí ya no me falta casi nada para opinar del mismo modo? El que lo ha estudiado, lo ha estudiado, y si usted no lo entiende calle.

Jac. Mire usted: El que oiga las pruebas que alega mi pariente para no morirnos jamas, lo cree y no le queda la menor duda. Yo tambien lo creo cuando lo escucho, pero despues me entran ciertas dudillas.....

Pet. Ah! Eso ya es otra cosa: es decir que á usted le falta alguna ilustracion y nada mas. Tambien me faltaba á mí, pero ahora ya voy abriendo los ojos.

Jac. ¿Y usted antes era ciego?

Pet. Lo que es en este punto, y otros muchos de los de su pariente de usted, si señor, estaba como ciego y no veia lo que ahora veo.

Jac. Tiene usted razon, que el hermano de mi padre no habla solamente de.....

Pet. Hermano de su padre ¡pues no es nada el parentesco! Entonces es un tio de usted y usted un sobrino suyo. Vaya, si digo yo que cuando mi amo lo sepa se va á poner loco.

Jac. Decia que mi tio asegura tambien que, aunque despues de muertos nos

entierren siete palmos debajo de tierra, volvemos á salir despues perros, caballos, ó lo que se nos antoje.

Pet. Pues! Lo mismo dice mi amo, y aunque antes yo no lo creia, ahora ya estoy escogiendo lo que hé de ser despues de muerto.

Jac. Pues yo si puedo resucitar, desde ahora mismo escojo lo que mas quisiera ser.

Pet. ¿Y qué escoge usted?

Jac. Ser gato rabon como el que tiene mi madre en casa, que le hace mejor vida que á mí, porque la carne de la olla y los mejores bocados, todos son para el gato, y asi está él tan gordo como un cebon.

Pet. Vaya, no necesito hacer mas preguntas: ya veo que confrontamos.

Jac. ¿Y qué es confrontar?

Pet. Confrontar es congeniar, convenir, parecerse una cosa á otra; y confrontar usted conmigo viene á ser una especie de semejanza entre los dos.

Jac. Ah! en eso no se pare usted, porque yo le doy mi palabra de congeniar y convenir en todo lo que usted quiera ¿á mí qué trabajo me cuesta si he de vivir con usted llevarle la corriente y dejarme ir?

Pet. Es que no basta llevarme á mí la corriente y dejarse ir conmigo solo, porque hay que dejarse ir tambien con el amo.

Jac. ¿Y el amo tiene mal genio?

Pet.... El amo es un bendito, y por el

mismo estilo de su tio el señor Condorcet.

Jac. Ah! basta ya: me ha dicho usted lo bastante para mi gobierno.

Pet. Es que hablando se entiende la gente. Usted no va á servir al amo en Paris sino andando con él y conmigo por ese mundo adelante, acaso mañana.

Jac. ¿Y tardaremos mucho en dar la vuelta?

Pet. Amigo, eso no lo sé yo tampoco, porque, ó volveremos ó no volveremos.

Jac. ¿Y no pudiera usted decirme hácia donde vamos?

Pet. No, porque tampoco el amo me lo ha dicho á mí todavía.

Jac. ¿Ni á lo que vamos tampoco se lo ha dicho?

Pet. Tampoco.

Jac. Ya veo yo que el amo puede ser muy reservado. Pues señor ¿qué puede ser? Vamos á donde ustedes quieran, que toda la tierra es pátria, y yo lo mismo tengo aquí que en Roma.

Pet. Corriente, no se hable mas por ahora, y atender á su obligacion para que mañana estén prontos los caballos, los arreos, y todo lo demas que se le prevenga.

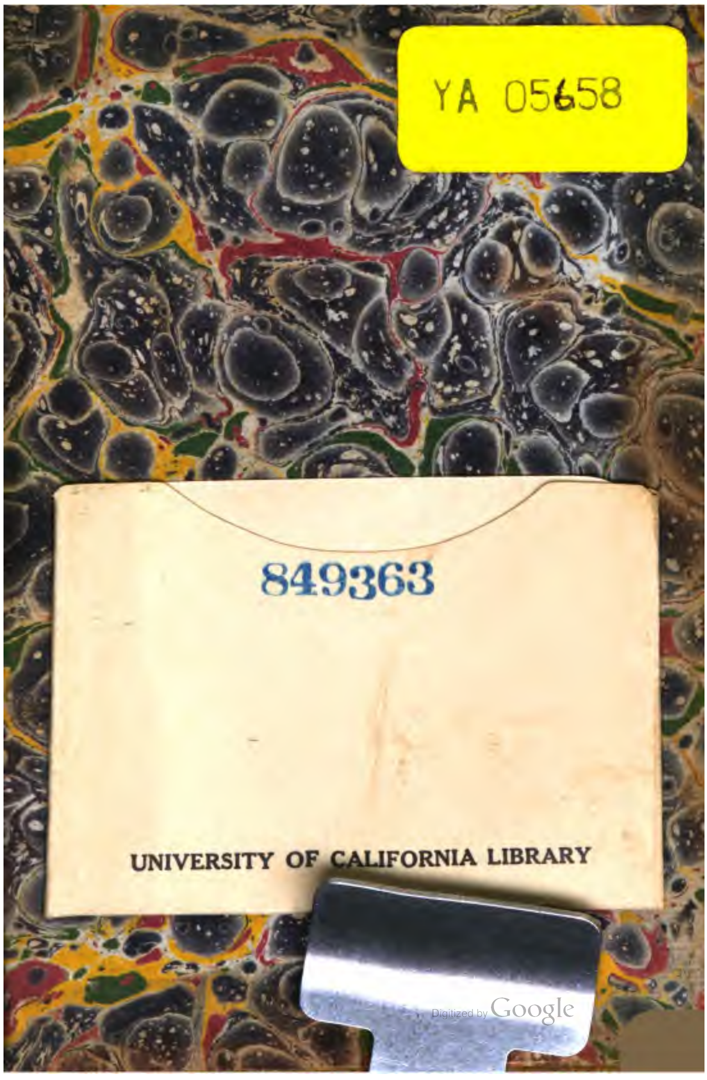
En esto se separó Petit del buen Jacobo, y se fué á dar parte á su señor de la venta del coche, de la compra de los caballos, y del nuevo criado que habia ajustado para los viajes. Mr. Le-Grand, que se hallaba fogueado

con la dicta de sus proclamas y otros discursos filosóficos, viendo cortadas sus ideas por la inesperada entrada de Petit, en el tono mas airado y colérico le dice: Sálteme de ahí cuanto antes, déjame en paz, no me interrumpas, vete á tu obligacion, no me estorbes la mia, y dispon las cosas para salir mañana mismo sin falta. Se encogió de hombros el amigo Petit, se salió de la estancia de su señor, y pasándose á la suya se puso á discurrir sobre las provisiones y utensilios que debia acopiar para que nada les hiciese falta en el camino. En efecto, se acordó de algunas cosas que tenia que comprar aun, y habiéndose salido á la calle, se proveyó en las tiendas de todo lo que le pareció necesario; y dispuesto y preparado todo para el siguiente dia, esperó la órden de la partida, la cual le comunicó Mr. Le-Grand por la noche para montar á las cuatro de la mañana; como así lo verificaron todos tres, segun se dirá en el tomo siguiente.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.




YA 05658
849363
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
Digitized by Google

